

LOS SECRETOS DE LA ATLANTIDA

Andrew Thomas

Título original: THE TREASURE OF THE SPHINX

© Robert Laffont, 1969

Primera Edición © 1971 Plaza & Janes

INDICE

EL DESTINO DE LA ATLANTIDA

EL ÉXODO

COLONIAS ANTEDILUVIANAS

CUANDO LOS DIOSES VIVÍAN ENTRE LOS HOMBRES

LOS VESTIGIOS DE UNA RAZA MISTERIOSA

EL LEGADO DE LA CIENCIA PRIMITIVA

CAVERNAS DE TESOROS ANTERIORES AL DILUVIO

TODO SUCEDIÓ YA EN OTRO TIEMPO

DE LA LEYENDA AL DESCUBRIMIENTO

AUTORIDADES, ANÉCDOTAS, ATLÁNTIDA

EPÍLOGO

PREFACIO

A Nicolás Roerich (1874-1947), pintor, explorador y filósofo, a quien debemos estos versos dedicados a una raza olvidada:

Nosotros no sabemos. Pero ellas, sí,

Las piedras lo saben,

y lo recuerdan.

Unas máquinas surcaban los aires^

Un fuego líquido apareció,

y derramó su luz,

la chispa de la vida y de la muerte.

Masas de piedras surgieron

por la fuerza del espíritu.

Celaban las escrituras sus sabios secretos\$

y ahora todo nos es revelado.

PREFACIO

Las páginas que siguen están escritas a lo largo de esa huidiza frontera que separa la ciencia de la fantasía. Heinrich Schliemann paseaba, con la Iliada de Homero en la mano, cuando encontró la legendaria Troya. El profesor Hermann Oberth me confesó que la lectura de De la Tierra a la Luna, de Julio Verne, le indujo a convertir una novela en fórmulas de cohetes. La ficción de hoy será la realidad de mañana.

Esta obra se propone atraer la atención de los medios científicos y del gran público sobre uno de los grandes misterios de este mundo. ¿Dejó la Atlántida depósitos de oro y otros tesoros enterrados bajo las Pirámides y la Esfinge, como pretende una antigua tradición? Con motivo de la Exposición Internacional de 1964, se enterró en Nueva York una cápsula conteniendo 44 objetos, testigos de nuestra época. Nuestros predecesores históricos pudieron haber actuado del mismo modo, legando a las edades futuras objetos y manuscritos de inapreciable valor.

En 1967, la República Árabe Unida y los Estados Unidos acometieron conjuntamente el «Proyecto de las Pirámides», cuyo objeto es someter estos edificios a las radiaciones cósmicas, a fin de determinar la existencia y la situación exacta de criptas secretas. Las exploraciones en profundidad realizadas en Gizeh podrían culminar en un gran descubrimiento arqueológico. En nuestra época, en que la ciencia realiza progresos sin parangón en el pasado, parece llegado el momento de explorar ciertos terrenos desconocidos a fin de anticipar y estimular nuevos descubrimientos.

En sus investigaciones, el autor no ha dejado de inspirarse en el precepto de Galileo: «Libremente interrogar y libremente responder.»

EL DESTINO DE LA ATLANTIDA

EL MAR Y EL VOLCÁN DESATAN SU FUROR CONTRA LA TIERRA

«En un instante, el cielo se volvió completamente negro, y, al instante siguiente, lo vi convertido en un ascua de fuego. La oscuridad y su rápida transformación sobrepasaban todo lo imaginable; si insistiera sobre ello, no se me creería.» Así escribía un testigo de la erupción del Krakatoa en 1833 (1) *

* Véase la bibliografía al final del libro.

La isla de Krakatoa, situada entre Sumatra y Java, fue literalmente levantada, provocando un desgarró del suelo submarino. Una ola de más de treinta metros de altura proyectó grandes buques y pequeñas embarcaciones sobre las costas ribereñas. El fragor de la erupción se oyó hasta en Australia, y la atmósfera sufrió perturbaciones en toda la extensión del globo terrestre. «La caída cegadora de piedras y arena, la intensa oscuridad, sólo interrumpida por el incesante fulgor de los relámpagos, el constante y sordo rugido del volcán, producían en nosotros una impresión aterradora», cuenta este marino, que asistía al desastre.

Una noche de febrero de 1966, me encontraba yo a bordo de un paquebote que atravesaba el estrecho de la Sonda; el extraño resplandor del Krakatoa proyectaba rojos fulgores sobre el mar y las nubes. En aquel momento me acordé del furor del fuego volcánico y de la marea ascendente del cataclismo del Krakatoa. Pero, con el tiempo, se va esfumado el recuerdo de esta perturbación geológica; sólo los relatos populares evocarán un incidente dramático que se produjo en un pasado lejano. Tal vez sea exactamente esto lo que ha ocurrido con la legendaria Atlántida.

¿Representan en verdad los continentes una morada permanente para las naciones actuales? ¿No abandonarán jamás su lecho los océanos? A esta pregunta sólo podría darse una respuesta negativa, con el apoyo de una larga lista de documentos.

Aunque la Historia, tal como la conocemos, sea demasiado corta para que se pueda hablar de ella en términos de épocas geológicas, nos ha transmitido, no obstante, el recuerdo de importantes cambios geográficos operados en el pasado.

La ciudad etrusca de Spina, mencionada por Plinio *él Viejo* y por Estrabón como un importante centro del comercio y la civilización, se halla en la actualidad completamente sumergida bajo las olas del Adriático. Dioscurias, la ciudad cercana a Sukumi, que fue visitada por los legendarios argonautas en su travesía del mar Negro, yace hoy bajo las aguas. Fanagorias, importante puerto del mar Negro en la época helénica, está sumergido en el golfo de Tamán.

No se trata solamente de ciudades, sino también de inmensas extensiones de terrenos que desaparecen constantemente en las profundidades de los océanos, y los movimientos tectónicos prosiguen sin cesar en toda la superficie de la Tierra. Si tomamos en consideración estos hechos, la desaparición de la Atlántida bajo las aguas debería parecernos perfectamente verídica. La tierra se hunde en el mar y emerge de él en un tiempo relativamente muy breve. La simple enumeración de estos cambios geológicos y geográficos que se han producido por doquier en el Globo pone de manifiesto fenómenos sorprendentes. El templo de Júpiter-Serapis fue construido en la bahía de Nápoles el año 105 a. de JC. Tras haber ido hundiéndose gradualmente en el Mediterráneo, emergió de nuevo, en 1742, de las profundidades del mar. En la actualidad, se está hundiendo otra vez.

La fortaleza de Caravan-Sarai fue construida en 1135 en un islote del mar Caspio. En el transcurso de las generaciones, desapareció lentamente bajo las aguas. Las referencias a este

fortín que figuran en las antiguas crónicas fueron consideradas, en definitiva, como pura fábula. Pero, en 1723, el islote se elevó por encima del nivel del mar y es perfectamente visible en la actualidad.

En Jamaica, Port-Royal, que durante mucho tiempo sirvió de albergue a los piratas, fue intensamente estremecido en 1692 por un temblor de tierra, quedando parcialmente cubierto por las aguas. Durante el terremoto de Lisboa de 1755, la altura de las olas alcanzó los diez metros. La mayor parte de la ciudad quedó destruida; sesenta mil de sus habitantes perecieron. La isla de Faucon o de Jacques-dans-la-Boite fue descubierta en el Pacífico meridional por Morell, un explorador español. En 1892, el Gobierno de Tonga hizo plantar en ella dos mil cocoteros, pero dos años más tarde la isla entera desapareció en el océano. En la actualidad, comienza a elevarse de nuevo.

Un violento terremoto sacudió en 1819 el delta del Indo (Sind). Un vasto territorio quedó inundado, y sólo los edificios más altos se mantuvieron por encima de las aguas. Entre 1822 y 1853, tras importantes movimientos sísmicos, la costa de Chile se elevó nueve metros.

En la segunda mitad del siglo xix, la isla Tuanaki, en el archipiélago de las Cook, se sumergió con sus trece mil habitantes, en el océano Pacífico. Varios pescadores habían salido de la isla por la mañana a bordo de sus embarcaciones; cuando regresaron, al atardecer, la isla había desaparecido.

En 1957, se vio surgir una isla humeante de las profundidades del Atlántico, no lejos de las Azores. En este mismo archipiélago de las Azores, un terremoto asoló, siete años más tarde, la isla de San Jorge; la catástrofe adquirió tales proporciones que quince mil habitantes se vieron obligados a abandonar la isla.

El volcán de Tristán da Cunha, considerado como extinguido, hizo erupción en 1961 en el Atlántico meridional, lo que dio lugar a la evacuación a Inglaterra de toda su población. Y no son solamente islas o costas lo que se hunde o emerge, sino continentes enteros. Así, Francia se hunde treinta centímetros cada siglo. El terreno existente entre el Ganges y el Himalaya asciende 18 milímetros al año; se supone que, desde la época de Cristóbal Colón, los Andes, en América del Sur, se han elevado un centenar de metros. El fondo del océano Pacífico asciende hacia la superficie en la región de las islas Aleutianas. Según el padre Lynch, de la Universidad de Fordham, en Nueva York, un nuevo continente se halla próximo a surgir en la superficie del océano Atlántico. ¿No sería esto la reaparición de la legendaria Atlántida?

La importancia de los cambios geológicos operados en las profundidades de los océanos fue puesta de manifiesto por los técnicos de la Western Telegraph embarcados en 1923 a la búsqueda de un cable en las aguas del Atlántico. Descubrieron que el cable, en sólo veinticinco años, había sido proyectado, por el ascenso del fondo oceánico, a una altura de 3.620 metros. Si se lograra desecar el océano Atlántico, podría verse en el fondo una larga cadena de montañas, desde Islandia al Antártico. Al sur de las Azores se encuentra una protuberancia denominada Atlántida: representa los despojos mortales de la Atlántida legendaria.

El profesor Ewing, de la Universidad de Columbia, procedió en 1949 a la exploración de la cordillera que se eleva en medio del Atlántico. A una profundidad entre los 3.000 y los 5.500 metros, descubrió arena costera prehistórica. Se encontró ante un gran enigma, pues la arena, producto de la erosión, no existe en el fondo del mar.

La única conclusión que podía extraerse de este descubrimiento era la siguiente: el terreno se había hundido en el fondo del Atlántico, a menos que las aguas del océano se hubieran

encontrado, en una época ya finalizada, a un nivel inferior. Si se aceptase esta última hipótesis, cabría preguntarse qué había sido de toda el agua suplementaria.

Numerosos valles submarinos del Atlántico no son sino continuaciones de ríos existentes: quiere esto decir que, en ciertos lugares, el actual fondo del mar era en otro tiempo tierra firme. En 1898, un barco cablero francés tropezó, a una profundidad de 3.160 metros, con un trozo de lava vítrea, taquilita, que solamente se forma por encima del nivel del mar. Sería necesario, por tanto, concluir que en este lugar se produjo una erupción volcánica, en una época en que en lugar del océano se encontraba allí tierra firme.

Los Andes debieron de elevarse súbitamente en una época relativamente reciente en la que ya se podía navegar sobre los mares; si se rechaza esta hipótesis, resulta totalmente inexplicable la existencia de un puerto marítimo en el lago Titicaca, a una altitud de 3.800 metros y a 322 kilómetros de distancia del Pacífico. Las argollas destinadas a sujetar las cuerdas al muelle eran tan grandes que sólo habrían podido utilizarlas los navíos que cruzaban los océanos. En este extraño puerto de los Andes se encuentran todavía rastros de conchas y de algas marinas. Se ven en él numerosas playas sobrealzadas, y el agua de la parte meridional del lago es, en la actualidad, todavía salada.

No menos misterioso es el puerto megalítico de Ponapé, en las Carolinas. Nan-Matal es una verdadera Venecia, surgida en medio del Océano. Los indígenas no pretenden que sus antepasados hubieran podido construir este puerto. Pero hablan de los reyes-soles que reinaban en la isla y despachaban navíos a lejanos países. ¿Qué era ese Nan-Matal? Quizá una vasta isla, cuya mayor parte fue engullida por las aguas en la época en que surgió el puerto del lago Titicaca,

Los indios quechuas afirman que los cereales comenzaron a cultivarse en las proximidades del lago Titicaca; pero en nuestros días el maíz no crece ya a esa elevada altitud. Todo esto nos permite suponer que, en su tiempo, la costa occidental de América del Sur tenía un nivel más elevado. El hundimiento de la Atlántida podría haber provocado la elevación de los Andes. El explorador mexicano José García Payón ha encontrado en la cordillera dos cabañas recubiertas de una espesa capa de hielo. Restos de conchas indicaban la presencia, en aquel lugar, de una playa marítima en la que se construyeron esas viviendas. En la actualidad, su emplazamiento se halla a 6.300 metros encima del nivel del mar.

NEITH DE SAIS NOS HABLA

Si volvemos la mirada hacia la literatura, la mitología y el folklore de la Antigüedad, la Atlántida se nos aparece al punto como una posibilidad histórica.

Timeo y Cridas, de Platón, contienen una crónica de la Atlántida. Se la atribuye a Solón, legislador de la antigua Hé-lade, que viajó a Egipto hacia el 560 a. de JC.

La asamblea de los sacerdotes de la diosa Neith de Sais, protectora de las ciencias, reveló a Solón que sus archivos se remontaban a millares de años y que se hablaba en ellos de un continente situado más allá de las Columnas de Hércules y engullido por las aguas hacia el 9560 a. de JC.

Platón no comete el error de confundir la Atlántida con América; dice claramente que existía otro continente al oeste de la Atlántida. Habla de un océano que se extiende más allá del estrecho de Gibraltar y dice que el Mediterráneo «no es más que un puerto». En este océano —el Atlántico—, sitúa una isla-continente más extensa que Libia y Asia Menor reunidas.

Cuenta que en el centro del Atlántico existía una fértil llanura protegida de los vientos septentrionales por altas montañas. El clima era subtropical, y sus habitantes podían recoger dos cosechas al año. El país era rico en minerales, metales y productos agrícolas.

En la Atlántida, florecían la industria, los oficios y las ciencias. El país se enorgullecía de sus numerosos puertos, canales y astilleros. Al mencionar sus relaciones comerciales con el mundo exterior. Platón sugiere el empleo de barcos capaces de atravesar el Océano.

Los habitantes de la Atlántida construían sus edificios con piedras rojas, blancas y negras. El templo de Cleito y de Poseidón estaba decorado con ornamentos de oro; los muros eran de plata; una muralla de oro lo rodeaba. Allí es donde los diez reyes de la Atlántida celebraron sus reuniones.

Según los datos de Platón, 1.210.000 hombres estaban alistados en el ejército y en la marina. Partiendo de esta cifra, había que admitir que la población entera se elevaba a un buen número de millones. Durante el último período de la historia de la Atlántida de que habla Platón, la nación se hallaba gobernada por los descendientes reales de Poseidón. Poco antes de su desaparición, el Imperio atlante se lanzó por los caminos del imperialismo, con la intención de extender sus colonias al Mediterráneo.

A juzgar por el relato de Platón, parecería, no obstante, que en una época anterior los atlantes se mostraban sabios y afables. Según él, «despreciaban todo, a excepción de la virtud». No daban gran importancia a «la posesión del oro y de otras propiedades, que les parecían una carga; no estaban intoxicados por el lujo, y la riqueza no les hacía perder el sentido». Los hombres de la Atlántida ponían la camaradería y la amistad por encima de los bienes terrestres. Teniendo en cuenta este desprecio a la propiedad privada y esta sociabilidad, ¿es lícito suponer que los atlantes aplicaban ya, en aquellos extinguidos tiempos, un sistema de socialismo? Si es así, ello explicaría la existencia de una economía sin dinero en el país de los incas, puesto que, según todos los indicios, el Perú era una porción del Estado atlante.

Según las *Geórgicas*, de Virgilio, y las *Elegías*, de Tibulo, la tierra era en la Antigüedad propiedad común. El recuerdo de una democracia que habría existido antaño en la antigua Grecia y en la antigua Roma se perpetuó en las fiestas de las saturnales, en las que amos y esclavos bebían y danzaban juntos durante un día entero. En su *Engidu*, de cinco mil años de antigüedad, y en su poema de *Uttu*, los sumerios se lamentan de la desaparición de una estructura social en la que «no había mentira, ni enfermedad, ni vejez».

Platón evoca la decadencia moral de los atlantes, que se produjo cuando ganaron terreno la avaricia y el egoísmo. Fue entonces cuando Zeus, «viendo que una raza memorable había caído en un triste estado» y que «se alzaba contra toda Europa y Asia», resolvió infligirle un castigo terrible. Según el filósofo griego, «los hombres animados de un espíritu guerrero se hundieron en la tierra, y la isla de la Atlántida desapareció del mismo modo, engullida por las aguas». Previendo la actitud escéptica de sus futuros lectores, Platón afirma que su historia «aun pareciendo extraña, es perfectamente verídica». En nuestros días, su relato se ve cada vez más firmemente confirmado por los datos de la Ciencia.

La exploración del lecho del Atlántico nos revela la existencia de una cresta que se extiende de Norte a Sur en medio del Océano. Las Azores podrían ser los picos de esas montañas sumergidas que, según el relato de Platón, protegían la llanura central de los vientos fríos del Norte. Cuando *Critias* nos habla de las casas atlantes construidas con piedras negras, blancas y rojas, su indicación está confirmada por el descubrimiento de terrenos calcáreos blancos y rocas volcánicas negras y rojas en las Azores, últimos restos de la Atlántida.

LA ATLÁNTIDA Y LA CIENCIA

Las nociones adquiridas por la ciencia actual nos confirman la posibilidad de una existencia anterior, en medio del Atlántico, de un centro de elevada civilización. V. A. Obruchev, miembro de la Academia de Ciencias de la URSS, sustenta desde hace tiempo la opinión de que la Atlántida «no era ni imposible ni aceptable desde el punto de vista de la geología (2)». De hecho, ha tenido el valor de afirmar, además, que la práctica de sondeos en la zona septentrional del océano Atlántico «podría revelar, bajo las aguas, ruinas de edificios y otros restos de una antigua civilización (3)».

El profesor N. Lednev, físico y matemático moscovita, ha llegado, tras veinte años de investigaciones, a la conclusión de que la fabulosa Atlántida no puede ser considerada como un simple mito. Según él, documentos históricos y monumentos culturales de la Antigüedad nos demuestran que la Atlántida «era una inmensa isla de centenares de kilómetros de extensión, situada al oeste de Gibraltar (4)». Otro representante de la ciencia soviética, Catalina Hagemester, escribía, en 1955, que, habiendo llegado hace diez o doce mil años las aguas del Gulf Stream al océano Ártico, la Atlántida debió de haber sido la barrera que desvió la corriente hacia el Sur. «La Atlántida explica la aparición del período glacial. La Atlántida era también la razón de su fin», afirmaba.

Groenlandia está cubierta por una capa de hielo de unos 1.600 metros de espesor que no se funde jamás. Y, sin embargo, Noruega, que se halla situada en la misma latitud, posee en verano una rica vegetación.

El Gulf Stream calienta a Escandinavia y al resto de Europa, y a esta corriente cálida se la designa, con justicia, la «calefacción central» de nuestro continente.

Realizando sondeos en el lecho del Atlántico ecuatorial, el buque sueco *Albatross* descubrió, a más de 3.219 metros de profundidad, rastros de plantas de agua dulce. El profesor Hans Petterson, jefe de la expedición, expuso la opinión de que una isla había sido engullida en aquel lugar (5).

Los foraminíferos son minúsculos animales marinos testáceos, o recubiertos por una concha. Existen dos géneros principales de ellos, los *Globorotalia menardii* y los *Globorotalia truncatulinoides*.

El primero se caracteriza por una envoltura de concha que gira en espiral hacia la derecha; habita en aguas cálidas. La concha del segundo gira hacia la derecha, y puede existir también en las aguas frías del océano. Estos dos géneros de animales marítimos pueden servir, así, como indicadores de clima cálido o frío.

El tipo cálido no aparece en ningún lugar por encima de una línea que se extiende desde las Azores a las Canarias. El foraminífero de agua fría se halla en el cuadrilátero nororiental del Atlántico.

La zona media del Atlántico, desde el África occidental a la América central, está poblada abundantemente por el tipo cálido de los *globorotalia menardii*. No obstante, el tipo frío hace su reaparición en el Atlántico ecuatorial. Parece como si la especie de foraminíferos de agua templada hubiera penetrado a través de una barrera en dirección al Este. ¿No era la Atlántida esta barrera?

Los trabajos científicos emprendidos en los Estados Unidos por el Observatorio Geológico Lamont han permitido la realización de un importante descubrimiento basado en la distribución

de foraminíferos: hace una decena de millares de años se produjo en el Atlántico un súbito calentamiento de las aguas en la superficie oceánica. Lo que es más, la transformación del tipo «frío» de foraminíferos en tipo «caliente» no duró más de un centenar de años. No podría, pues, soslayarse la conclusión de que hacia el año 8000 a. de JC. se produjo en el océano Atlántico un cierto cambio catastrófico del clima.

En el curso de un sondeo submarino efectuado en 1949 por la Sociedad Geológica de América, se extrajo del lecho del Atlántico, al sur de las Azores, una tonelada de discos de piedra caliza. Su diámetro medio era de 15 centímetros, y su grosor de 3,75 centímetros. Estos discos poseían en su centro una extraña cavidad; eran relativamente lisos por fuera, pero sus cavidades presentaban un aspecto rugoso. Estos «bizcochos de mar», difíciles de identificar, no parecían ser de formación natural. Según el Observatorio Geológico Lamont (Universidad de Columbia), «el estado de litificación de la piedra caliza permite suponer que pudo litificarse en condiciones subaéreas en una isla situada en medio del mar hace doce mil años (6)».

Si queremos fijar la fecha de la desaparición de la Atlántida, no debemos olvidar que la edad de la garganta del Niágara, de la desembocadura del río en la cascada actual, se remonta a 12.500 años. Es también un hecho conocido que la elevación de la cordillera alpina hasta una altura de 5.700 metros se produjo hace unos diez mil años.

El empleo de carbono radiactivo para determinar las fechas de diversos materiales ha producido resultados muy significativos. En otro tiempo, existió en las Bermudas un extenso bosque de cedros que se encuentra en la actualidad bajo las aguas. Las pruebas realizadas con carbono 14 nos revelan que el bosque desapareció de la superficie hace unos once mil años. Se ha podido comprobar que un montón de barro del lago Knockacran, en Irlanda, perteneciente a la última capa de hielo, tenía una edad de 11.787 años. Un bosque de abetos próximo a Two Creeks, en Wisconsin, fue destruido por el avance de los glaciares hace unos once mil años. También hace unos 10.800 años que bloques movedizos de hielo arrancaron grupos de abedules existentes en el norte de Alemania.

La determinación por el carbono radiactivo de la edad de la civilización de Jericó nos da la fecha de 6800 a. de JC. Se han encontrado en este lugar reproducciones artísticas en yeso de cráneos de hombres de un tipo egipcio bastante refinado que vivían allí hace ocho mil años. De todas estas fechas se desprende que hace once o doce mil años se produjo una penetración menor de capas glaciares. Tras este último avance de los glaciares provenientes del Polo, el clima volvió a calentarse. Hacia el año 8000 a. de JC, en la Era llamada mesolítica, la capa de hielo se retiró y se abrieron nuevas tierras para los hombres, los animales y las plantas.

A modo de recapitulación, puede decirse que los climas adquirieron sus rasgos característicos actuales entre el año 10000 y el 8000 a. de JC. Europa y América del Norte pudieron gozar de una atmósfera considerablemente más templada que en el pasado. La teoría de la Atlántida, según la cual el continente desaparecido habría impedido el acceso del cálido Gulf Stream hacia el Norte, trataría de explicar este cambio de clima.

Pero, al contrario de lo sucedido en Europa, grandes extensiones de Asia iban a sufrir cambios climáticos en un sentido opuesto.

En 1958, el arqueólogo ruso V. A. Ranov descubrió varias pinturas murales en las grutas del Pamir, a una altitud de 4.200 metros; representan una obra de arte prehistórico, situada en uno de los lugares más elevados del mundo. Estos dibujos de la gruta Chajta, realizados con una pintura mineral roja, representan un oso, un jabalí y un avestruz, tres animales ninguno de los cuales podría sobrevivir en la actualidad en la temperatura ártica del Pamir.

Una clave para resolver el enigma de la edad de estas pinturas ha sido encontrada en Markansu, donde sus habitantes prehistóricos dejaron herramientas y cenizas. Estas últimas provienen de abedules y cedros que ya no crecen en esa región: el carbono 14 permite datarlas en 9.500 años. Este súbito descenso de la temperatura en el Pamir podría deberse a una rápida elevación de la corteza terrestre subsiguiente a una perturbación geológica.

En las cercanías del lago Sevan, en las montañas de la Armenia soviética, se ha encontrado un cráneo de reno. La presencia de este animal de las llanuras en las montañas del Cáucaso meridional constituye un absoluto misterio. ¿Se produjo en otro tiempo un cataclismo geológico de proporciones tales que transformó una llanura en un país montañoso? La mayor parte de los sabios rehusarían, probablemente, admitir esta hipótesis; la edad del cráneo ha sido, sin embargo, calculada en doce mil años, cifra que coincide con la fecha tradicional de la desaparición de la Atlántica bajo las aguas.

Cuando se procedió a una prueba con carbono 14 sobre la osamenta de un mamut encontrada en la zona septentrional de Siberia, el resultado obtenido fue de doce mil años. Millares de estos animales debieron de sufrir una muerte súbita en aquella época, lo que se infiere con toda evidencia del hecho de que varios de ellos fueron hallados en pie y con hierba en la boca y en el estómago.

Por otra parte, cabe hacer notar que el mamut no era un animal polar. Salvo por su largo pelaje, la estructura y el grosor de su piel se asemejan a los del elefante de las Indias tropicales. La piel de estos animales helados está llena de corpúsculos de sangre roja; ello prueba que murieron asfixiados por el agua o por los gases.

El marfil obtenido de los colmillos de los mamuts ha constituido durante siglos un objeto de comercio. Según Richard Lydekker, durante las últimas décadas del pasado siglo fueron vendidos irnos veinte mil pares de colmillos en perfecto estado. Ello nos da una idea aproximada del gran número de mamuts helados encontrados. Hay que hacer notar que, para tallar el marfil, sólo pueden emplearse los colmillos de animales recientemente muertos o congelados; los colmillos expuestos al aire se resecan y resultan inutilizables. En las regiones septentrionales de América y Asia han sido descubiertos decenas de millares de mamuts. Y, como únicamente se utilizaba para el comercio marfil de mamuts de la mejor calidad, es evidente que todos los animales tuvieron que hallar una muerte súbita.

Según las estimaciones del profesor Frank C. Hibben, sólo en América del Norte cuarenta millones de animales perecieron al final de la Era glacial. «Era una muerte catastrófica que no perdonó a nadie», escribe (7).

Las pruebas con el carbono 14 nos revelan que los restos humanos desaparecieron súbitamente del continente americano hace unos 10.400 años. ¿Fue el legendario Diluvio lo que borró a los seres humanos de la superficie de América del Norte?

Si se admite esta hipótesis, las cifras de la población mundial adquieren una significación particular. Hace dos mil años, no había más que diez millones de habitantes en las dos Américas. En la misma época, vivían en África 26 millones, en Europa 30, y 133 en Asia. Estas cifras indican que la cuenca atlántica —comprendiendo América, Europa y África— no tenía más que la mitad de la población de Asia. El alejamiento del lugar en que se produjo un desastre geológico podría explicar el elevado número de habitantes de Asia en los tiempos antiguos.

¿QUIÉNES SON LOS VASCOS?

Existe entre los vascos una leyenda que habla de un cataclismo en el curso del cual libraron combate el agua y el fuego. Los antepasados de los vascos encontraron refugio en las cavernas y sobrevivieron.

La lengua vasca tiene una afinidad, difícil de explicar, con los dialectos de los indios de América. Un misionero vasco predicó en su lengua natal a los indios de Peten, en Guatemala, y los indígenas le comprendieron perfectamente.

Se conserva entre los vascos una creencia en una serpiente mítica de siete cabezas, la «Erensuguía», que los relaciona con el culto a la serpiente profesado por los aztecas, al otro lado del Atlántico. La vieja costumbre vasca de contar por veintenas, y no por decenas, encuentra su paralelo en América Central, donde se utilizaba una aritmética del mismo género. Y los franceses, a su vez, han heredado de los vascos la palabra *quatrevingts*.

Del mismo modo, el juego de pelota vasca «Jai alai», jugado con un guante de mimbre atado a la muñeca (la cesta), nos hace pensar inmediatamente en el juego maya de «pok-a-tok».

Si se compara a los vascos con los demás pueblos europeos, se advierte al punto que son únicos en su género en lo que se refiere a la comunidad de grupos sanguíneos. Se encuentra con gran frecuencia entre ellos el grupo «O», mientras que el grupo «A» es relativamente raro, y el grupo «B» tiene la frecuencia más baja de toda Europa. En lo que atañe a los grupos sanguíneos «Rh», muestran la frecuencia en «Rh» negativo más elevada de todas las poblaciones europeas y, con la posible excepción de algunas tribus bereberes, la más elevada del mundo. Todos estos síntomas indican que los vascos son diferentes de los franceses o de los españoles.

Se considera que los vascos de los Pirineos están emparentados con los hombres de Cromañón que ocupaban zonas de Francia y España al final de la Era glacial. No se asemejaban a los habitantes de estos países y no estaban emparentados con ninguna raza del Este. Hablando de los vascos en su *Historia de España*, Rafael Altamira llega a la conclusión siguiente: «Tal vez sean los únicos supervivientes de las tribus prehistóricas que habitaban en las cuevas de los Pirineos, y que tantas pruebas dejaron en ellas de su habilidad técnica y de su sentido artístico (8).»

Sólo ellos entre los pueblos de la Europa occidental, han conservado la costumbre de las danzas animales y totémicas de las razas primitivas. Compartían con los antiguos egipcios y los incas la creencia en la inmortalidad de un cuerpo no sepultado. La costumbre de reducir artificialmente las cabezas se había mantenido entre los vascos lo mismo que entre los indios de América Central.

Los hombres de Cromañón tenían estatura elevada —*alrededor de 1,83 metros*—, y su caja craneana era más grande que la de los hombres actuales, cosa que no se habría esperado descubrir en un habitante de las cavernas. Con su frente amplia y lisa y sus pómulos prominentes, se parecían a los guanches de las islas Canarias, que están considerados como descendientes de los atlantes. Los hombres de Cromañón eran artistas de talento, aunque sus armas y utensilios estuviesen fabricados en piedra. Por falta de materiales apropiados, a los que se habían acostumbrado en su país de origen, los hombres de esta raza empleaban la piedra para fabricar objetos cuyos modelos provenían de su civilización ancestral.

Las pinturas sobre rocas, los dibujos y las esculturas de los Cromañón de la época magdaleniense, que datan de 11.000 años, y más, ocupan un lugar destacado en la historia del arte.

A menos que su civilización les hubiera sido legada por unos antepasados, resulta difícil comprender cómo estos hombres de las cavernas vascas pudieron dar pruebas de un talento artístico superior a su realismo dinámico y en su presentación dramática al del antiguo Egipto o al de Sumer.

Los azüenses, raza prehistórica de España, fueron enterrados invariablemente con el rostro vuelto hacia el Oeste. Tenían reputación de ser excelentes pescadores y navegantes. ¿No llegarían en barcos, procedentes de un país occidental?

EL DÍA DEL JUICIO FINAL

El poeta romano Ovidio nos da, al describir el Diluvio, la continuación de la crónica inconclusa de Platón:

«Había antaño tanta maldad sobre la Tierra, que la Justicia voló a los cielos y el rey de los dioses decidió exterminar la raza de los hombres... La cólera de Júpiter se extendió más allá de su reino de los cielos. Neptuno, su hermano de los mares azules, envió las olas en su ayuda. Neptuno golpeó a la tierra con su tridente, y la tierra tembló y se estremeció... Muy pronto, no era ya posible distinguir la tierra del mar. Bajo las aguas, las ninfas Nereidas contemplaban, asombradas, los bosques, las casas y las ciudades. Casi todos los hombres perecieron en el agua, y los que escaparon, faltos de alimentos, murieron de hambre.»

Por las leyendas del antiguo Egipto sabemos que el dios de las Aguas, Nu, incitó a su hijo Ra, dios del Sol, a destruir completamente a la Humanidad cuando las naciones se rebelaron contra los dioses. Debe concluirse de ello que esta destrucción fue realizada mediante una inundación decretada por Nu, señor de los mares.

Un papiro de la XII dinastía, de tres mil años de antigüedad, que se conserva en el Ermitage de Leningrado menciona la «isla de la Serpiente» y contiene el siguiente pasaje: «Cuando abandonéis mi isla, no la volveréis a encontrar, pues este lugar desaparecerá bajo las aguas de los mares.»

Este antiguo documento egipcio describe la caída de un meteoro y la catástrofe que siguió: «Una estrella cayó de los cielos, y las llamas lo consumieron todo. Todos fueron abrasados, y sólo yo salvé la vida. Pero cuando vi la montaña de cuerpos hacinados estuve a punto de morir, a mi vez, de pena.»

Es casi imposible hacerse una idea exacta de los trastornos geológicos que destruyeron la Atlántida. Pero el folklore y las escrituras sagradas de numerosas razas nos proporcionan un cuadro dramático de la catástrofe.

El canto épico de Gilgamés, de hace cuatro mil años, contiene un relato detallado del Diluvio y deplora el fin de un pueblo antiguo con las palabras siguientes: «Hubiera sido mejor que el hambre devastara el mundo, y no el Diluvio.»

La Biblia contiene el relato del arca de Noé que se salvó del gran Diluvio. En el libro de Enoc, el patriarca que previno a Noé del inminente desastre antes de subir él mismo vivo al cielo, encontramos significativos pasajes referentes al «fuego que vendrá del Occidente» y a «las grandes aguas hacia Occidente».

Hace tan sólo dieciocho siglos, Luciano escribió una historia muy curiosa que ilustra la supervivencia en el mundo antiguo de la tradición del gran Diluvio.

Los sacerdotes de Baalbek (hoy en territorio libanes) tenían la singular costumbre de verter agua de mar, obtenida en el Mediterráneo, en la grieta de una roca cercana al templo, a fin de perpetuar el recuerdo de las aguas del Diluvio, que habían desaparecido por allí; la ceremonia debía conmemorar igualmente la salvación de Deucalión. Para conseguir esta agua, los sacerdotes tenían que realizar un trayecto de cuatro días hasta las orillas del Mediterráneo, y otros tantos de regreso hasta Baalbek.

Es de notar que esta cavidad se encuentra en la extremidad septentrional de la gran hendedura que se extiende en dirección meridional hasta el río Zambeze. Este rito sagrado podría testimoniar la persistencia del recuerdo de un gran cataclismo en la memoria popular. Una narración difundida entre los bosquimanos menciona una vasta isla que existía al oeste de África y que fue sumergida bajo las aguas. Es una de las numerosas leyendas que hablan de la desaparición de la Atlántida.

Al otro lado del Atlántico existen igualmente testimonios extraordinarios de un cataclismo mundial. Ello debería parecer natural si se admite que la Atlántida estaba unida por lazos comerciales y culturales, no sólo a Europa y África, sino también a las Américas. Un código maya afirma que «el cielo se acercó a la tierra, y todo pereció en un día: incluso las montañas desaparecieron bajo el agua».

El código maya, llamado «de Dresde», describe de forma gráfica la desaparición del mundo. En el documento se ve una serpiente instalada en el cielo, que derrama torrentes de agua por la boca. Unos signos mayas nos indican eclipses de la Luna y del Sol. La diosa de la Luna, señora de la muerte, presenta un aspecto terrorífico. Sostiene en sus manos una copa invertida de la que manan las olas destructoras (9).

El libro sagrado de los mayas de Guatemala, el *Popol Vuh*, aporta un testimonio del carácter terrible del desastre. Dice que se oía en las alturas celestes el ruido de las llamas. La tierra tembló, y los objetos se alzaron contra el hombre. Una lluvia de agua y de brea descendió sobre la tierra. Los árboles se balanceaban, las casas caían en pedazos, se derrumbaban las cavernas y el día se convirtió en noche cerrada.

El *Chüam Balam* del Yucatán afirma que, en una época lejana la tierra materna de los mayas fue engullida por el mar, mientras se producían temblores de tierra y terribles erupciones. Antiguamente, vivía en Venezuela una tribu de indios blancos llamados parias, en un pueblo que llevaba el significativo nombre de «Atlán». Esa tribu mantenía la tradición de un desastre que había destruido a su país, una vasta isla del océano.

Un estudio de la mitología de los indios de América nos permite comprobar que más de 130 tribus conservan leyendas referentes a una catástrofe mundial.

¿Nos es lícito servirnos, hasta cierto punto, de la mitología y del folklore para rellenar las numerosas lagunas de la Historia? El profesor soviético I. A. Efremov responde a esta pregunta de forma netamente afirmativa: «Los historiadores —insiste— deben dar pruebas de más respeto en relación con las tradiciones antiguas y el folklore.» Acusa a los sabios occidentales de hacer gala de una especie de esnobismo ante los relatos provenientes de las gentes llamadas «ordinarias».

Una leyenda esquimal cuenta: «Vino luego un diluvio inmenso. Muchas personas se ahogaron, y

su número disminuyó.» Los esquimales, como los chinos, conservan una curiosa leyenda, según la cual la tierra fue violentamente sacudida antes del Diluvio.

Un bamboleo del eje terrestre podría explicar un cataclismo de amplitud mundial, pero la ciencia no conoce causas que pudieran producir una sacudida semejante. La colisión con un enorme meteoro habría podido provocar el cataclismo atlante, a menos que se tratara, como pretende Hoerbiger, del contacto con un planeta conocido en la actualidad con el nombre de «luna». Los «hoyos» de Carolina tendrían su origen en caídas de meteoros. Estos cráteres elípticos tienen, por término medio, un diámetro de unos ochocientos metros, con bordes elevados y una depresión de 7,5 a 15 metros de profundidad. Puede observarse, dicho sea de paso, que en Carolina del Norte y del Sur se han encontrado gran número de meteoritos. Merece ser tomada en consideración la hipótesis de un deslizamiento de la corteza terrestre, formulada en los Estados Unidos por el doctor Charles Hapgood. Según su teoría, la fina corteza terrestre se deslizaría hacia delante y hacia atrás sobre una bola de fuego. El peso de las capas de hielo sobre los dos polos provocaría este deslizamiento. El doctor Hapgood explica así la presencia de corales fósiles en el Ártico y los movimientos hacia el Norte de los glaciares del Himalaya.

Si la envoltura de la Tierra fuese móvil, una colisión con un asteroide habría podido provocar el desplazamiento de esta corteza. No se trata de ciencia ficción, sino de una posibilidad astronómica. Baste recordar cómo nuestro planeta evitó en octubre de 1937, por cinco horas y media solamente, el choque con un planetoide.

El profesor soviético N. S. Vetchinkin pretende resolver el misterio de la Atlántida y del Diluvio de la manera siguiente:

«La caída de un meteorito gigantesco fue la causa de la destrucción de la Atlántida. Huellas de meteoritos gigantes son claramente visibles en la superficie de la Luna. Se divisan en ella cráteres de doscientos kilómetros de diámetro, mientras que en la Tierra no tienen más de tres kilómetros de longitud. Al caer en el mar, estos meteoritos gigantes provocaron una marea de olas que sumergió, no solamente el mundo vegetal y animal, sino también colinas y montañas (10).»

El recuerdo del cataclismo atlante sobrevive en los mitos de numerosos pueblos. Estudiándolos, puede deducirse que la amplitud y el carácter de la catástrofe variaron según los emplazamientos geográficos.

Los indios quichés de Guatemala recuerdan una lluvia negra que cayó del cielo en el momento mismo en que un temblor de tierra destruía las casas y las cavernas. Esto implica un violento movimiento tectónico que se produjo en el Atlántico. El humo, las cenizas y el vapor ascendieron desde las hirvientes aguas hacia la estratosfera, y fueron seguidamente arrastrados hacia el Oeste por la rotación de la Tierra, produciendo, así, la lluvia negra que se derramó sobre la América Central.

Las leyendas de los quichés encuentran confirmación en las de los indios de la Amazonia. Cuentan éstos que, tras una terrible explosión, el mundo quedó sumido en tinieblas. Los indios del Perú añaden que el agua subió entonces hasta la altura de las montañas. En la cuenca del Mediterráneo, los relatos referentes al Diluvio ocupan más lugar que los dedicados a fenómenos volcánicos. En la antigua mitología griega se habla de mareas cuyas olas ascienden hasta las copas de los árboles, dejando tras ellas peces trabados en las ramas. El *Zend-Avesta* afirma que en Persia el Diluvio alcanzó la altura de un hombre.

Alejándonos más hacia Oriente, vemos que, según los documentos antiguos, el mar retrocedió en China en dirección Sudeste.

Esta concepción del cataclismo mundial es perfectamente defendible. Una marea gigantesca del Atlántico debía por fuerza producir un reflujo en la otra parte del Globo, en el océano Pacífico. En apoyo de esta tesis pueden citarse gran número de interesantes testimonios. Así, por ejemplo, existía en el antiguo México una fiesta consagrada a la celebración de un acontecimiento del pasado en el que las constelaciones tomaron un aspecto nuevo. Resultaba de ello, según la opinión de los indígenas, que los cielos no habían tenido en otro tiempo el mismo aspecto que hoy.

Martinus Martini, misionero jesuita que trabajó en China en el siglo xvn, habla en su *Historia de China* de viejas crónicas que evocan un tiempo en que el cielo comenzó súbitamente a declinar hacia el Norte. El Sol, la Luna y los planetas cambiaron su curso después de una conmoción ocurrida en la Tierra. Constituye ello una seria indicación de una sacudida de la Tierra, única causa susceptible de explicar los fenómenos astronómicos descritos en los documentos chinos. Dos reproducciones de la bóveda celeste, pintadas en el techo de la tumba de Senmut, el arquitecto de la reina Hats-hepsut, nos presentan un enigma. Los puntos cardinales se hallan correctamente colocados en uno de estos mapas, mientras que en el otro están invertidos, como si la Tierra hubiera sufrido un choque.

En efecto, el papiro Harris afirma que la Tierra se invirtió durante un cataclismo cósmico. En los papiros del Ermi-tage, de Leningrado, y en el de Ipuwer, se hace igualmente mención de esta inversión de la Tierra.

Los indios asentados a orillas del curso inferior del río Mackenzie, en el Canadá septentrional, afirman que una ola de calor insoportable se abatió durante el Diluvio sobre su región ártica; y, luego, súbitamente, un frío glacial habría sucedido a este calor. Un desplazamiento de la atmósfera, producido en el curso de una sacudida del globo terráqueo, muy bien hubiera podido provocar estos cambios extremadamente bruscos de la temperatura de que hablan los indios del Canadá.

De todos estos testimonios del pasado se infiere que la catástrofe de la Atlántida tuvo un carácter violento y terrorífico.

PIRÁMIDES Y CONQUISTADORES

Un poderoso imperio situado en medio del océano Atlántico debió, ciertamente, de poseer colonias en Europa, África y América. No carecemos de datos que confirman esta suposición. El antiguo Egipto construyó pirámides de dimensiones colosales. Babilonia disponía de zigurats, torres alineadas en las que se combinaban estudios astronómicos y el culto religioso. Los antiguos habitantes de la América central y meridional construyeron también enormes pirámides que utilizaban como templos, observatorios o tumbas. Es grande la distancia entre México y Babilonia y Egipto. Pero esta costumbre de construir pirámides, común a las dos orillas del Atlántico, puede explicarse fácilmente si se admite que tuvo su origen en Atlántida, desde donde se extendió con posterioridad hacia el Este y el Oeste.

Según una opinión en boga, las pirámides serían, simplemente, la expresión de una necesidad de erigir montañas artificiales. Ello podría ser cierto para las llanuras de Egipto y Mesopotamia, pero esta teoría no explica la presencia de pirámides similares en el accidentado terreno de México y Perú. Tiene que haber, con toda evidencia, otras razones distintas que indujeran a construir pirámides de forma idéntica a ambos lados del Atlántico; una tradición heredada de la Atlántida podría ser una de esas razones.

Según Flavio Josefo, historiador judío del siglo I, Nemrod habría construido la torre de Babel para tener un refugio en caso de que se produjera un segundo Diluvio. El cronista mexicano Ixtlilxochitl nos transmite el argumento paralelo que indujo, según 61, a los toltecas a construir las pirámides:

«Cuando los hombres se multiplicaron, construyeron un "zacuali" muy alto, que es hoy una torre de gran altura, a fin de poder hallar refugio en él en caso de que el segundo mundo fuera a su vez destruido.»

Sabios críticos aseguran con insistencia que las pirámides aparecieron en Asia, África y América de manera independiente, sin tener un origen común, como afirman los atlantólogos.

Es lícito preguntarse cómo podría ser idéntico el objeto de las pirámides en Babilonia y en México sin tener un origen común. Josefo e Ixtlilxochitl lo definen del modo más claro posible: se trataba de contar con un abrigo en el caso de un segundo Diluvio.

Los habitantes de América Central han vivido siempre en la espera de un fin del mundo; éste es el origen de los sacrificios humanos que, según los aztecas, debían apaciguar a los dioses encolerizados y salvar a la Humanidad de otro desastre.

Los olmecas, predecesores de los mayas y los aztecas, podrían haber sido súbditos del imperio atlante. Cuando los arqueólogos tropezaron con dificultades para determinar la edad de la pirámide de Cuicuilco, en los accesos de la ciudad de México, apelaron a los geólogos, ya que la mitad de la estructura estaba recubierta de lava sólida. Dos volcanes se hallaban en sus proximidades, y era preciso, naturalmente, plantearse la cuestión: «¿Cuándo había tenido lugar la erupción?» La respuesta fue desconcertante: «Hace ocho mil años.» (11). Si esta conclusión es correcta, demostraría la existencia de una elevada civilización en América Central en una época extremadamente remota.

Al igual que las pirámides, se han encontrado esfinges en el Yucatán: están reproducidas en estilo maya.

Numerosos atlantólogos opinan que el emblema de la cruz nos viene de la Atlántida, pues ha sido venerado en todas sus presuntas colonias. La cruz era el símbolo predilecto de la antigua América. En las murallas de Egipto, numerosos dioses están representados con la cruz de tao, así como con la cruz de Malta. Los monarcas y los guerreros de Asiria y Babilonia llevaban cruces, a guisa de talismanes sagrados, suspendidas del cuello.

El culto al Sol fue transmitido por la Atlántida a los pueblos de la Antigüedad. Los atlantólogos citan, a título de ejemplo, la adoración simultánea del Sol en Egipto y el Perú, así como el reinado de dinastías solares en estos dos países.

El papiro de Turín habla de Ra, dios del Sol. Menciona también un gran desastre provocado por el Diluvio y por incendios. Algunos investigadores extraen de ello la conclusión de que el culto al Sol fue importado a Egipto desde esa Atlántida llamada a desaparecer.

Los egipcios creían en un país de los muertos que se encontraba al Oeste y se llamaba «Amenti».

Si el reino de los muertos corresponde al reino sumergido de la Atlántida, la legendaria dinastía de semidioses que reinó en Egipto sería la dinastía de los soberanos de la Atlántida. Según una antigua tradición, los reyes atlantes habrían partido para Egipto quinientos años antes de la catástrofe final y, previendo el trágico destino de su continente, habrían fundado en él la dinastía de los Muertos.

Los sacerdotes aztecas conservaban devotamente el recuerdo de «Aztlán», país situado al Este, de donde habría llegado Quetzalcoatl, portador de la civilización. Los incas creían en Viracocha, que fue hacia ellos desde el país de la aurora. Los más antiguos documentos egipcios hablan de Thot, o Tehuti, que llegó desde un país occidental para implantar la civilización y la ciencia en el valle del Nilo.

Los antiguos griegos cantaban a los Campos Elíseos, situados al Oeste, en la isla de los Bienaventurados. Según ellos, Tartaria, país de los muertos, se encontraba bajo las montañas de una isla del océano occidental.

Los antiguos griegos y egipcios situaban esta isla misteriosa apuntando hacia Occidente. Los indios de América hacían gestos hacia el Este cuando querían indicar el emplazamiento del país de Quetzalcoatl o de Viracocha.

Este país, al oeste del Mediterráneo y al este de las Américas, no era otro que la Atlántida, continente sumergido bajo las aguas del Océano.

Aunque las religiones de numerosas naciones de la Antigüedad profesaran su creencia en la inmortalidad del alma, los peruanos y los egipcios eran los únicos en sostener que el alma permanecía suspendida junto al cuerpo difunto y mantenía contacto con él. Las dos razas consideraban necesario conservar los cuerpos embalsamándolos.

La tradición de unos reyes divinos residentes en el Este es en gran medida responsable de la derrota infligida a los aztecas y los incas por un puñado de conquistadores.

Cuando Colón llegó a las Antillas y desembarcó allí con sus hombres, «los indígenas les llevaron en brazos, besaron sus manos y sus pies e intentaron explicarles de todas las maneras posibles que, por lo que ellos sabían, los hombres blancos procedían de los dioses» (12).

Moctezuma, último rey de los aztecas, dijo a Cortés que «sus antepasados no habían nacido aquí, sino que provenían de un lejano país llamado Aztlán, con altas montañas y un jardín habitado por los dioses». Moctezuma añadió que él reinaba solamente como delegado de Quetzalcoatl, señor de un imperio oriental.

El libro de los mayas *Popol Vuh* menciona la antigua costumbre de los príncipes de viajar al Este a través de los mares para «recibir la investidura del reino».

La facilidad con que Cortés y Pizarro lograron la victoria proporciona una prueba suplementaria de la existencia efectiva de la Atlántida en un remoto pasado. La tradición de los aztecas y los incas, mantenida por sus sacerdotes, veneraba a poderosos señores del país del Sol naciente, que eran de estatura elevada, piel blanca y barbudos. Cuando aparecieron ante ellos, los aventureros españoles fueron al instante identificados como representantes del legendario imperio del océano Atlántico. Al principio, los hombres de Moctezuma y Atahualpa recibieron con los brazos abiertos a los hombres blancos, porque esperaban su llegada desde hacía mucho tiempo. Esta firme creencia en un Estado soberano situado en el país del Sol naciente constituye una de las principales razones que contribuyeron a la caída de los poderosos imperios de México y Perú.

La espera de visitas regulares que los emperadores atlantes harían a sus colonias americanas iba a ser fatal para las civilizaciones del Nuevo Mundo.

Cristóbal Molina, sacerdote español establecido en Cuzco, Perú, escribía, en el siglo xvr, que los incas habían recibido de Manco Capac un relato completo del gran Diluvio.

Según la tradición, antes del Diluvio existía un Estado planetario en el que solamente se hablaba una lengua. Este Estado era, sin duda, la legendaria Atlántida.

Aunque separados por distancias enormes, Israel y Babilonia, en Asia Menor, y México, en América Central, han conservado en sus escrituras sagradas esta misma creencia.

La Biblia nos habla de un tiempo en el que no había más que una sola raza y una sola lengua en el mundo. Únicamente tras la construcción de la torre de Babel hicieron su aparición numerosos dialectos, y las gentes dejaron de entenderse.

Beroso, historiador babilonio, evoca un periodo en que una antigua nación se enorgulleció de tal modo de su poder y su gloria que comenzó a despreciar a los dioses. Se construyó entonces en Babilonia una torre tan alta que su cúspide tocaba casi al cielo; pero los vientos vinieron en ayuda de los dioses y derribaron la torre, cuyas ruinas recibieron el nombre de «Babel». Hasta entonces, los hombres únicamente se habían servido de una sola y misma lengua.

Por extraño que pueda parecer, en México las crónicas tolte-cas contienen un relato casi idéntico referente a la construcción de una alta pirámide y a la aparición de numerosas lenguas.

Si consideramos la construcción de la torre de Babel como un hecho histórico y no como una fábula, ello demostraría la existencia, en una época lejana, de un imperio mundial en que se hablaba una sola lengua.

Como un Estado planetario semejante no habría podido existir sin vías de comunicación organizadas y sin nociones tecnológicas suficientemente avanzadas, nos es forzoso contemplar, como eventual posibilidad, la existencia de una ciencia en una edad prehistórica, antediluviana.

Es muy significativo que los agricultores de la América Central y meridional hayan cultivado mayor número de clases de cereales y plantas medicinales que ninguna otra raza de nuestro planeta. En la época preincaica e incaica, existían en los Andes y en la región del Amazonas superior no menos de 240 variedades de patatas y veinte tipos de maíz.

Los pepinos y los tomates de nuestras ensaladas, las patatas, las calabazas y las judías de nuestros primeros platos, las fresas y los chocolates de nuestros postres, son originarios del Nuevo Mundo.

Así, pues, la mitad de los productos de que hoy nos alimentamos eran desconocidos antes del descubrimiento de América. ¿Heredaron de la Atlántida sus conocimientos agrícolas el antiguo Perú y el antiguo México?

LOS CALENDARIOS DE LA ATLÁNTIDA

Existe, a través del Atlántico, otro lazo entre el antiguo Egipto y el antiguo Perú. Su calendario constaba de dieciocho meses de veinte días, con una fiesta de cinco días a fin de año. ¿Se trata de simple coincidencia o de una tradición que arranca de la misma fuente?

Un examen de estos antiguos calendarios nos permite fijar la fecha aproximada de la desaparición de la Atlántida. El primer año de la cronología de Zoroastro, el año en que «comenzó el tiempo», corresponde al 9600 a. de JC. Esta fecha es muy próxima a la que, con motivo de su conversación con Solón, dieron los sacerdotes egipcios para la desaparición de la Atlántida, es decir, 9560 a. de JC.

Los antiguos egipcios calculaban el tiempo en ciclos solares de 1.460 años. El fin de su última época astronómica sobrevino en el año 139 d. de JC. A partir de esta fecha se pueden reconstituir ocho ciclos solares hasta el año 11542 a. de JC. El calendario lunar de los asirios dividía el tiempo en períodos de 1.805 años; el último de estos períodos finalizó en 712 antes de JC. A partir de esta fecha, se pueden establecer seis ciclos lunares para remontarse hasta 11542 a. de JC. El calendario solar de Egipto y el sistema asirio de calendario lunar coinciden, pues, al llegar al mismo año —11542 a. de JC.— como fecha probable de iniciación de los dos calendarios.

Los brahmanes calculan el tiempo en ciclos de 2.850 años a partir del 3102 a. de JC. Tres de estos ciclos, o sea 8.550 años, sumados a 3102 a. de JC, nos dan la fecha de 11652 a. de Jesucristo. El calendario maya nos muestra que los antiguos pueblos de la América central tenían ciclos de 2.760 años. El comienzo de una etapa se instituye en el año 3373 a. de JC. Tres períodos de 2.760 años, o sea, 8.280 años, a partir de 3373 a. de JC, nos llevarían a 11653 a. de JC, es decir, a un año de distancia de la fecha establecida por los Sabios de la India,

El Codex Vaticanus A-3738 contiene una cronología azteca muy significativa, según la cual el primer ciclo concluyó con un diluvio, tras 4.008 años de duración. El segundo ciclo de 4.010 años finalizó con un huracán. La tercera Era de 4.801 años terminó con incendios. Durante el cuarto período, que duró 5.042 años, la Humanidad padeció hambre. La Era actual es la quinta: comenzó en 751 a. de JC

La duración total de los cuatro períodos mencionados en el Codex es de 17.861 años; su comienzo se halla en la fecha, increíblemente remota, de 18.612 años a. de JC

El obispo Diego de Landa escribía, en 1566, que en su tiempo los mayas establecían su calendario a partir de una fecha que venía a corresponderse con el 3113 a. de JC, en la cronología europea. Afirmaban que antes de esta fecha habían transcurrido 5.125 años en ciclos anteriores. Esto fijaría el origen de los primitivos mayas en el año 8238 a- de JC, fecha muy próxima a la del cataclismo atlante.

Sobre la base de todas estas fechas, que nos proporcionan una indicación para la de la Atlántida, cabe formular la hipótesis de que, hace millares de años, la Humanidad disponía ya de considerables conocimientos de astronomía, dignos de una elevada civilización.

El día más largo del calendario maya contenía 13 horas, y el más corto, 11. En el antiguo Egipto, el día más largo tenía 12 horas y 55 minutos, y el más corto, 11 horas y 55 minutos, cifras casi idénticas a las de los mayas. Pero lo más asombroso de estos cálculos es que 12 horas y 55 minutos no es la duración real del día más largo en Egipto, sino en el Sudán. Tratando de explicar esta diferencia, el doctor L. Zajdler, de Varsovia, formula la suposición de que este cálculo del tiempo provenía de la Atlántida tropical (13).

El arqueólogo Arthur Posnansky, de La Paz, Bolivia, hablando del templo inacabado del Sol en Tiahuánaco, afirma que la construcción fue súbitamente abandonada hacia 9550 antes de JC. La fecha nos es ya familiar. ¿No le habían dicho a Solón los sacerdotes de Sais que la Atlántida pereció en 9560 a. de JC?

Según el sabio soviético E. F. Hagemester, la ciencia puede afirmar lo siguiente respecto a la desaparición de la Atlántida: «El fin de la Era glacial en Europa, la aparición del Gulf Stream y la desaparición de la Atlántida se produjeron simultáneamente hacia el año 10000 a. de JC» Pero no todos los sabios enjuician de la misma manera el problema de la Atlántida. Algunos, a despecho de las evidencias, rechazan toda la teoría; otros, tratan de situar la Atlántida en el Mediterráneo, e incluso en España o en Alemania. No hace falta subrayar que no es ésta la Atlántida de Platón y de los sabios egipcios, que la situaban «ante las Columnas de Hércules, en el mar Atlántico».

En la sección egipcia del museo del Louvre, he visto un dibujo esculpido, sin letrero explicativo, en un lugar poco visible, junto a una escalera. Sin embargo, no me fue difícil reconocer en él el Zodíaco de Dendera.

Esta antigua reliquia egipcia constituía en otro tiempo parte del techo de un pórtico del templo de Dendera, en el Alto Egipto. Fue llevada a Francia por Lelorrain en 1821. Durante generaciones enteras, el calendario de Dendera ha constituido para los sabios un enigma indescifrable. Los signos del Zodíaco están colocados en espiral, y los símbolos son fáciles de reconocer; pero Leo se encuentra en el punto del equinoccio vernal. Teniendo en cuenta la precesión de los equinoccios, ello indicaría una fecha entre 10950 y 8800 a. de JC, es decir, el período mismo en el curso del cual se produjo la catástrofe de la Atlántida. El Zodíaco de Dendera es, sin duda, de origen egipcio, pero podría haber sido esculpido en conmemoración de un remoto acontecimiento, el fin de la Atlántida y el nacimiento de un nuevo ciclo.

EL ÉXODO

A TRAVÉS DE LOS MARES Y DE LOS AIRES

La mitología y los escritos antiguos nos hacen saber que el último día de la Atlántida se vio marcado por una inmensa catástrofe. Olas tan altas como montañas, huracanes, explosiones volcánicas, sacudieron el planeta entero. La civilización sufrió un retroceso, y la Humanidad superviviente quedó reducida al estado de barbarie.

Las tablas sumerias de Gilgamés hablan de Utnapichtim, primer antepasado de la Humanidad actual, que fue, con su familia, el único superviviente de un inmenso diluvio. Encontró refugio en un arca para sus parientes, para animales y pájaros. El relato bíblico del Arca de Noé parece ser una versión tardía de la misma historia.

El *Zend-Avesta* iranio nos proporciona otro relato de la misma leyenda del Diluvio. El dios Ahuramazda ordenó a Yima, patriarca persa, que se preparara para el Diluvio. Yima abrió una cueva, donde, durante la inundación, fueron encerrados los animales y las plantas necesarios para los hombres. Así fue como pudo renacer la civilización después de las destrucciones ocasionadas por el Diluvio.

El *Mahabharata* de los hindúes cuenta cómo Brahma apareció bajo la forma de un pez ante Manú, padre de la raza humana, para prevenirle de la inminencia del Diluvio. Le aconsejó

construir una nave y embarcar en ella «a los siete Rishis (sabios) y todas las distintas semillas enumeradas por los brahmanes antiguos y conservarlas cuidadosamente».

Manú ejecutó las órdenes de Brahma, y el buque, que le llevó con los siete sabios y con las semillas destinadas al avituallamiento de los supervivientes, navegó durante años sobre las agitadas aguas antes de atracar en el Himalaya.

La tradición hindú designa a Manali, la ciudad de Manú, en el valle de Kulu, como el lugar posible en que se vio desembarcar a Manú. La región es generalmente conocida por el nombre de «Aryavarta», país de los arios. Este capítulo ha sido escrito por el autor del presente estudio al pie del Himalaya.

La semejanza entre el relato de Noé y el de Manú no parece deberse a una simple coincidencia. Es un hecho conocido que, en todas las evocaciones del gran Diluvio, se atribuye a ciertos personajes elegidos un conocimiento previo de la proximidad de la catástrofe mundial. La salida del país condenado de la Atlántida fue realizada en barco, y también por los aires. De apariencia fantástica, esta teoría se apoya en numerosas tradiciones históricas. Existe entre los esquimales una curiosa leyenda, según la cual habrían sido transportados al Norte glacial por gigantescos pájaros metálicos. ¿No nos hace esto pensar en la existencia de aviones en aquella época prehistórica?

Los aborígenes del territorio septentrional de Australia tienen también una leyenda del Diluvio y de los hombres-pájaros. Karán, jefe de la tribu, dio alas a Waark y a Weirk cuando «el agua invadió los brazos del mar, cuando el mar ascendió y recubrió al país entero, las colinas, los árboles, en una palabra, todo». Entonces, el propio Karán levantó el vuelo y se instaló a lo largo de la Lima, observado por los hombres-pájaros (14).

El canto épico de Gilgamés nos da un cuadro dramático del desastre planetario: «Una nube negra se elevó desde los confines del cielo. Todo lo que era claro se volvió oscuro. El hermano no ve a su hermano. Los habitantes del cielo no se reconocen. Los dioses temían al Diluvio. Huyeron y ascendieron al cielo de Anu.»

¿Quiénes eran esos «habitantes del cielo»? ¿Quiénes eran esos dioses que temían al Diluvio y se refugiaron en los cielos? Si hubieran sido seres etéreos, no se habrían sentido aterrorizados por el furor de los elementos. Cabe suponer que estos habitantes del cielo no eran otros que los jefes atlantes que tenían aviones, o incluso astronaves, a su disposición.

Según la religión sumeria, el «cielo de Anu» era la sede de Anu, padre de los dioses. Su significado estaba asociado con las palabras «grandes alturas» y «profundidades», lo que hoy llamamos «el espacio». Los hombres del cielo partieron al espacio: tal es nuestra interpretación de este desconcertante pasaje del canto épico.

El libro de Dzryan, recibido hace unos cien años por Hélène Blavatsky en una ermita del Himalaya, podría ser una página perdida de la historia de la Humanidad:

«Sobrevinieron las primeras Grandes Aguas y devoraron las Siete Grandes Islas. Todo lo que era santo fue salvado; todo lo que era impuro fue aniquilado (15).»

Un antiguo comentario de este libro explica con perfecta claridad el modo en que se produjo el éxodo de la Atlántida.

En previsión de la catástrofe inevitable, el Gran Rey, «de rostro deslumbrante», jefe de los hombres esclarecidos de la Atlántida, envió sus navios del aire a los jefes, sus hermanos con el mensaje siguiente: «Preparaos, levantaos, hombres de la Buena Ley, y atravesad la Tierra mientras todavía está seca.»

La ejecución de este plan debió de mantenerse secreta a los poderosos y malvados jefes del imperio. Entonces, durante una noche oscura, mientras el pueblo de la «Buena Ley» se hallaba ya a salvo del peligro de la inundación, el Gran Rey reunió a sus vasallos, escondió su «rostro deslumbrante» y lloró. Cuando sonó la hora, los príncipes embarcaron en *vimanas* (naves aéreas) y siguieron a sus tribus a los países del Este y del Norte, a África y a Europa. Entretanto, gran número de meteoritos cayeron en masa sobre el reino de la Atlántida, donde dormían los «impuros».

Si bien la posibilidad de un éxodo de la Atlántida por vía aérea no debe ser necesariamente aceptada, merece, no obstante, ser objeto de un examen científico. ¿Acaso no contiene la *Enciclopedia de los viajes interplanetarios*, publicada en la URSS por el profesor N. A. Rynin, una ilustración en la que se ve a los Grandes Sacerdotes atlantes elevarse en avión, mientras, al fondo, la Atlántida se hunde en los mares?

En la época prediluviana eran, sin duda, muy pocas las personas que poseían aviones o astronaves; incluso en nuestros días, solamente las compañías comerciales o los Gobiernos son propietarios de aviones o cohetes cósmicos. La situación no debía de ser distinta en la época atlante.

Los babilonios han conservado el recuerdo de astronautas b de aviadores prehistóricos en la persona de Etana, el hombre volador. El museo de Berlín posee un sello cilindrico en el que aparece atravesando los aires a lomos de un águila, entre el Sol y la Luna.

En Palenque, México, puede verse el curioso dibujo de un sarcófago extraído de una pirámide descubierta por el arqueólogo Ruz-Lhuillier. Representa, en estilo maya, a un hombre sentado sobre una máquina semejante a un cohete que despidе llamaradas por un tubo de escape. El hombre está inclinado hacia delante: sus manos reposan sobre unas barras. El cono del proyectil contiene gran número de misteriosos objetos que podrían ser partes de su mecanismo. Después de haber analizado numerosos códigos mayas, los franceses Tarade y Millou han llegado a la conclusión de que se trata de un astronauta a bordo de una nave espacial, tal como las concebía este pueblo (16).

Los jeroglíficos existentes en el borde significan el Sol, la Luna y la Estrella Polar, lo que vendría a apoyar la interpretación cósmica. Mas, por otra parte, las dos fechas marcadas sobre la tumba —603 y 663 d. de JC.— no dejan de suscitar nuestras dudas. Sin embargo, en el caso de que el sacerdote enterrado en la tumba no fuera simplemente un sacerdote astrónomo, sino un guardián de la tradición de los «dioses astrales» de la América Central, el ornamento podría explicarse como una evocación de viajes espaciales anteriores.

Esta tradición de antiguas naves aéreas se nos aparece como un vago eco de la aviación y la astronáutica prehistóricas. Podría admitirse una explicación parecida, ya que, según ciertos atlantólogos, la civilización habría alcanzado antes del Diluvio un nivel muy elevado.

BOMBAS ATÓMICAS Y NAVES ESPACIALES EN LA PREHISTORIA

¿Cuál era el nivel de conocimientos en la Atlántida en vísperas del cataclismo? Platón no vacila en hablar de conquistas y de imperialismo de los atlantes en esta última época. Las escrituras Samsaptakabadha de la India mencionan aviones conducidos por «fuerzas celestes». Hablan de un proyectil que contenía «la potencia del Universo». El resplandor de la explosión es comparado a «diez mil soles». El libro dice: «Los dioses se inquietaron y exclamaron: No reduzcáis a cenizas el mundo entero.»

El *Mausola Purva*, escrito en sánscrito, menciona «un arma desconocida, un hierro lanzador de rayos, un gigantesco mensajero de la muerte que redujo a cenizas las razas enteras de los vrichnis y los anhakas; los cuerpos consumidos eran irreconocibles; se habían desprendido los cabellos y las uñas; las vasijas de barro se rompieron sin causa aparente, y los pájaros se volvieron blancos. Al cabo de unas horas, todos los alimentos estaban infectados».

Alexandre Gorbovski escribe en sus *Enigmas de la Antigüedad* que un esqueleto humano encontrado en la India era altamente radiactivo, sobrepasando cincuenta veces el nivel normal. Cabe, en verdad, preguntarse si el *Mausola Purva* no relatará un hecho histórico, más que una leyenda.

Hablando de los escombros carbonizados de Borsippa, á los que se identifica a menudo con las ruinas de la torre de Babel, E. Zehren se pregunta en su obra *Die Biblischen Hü-gel* * qué fuerza habría podido fundir los ladrillos de la zigu-rat. Responde: «Nada, sino un rayo monstruoso o una bomba atómica.»

El profesor Frederick Soddy, premio Nobel, descubridor de los isótopos, escribía en 1909, a propósito de las tradiciones transmitidas hasta nuestros días desde los tiempos prehistóricos;

*

«No encontramos justificación alguna de la creencia según la cual razas humanas hoy desaparecidas hubieran alcanzado no sólo nuestros conocimientos actuales, sino también un poder que nosotros no poseemos aún (17).»

En 1909, no poseíamos aún ese poder, la fuerza atómica. Con toda evidencia, el profesor Soddy admitía la existencia de una antigua civilización que habría dominado la energía nuclear. Al hablar de esta raza prehistórica, el pionero de la ciencia nuclear contemplaba la posibilidad de que «fuera capaz de explorar las regiones exteriores del espacio».

Los escritos antiguos de la India hablan de aviones y de bombas atómicas, así como de viajes por el espacio. Pushan, dios védico, navega en un barco dorado a través del océano del cielo. Gañida, el pájaro celeste, transporta al señor Visnú a través del cosmos.

El *Samsaptakabadha* describe vuelos aéreos «a través de la región del firmamento situada por encima de la región de los vientos». ¿No es esto una clara indicación de viajes a través del espacio?

El *Surya Siddhanta*, la más antigua de las obras astronómicas escritas en sánscrito, menciona a los siddhas, u hombres perfectos, y a los vidhyaharas, o poseedores del saber, que viajan alrededor de la Tierra «por debajo de la Luna y por encima de las nubes». ¿No hay en ello una clara indicación con respecto a sabios o filósofos que circulaban en órbita en torno a nuestro planeta?

Si relacionamos el canto de Gilgamés con las escrituras de la India, podemos colmar muchas lagunas de la prehistoria humana. En el momento del cataclismo mundial, los «hombres del cielo» de Gilgamés partieron hacia el cielo, ya fuera para describir órbitas en torno a la Tierra, ya fuera, incluso, para volar hacia otros planetas. El *Saramanagana Sutra* cuenta que los

hombres podían volar por los aires en navios del espacio, y también que «seres celestes» podían llegar a la Tierra. Cuando se lee este texto, no puede uno por menos de pensar en un tráfico entre nuestro planeta y otros mundos.

Quizá sea más razonable suponer que el gran éxodo de la Atlántida fue realizado un barco, más bien que en avión o en ingenios espaciales, toda vez que éstos estaban reservados a los privilegiados. Los así salvados se instalaron en los cercanos Pirineos, contribuyendo de este modo al impulso de la civilización mediterránea.

COLONIAS ANTEDILUVIANAS *UN ESTADO DEL QUE LA ONU NO SABE NADA*

Un autor alemán, K. K. Doberer, expresa en su libro, *Los fabricantes de oro*, la idea siguiente: «Los hombres sabios de la Atlántida vislumbraron una posibilidad de escapar al peligro emigrando a través del Mediterráneo hacia el Este, a las inmensas tierras asiáticas, y fundando colonias en el Tibet.»

Se trata de una hipótesis sorprendente y, tal vez, muy cercana a la verdad. Los grandes sacerdotes y los príncipes de la «Buena Ley» pudieron ser transportados por los aires, a salvo del peligro, con dirección a un lejano país, juntamente con todos los logros de su civilización y con sus conocimientos técnicos. Instalándose en una pequeña comunidad completamente aislada, habrían podido desarrollar sus ciencias, alcanzando alturas que nuestras academias no soñarían siquiera. No faltan testimonios en apoyo de esta teoría, aparentemente fantástica.

El canto épico del *Mahabharata* habla de una Era arcaica en que volaban aviones por los aires, y bombas devastadoras eran arrojadas sobre las ciudades. Se libraban guerras terribles, y el mal reinaba por doquier. A la vista de los escritos antiguos y de las leyendas de numerosas razas, no es imposible reconstituir un cuadro de acontecimientos que probablemente tuvieron lugar en vísperas de la catástrofe geológica.

Cuando un grupo de esclarecidos filósofos y sabios comprendieron que su civilización estaba condenada y que se hallaba en peligro el progreso de la Humanidad, tomaron la decisión de retirarse a lugares inaccesibles de la Tierra. Fueron excavados refugios secretos en las montañas; los pocos escogidos eligieron los valles ocultos en el corazón del Himalaya, para conservar en ellos la antorcha del saber en beneficio de las generaciones futuras.

Cuando el Océano hubo engullido a la Atlántida, las colonias de supervivientes tuvieron tiempo sobrado para erigir una Utopía, evitando los errores del imperio destruido. Sus comunidades, protegidas por su aislamiento, pudieron prosperar lejos de la barbarie y la ignorancia. Habían decidido, desde el principio, romper todo contacto con el mundo exterior. Su ciencia tuvo así la posibilidad de florecer sin trabas y de sobrepasar los resultados obtenidos por los atlantes. ¿Se trata de una fantasía? ¿No sabemos que buen número de nuestros actuales sabios recomiendan ya la construcción de refugios e, incluso, de ciudades subterráneas, en previsión de un holocausto atómico?

La despoblación de los núcleos urbanos y la construcción de ciudades subterráneas, tales son los proyectos presentados en la actualidad por los sabios responsables, deseosos de asegurar la continuidad de la raza humana.

Si los sabios contemporáneos elaboran planes de este tipo, ¿por qué no admitir que planes similares fueran propuestos y ejecutados por los jefes intelectuales de la Atlántida cuando

tuvieron que enfrentarse a la degeneración moral de su sociedad y a la amenaza de un «arma de Brahma, resplandeciente como diez mil soles»?

El pensamiento científico no rechaza ya la idea de un poderoso Estado, que habría existido en una época remota, dotado de avanzados conocimientos tecnológicos. Tratando de explicar la tradición científica de la Antigüedad, el profesor Frederick Soddy, pionero de la física nuclear, declaraba, en 1909, que «podría representar un eco de numerosas épocas precedentes de la prehistoria, de una Edad en que los hombres avanzaban por la misma senda que nosotros (17)». Para conservar durante un período indefinido los productos de la civilización amenazados por guerras devastadoras y calamidades geológicas, nada podría ser más útil que la construcción de refugios subterráneos. Esto es tan cierto en nuestros días como lo era en la época de la Atlántida. El tiempo ha arrancado numerosas páginas de la historia del hombre sobre este planeta, pero todas las leyendas hablan de un inmenso desastre que destruyó una avanzada civilización y transformó en salvajes a la mayor parte de los supervivientes. Los que fueron después rehabilitados por «mensajeros divinos» pudieron elevarse de su estado y dar origen a las naciones de la Antigüedad de las cuales descendemos nosotros.

Las comunidades secretas de los «Hijos del Sol» eran poco numerosas, pero sus conocimientos eran amplios. Su elevado nivel científico les permitió excavar una vasta red de túneles, especialmente en Asia.

El aislamiento era la inmutable ley que imperaba en estas colonias. Los filósofos, los sabios, los poetas y los artistas no pueden prescindir de un ambiente pacífico para desarrollar su trabajo. No quieren oír el resonar de las botas de los soldados y los gritos del mercado. Nadie podría acusar de egoísmo a estos pensadores por haber querido, a través de los tiempos, compartir su saber solamente con quienes estaban preparados para ello. Este alejamiento les sirve de protección. ¿No es hoy la ley del más fuerte la misma que en tiempos de Calígula? ¿No parece el puño más aterrador aún en su armadura tecnológica?

Perdidos en valles cubiertos de nieve o escondidos en las catacumbas, en el corazón de las montañas, los Hermanos Mayores de la raza humana continuaron su existencia. La realidad de estas colonias se halla refrendada por testimonios procedentes de países tan alejados unos de otros como la India, América, el Tibet, Rusia, Mongolia y muchas otras partes del mundo. En el curso de cinco mil años, se han recibido estos testimonios, que, aun adornados por la fantasía, deben contener un elemento de verdad.

Ferdinand Ossendowski, galardonado por la Academia Francesa, menciona una extraña historia que le fue relatada hace cincuenta años en Mongolia por el príncipe Chultun Beyli y su Gran Lama. Según ellos, en otro tiempo habían existido dos continentes, en el Atlántico y en el Pacífico. Desaparecieron en las profundidades de las aguas, pero parte de sus habitantes encontraron refugio en vastos albergues subterráneos. Estas cuevas se hallaban iluminadas por una luz especial que permitió el crecimiento de plantas y aseguró la supervivencia a una tribu perdida de la Humanidad prehistórica que alcanzó posteriormente el más alto nivel de conocimientos (18).

Según el sabio polaco, esta raza subterránea consiguió importantes logros en el terreno técnico. Poseía vehículos que circulaban con extraordinaria rapidez a través de una inmensa red de túneles existente en Asia. Estudió la vida en otros planetas, pero sus éxitos más notables se encuentran en el ámbito del espíritu puro.

El célebre explorador y artista Nicolás Roerich se hizo mostrar largos corredores subterráneos en el curso de sus viajes a través de Sinkiang, en el Turquestán chino. Los indígenas le refirieron

que gentes extrañas salían a veces de aquellas catacumbas para hacer compras en la ciudad, pagando con monedas antiguas que nadie era capaz de identificar.

En el curso de una estancia en Tsagan Kuré, cerca de Raigan, en China, Roerich escribió, en 1935, un artículo titulado «Los guardianes», en el cual se preguntaba si esos hombres misteriosos que de pronto aparecen en medio del desierto no saldrán de un pasadizo subterráneo (19). Interrogó largamente a los mongoles acerca de esos visitantes misteriosos y obtuvo de ellos informaciones muy interesantes. A veces, dicen, estos extranjeros llegan a caballo. Con el fin de no provocar demasiada curiosidad, se disfrazando mercaderes, pastores o soldados. Hacen regalos a los mongoles (19).

No se puede desechar, sin más, el testimonio de un hombre de reputación internacional. El autor de este libro tuvo, por otra parte, el honor de entrevistarse personalmente con el gran explorador en Shanghai, al término de su expedición de 1935.

Es interesante señalar que el profesor Roerich, así como los miembros de su equipo, observó en 1926 la aparición de un disco luminoso por encima de la cordillera del Karakorum. Durante un mañana soleada, el objeto era claramente visible a través de los tres potentes anteojos de que disponían los exploradores. El aparato circular cambió bruscamente de rumbo mientras lo observaban. Hace cuarenta años, ningún avión ni dirigible sobrevolaba el Asia central. ¿Provenía el ingenio de una colonia prehistórica?

Durante la travesía del desfiladero de Karakorum, un guía indígena contó a Nicolás Roerich que habían aparecido grandes hombres blancos, así como mujeres, surgiendo del fondo de las montañas por salidas secretas. Se les había visto avanzar en la oscuridad, con antorchas en la mano. Según uno de los guías, estos misteriosos montañeses habían incluso llevado ayuda a algunos viajeros (20).

La señora A. David-Neel, exploradora del Tibet, menciona en sus escritos a un chantre tibetano de quien se decía que conocía el camino de «la morada de los dioses», situada en alguna parte de los desiertos y las montañas de la provincia de Chinghai. Una vez, le llevó desde ese lugar una flor azul que había brotado reinando una temperatura de veinte grados bajo cero; el río Dichu estaba en aquel momento cubierto por una capa de hielo de casi dos metros (21).

SHAMBHALA SEPTENTRIONAL

Hace cuarenta años, el doctor Lao-Tsin publicó en un periódico de Shanghai un artículo dedicado a su viaje a una extraña región del Asia central (22). En su pintoresco relato, que prefigura *Horizontes perdidos*, de James Hilton, este médico describe la peligrosa caminata que realizó por las alturas del Tibet en compañía de un yogui oriundo de Nepal. En una región desolada, en el fondo de las montañas, los dos peregrinos llegaron a un valle escondido, protegido de los vientos septentrionales y gozando de un clima mucho más cálido que el del territorio circundante.

El doctor Lao-Tsin evoca a continuación «la torre de Shambhala» y los laboratorios que provocaron su asombro. Los dos visitantes fueron puestos al corriente de los grandes resultados científicos obtenidos por los habitantes del valle. Asistieron también a experiencias telepáticas efectuadas a grandes distancias. El médico chino habría podido decir muchas más cosas sobre su estancia en el valle si no hubiera hecho a sus habitantes la promesa de no revelarlo todo. Según la tradición conservada en Oriente a propósito de Shambhala septentrional, donde hoy no se encuentran más que arenas y lagos salados, existía allí en otro tiempo un mar inmenso, con

una isla de la que no quedan en la actualidad sino unas cuantas montañas. Un gran acontecimiento se produjo en una época remota.

«Entonces, con el terrorífico fragor de un rápido descenso desde alturas inaccesibles, rodeados de masas fulgurantes que inundaban el cielo de llamaradas, los espacios celestes fueron surcados por la carroza de los Hijos del Fuego, los Señores de las llamas de Venus; se detuvo, suspendida, sobre la isla Blanca, que se extendía sonriente sobre el mar de Gobi (23).»

Al recordar la controversia existente en nuestros días con respecto a la nave cósmica que se estrelló en Tunguska, Siberia, no nos es lícito rechazar, con una simple sonrisa, la vieja tradición sánscrita.

El folklore y los cantos del Tibet y de Mongolia exaltan el recuerdo de Shambhala hasta transformarlo en realidad. Durante su expedición a través de Asia central, Nicolás Roerich llegó un día a un puesto fronterizo blanco considerado como uno de los tres límites de Shambhala (22).

Para demostrar hasta qué punto la creencia en Shambhala está arraigada entre los lamas, bastará citar las palabras de un monje tibetano pronunciadas ante Roerich: «Los hombres de Shambhala se presentan en ocasiones en este mundo; entran en contacto con aquellos de sus colaboradores que trabajan sobre la tierra. A veces, envían, en bien de la Humanidad, dones preciosos y reliquias extraordinarias (20).»

Después de haber estudiado las tradiciones de los budistas tibetanos, Csoma de Kóros (1784-1842) situaba la tierra de Shambhala al otro lado del río Syr-Daria, entre los 45 y los 50 grados de latitud norte. Resulta curioso comprobar que un mapa publicado en Amberes en el siglo xvii indica el país de Shambhala.

Los primeros viajeros jesuitas al Asia Central, tales como el padre Etienne Cacella, mencionan la existencia de una región desconocida llamada Xembala o Shambhala.

El coronel N. M. Prievalsky, gran explorador del Asia Central así como el doctor A. H. Franke, mencionan Shambhala en sus obras. La traducción por el profesor Grünwedel de un antiguo texto tibetano (*La ruta de Shambhala*) es también un documento interesante. Parece, no obstante, que las indicaciones de tipo geográfico se mantienen deliberadamente muy vagas. No pueden servir de gran cosa a quienes no conozcan con detalle los nombres antiguos y modernos de las diversas regiones y de los numerosos monasterios. El deseo de sembrar la confusión obedece a dos razones. Los que conocen efectivamente la existencia de estas colonias no revelarán jamás el lugar en que se encuentran, a fin de no obstaculizar la acción humanitaria de los Guardianes. Por otra parte, las referencias a estos refugios existentes en la literatura y en el folklore oriental pueden parecer contradictorias, porque hacen alusión a comunidades instaladas en localidades diferentes.

Tras haber estudiado durante largos años este tema, he escrito el presente capítulo durante mi estancia en el Himalaya, y, para mí, el nombre de Shambhala engloba no solamente la isla Blanca del Gobi, valles y catacumbas ocultos en Asia y en otras partes, sino también muchas otras cosas.

Lao-Tsé, fundador del taoísmo en el siglo vi a. de JC. se había dedicado a buscar la residencia de Hsi-Wang-Mu, diosa del Occidente, y acabó por encontrarla. Según la tradición taoísta, esta diosa era una mujer mortal que había vivido millares de años. Tras haber adquirido las «cualidades divinas», se retiró a las montañas del Kun Lun. Los monjes chinos afirman que existe un valle de extraordinaria belleza, inaccesible a los viajeros desprovistos de guía. En ese valle habita Hsi-Wang-Mu, presidiendo una asamblea de genios que podrían ser los más grandes sabios del mundo.

En esta perspectiva, adquiere todo su significado la aparición ante los componentes de la

expedición Roerich de un extraño ingenio por encima del Karakorum, que se encuentra en una extremidad del Kun Lun. Este extraño disco podría provenir del aeródromo de esos seres divinos.

De todo lo que acabamos de decir, resulta que debe de ser sumamente difícil entrar en contacto con los miembros de las comunidades secretas. No obstante, han tenido lugar encuentros con ellos, y más frecuentemente de lo que se dice. La ausencia de informaciones se explica por la promesa de secreto que inevitablemente se exige a los que acuden a visitar esas antiguas colonias con un propósito justificado. Los mahatmas no quieren ser molestados por curiosos, por escépticos o por buscadores de riquezas, pues se consideran los guardianes de la sabiduría antigua y de los tesoros del pasado.

Me parece oportuno citar aquí el siguiente texto, tomado de una carta escrita por uno de esos mahatmas para definir la finalidad de sus actividades humanitarias: «Durante generaciones innumerables, el adepto ha construido un templo con rocas impecederas, una torre gigantesca del Pensamiento infinito, convertida en la morada de un titán que permanecerá en ella, solo, si es necesario, y únicamente saldrá al final de cada ciclo para invitar a los elegidos de la Humanidad a cooperar con él y contribuir, a su vez, a la ilustración de los hombres supersticiosos (24).»

Este texto fue escrito por el mahatma Koot Humi en julio de 1881.

El origen de esas comunidades desconocidas se pierde en la noche de los tiempos. Según toda probabilidad, son nuestros predecesores en la evolución humana que ordenaron la salida de la Atlántida a los hombres de la «Buena Ley».

Es posible que estas colonias secretas conserven todos los documentos y todos los resultados de orden espiritual de la Atlántida, tal como ésta fue en sus días de esplendor. Esta pequeña república no está representada en las Naciones Unidas, pero podría ser el único Estado permanente de nuestro planeta y el custodio de una ciencia tan vieja como las rocas. Los espíritus escépticos no deben olvidar que los mensajes de los mahatmas se conservan hasta nuestros días en los archivos de ciertos Gobiernos. Existe en el folklore ruso la leyenda de la ciudad subterránea de Kiteje, reino de la justicia. Los «Viejos Creyentes»,* perseguidos por el Gobierno zarista, se habían dedicado a la búsqueda de esta Tierra Prometida. «¿Dónde encontrarla?», preguntaban los jóvenes. «Seguid las huellas de Baty», respondían los viejos. El kan Baty, conquistador tártaro, había partido de Mongolia para la conquista del Occidente. La dirección indicada significaba que el país de la Utopía se encontraba en Asia Central.

Otra versión de la misma leyenda afirmaba que la ciudad legendaria se encontraba en el fondo del lago Svetloyar: se ha explorado y no se ha hallado nada. La tradición de Kiteje debería, en realidad, ser situada junto a la de Shambhala septentrional.

Otro tanto puede decirse de la leyenda de Belovodié.

El *Diario de la Sociedad Geográfica Rusa* publicó, en 1903, un artículo firmado por Korolenko y titulado *El viaje de los cosacos del Ural al reino de Belovodié*. La Sociedad Geográfica de Siberia Occidental publicó, a su vez, en 1916, un informe de Belosliudov: *Aportación a la historia de Belovodié*.

Cada uno de estos dos artículos, provenientes de doctas organizaciones, presenta un interés extraordinario. Se trata en ellos de una extraña tradición conservada entre los «Viejos Creyentes». Según ella, había existido un paraíso terrestre en alguna parte, en «Belovodié» o «Belogorié», país de las Aguas Blancas o de las Montañas Blancas. No olvidemos que Shambhala septentrional había sido fundado sobre la «isla Blanca».

* Secta religiosa que consideraba contrarias a la fe las reformas realizadas en la Iglesia ortodoxa por el patriarca Nikon (1654). Arraigó principalmente en el norte y nordeste de Rusia. *N. del T.*

El emplazamiento geográfico de este reino de leyenda es quizá menos vago de lo que podría creerse a primera vista. Entre los numerosos lagos salados del Asia Central, existen varios que se desecan y se recubren de una capa blanca. El Chang Tang y el Kun Lun están cubiertos de nieve. Nicolás Roerich oyó decir en los montes de Altai que detrás del gran lago y de las altas montañas existía un «valle sagrado». Numerosas personas habían intentado en vano llegar a Belovodié. Algunas lo habían conseguido y habitado allí durante cierto tiempo. En el siglo xix, dos hombres habían llegado a este país de leyenda y vivido algún tiempo en él. A su regreso, habían contado maravillas respecto a esa colonia perdida, añadiendo que habían «visto otras maravillas de las que les está prohibido hablar (22)».

Este relato tiene muchos puntos comunes con el ya mencionado del doctor Lao-Tsin. De otro relato de Roerich puede concluirse que los habitantes de esas aglomeraciones secretas poseen nociones científicas. Un lama regresó a su monasterio después de haber visitado una de estas comunidades. En un estrecho pasadizo subterráneo, había encontrado a dos hombres portadores de una oveja de raza purísima. Este animal era utilizado en el valle secreto para la cría científica de ganado.

Los archivos vaticanos conservan varios raros informes de misioneros del siglo xix, según los cuales los emperadores de China acostumbraban, en tiempos de crisis, a enviar delegaciones ante los «Genios de las montañas» para solicitar sus consejos. Estos documentos no indican el lugar al que se dirigían aquellos correos chinos, pero no puede tratarse más que de Chang Tang, Kun Lun o el Himalaya.

Los citados informes de los misioneros católicos (como los *Anales de la Propagación de la Fe*, de Monseñor Delaplace), nos hablan de la creencia de los sabios chinos en seres sobrehumanos que habitaban en las regiones inaccesibles de China. Las crónicas describen a estos «Protectores de la China» como humanos en apariencia, pero fisiológicamente diferentes de los demás hombres.

MONTAÑAS SAGRADAS Y CIUDADES PERDIDAS

Existen en el ancho mundo buen número de montañas consideradas como «moradas de Dios». Esto es aplicable particularmente a la India, país en el que he escrito este capítulo. Los hindúes atribuyen un carácter divino a las Nanda Devi, Kailas, Kanchenjunga y a muchas otras cumbres. Según ellos, estas montañas sirven de resistencia a los dioses. Más aún, no son solamente los picos lo que se considera sagrado, sino también las profundidades de las montañas. Se afirma de Siva que tiene su sede en el monte Kailas (Kang Rimpoche). Se cuenta también de él que descendió sobre el Kanchenjunga, mientras que la diosa Lakshmi, por el contrario, se elevó hacia el cielo desde una cumbre. Al analizar estos mitos, se tiene la impresión de que en aquella época remota en que los dioses se mezclaban con los hombres se producía un tráfico en los dos sentidos a través del espacio.

A partir del momento en que se encaminó desde el salvajismo a los rudimentos de la civilización, la Humanidad creyó en la existencia de dioses poderosos y bienhechores. Ciertas localidades terrestres y ciertas regiones del cielo eran consideradas como sedes de esos seres celestes. En la antigua Grecia, se consideraban el Parnaso y el Olimpo como los lugares en que tenían su trono los dioses.

Según el *Mahabharata*, los asuras viven en el cielo, mientras que paulomas y kalakanjas habitan en Hiranyapura, la ciudad dorada que flota en los espacios; pero, al mismo tiempo, los asuras disponen de palacios subterráneos. Los nagas y los gánidas, criaturas voladoras, tienen igualmente residencias subterráneas. Bajo una forma alegórica, estos mitos nos hablan de plataformas espaciales, de vuelos cósmicos y de los lugares terrestres que se utilizan para el despegue.

Los puranas mencionan a los «sanakadikas», «los ancianos de dimensiones espaciales». La existencia de estos seres es inexplicable si rechazamos la posibilidad de viajes espaciales en la Antigüedad.

Puesto que una navegación interastral sería imposible sin conocimientos astronómicos, la indicación del Surya Siddhan-ta, según la cual Maya, señor de Átala (¿Atlán?), aprendió la astronomía del dios del Sol, parece señalar una fuente cósmica de su saber. Sean griegos, egipcios o hindúes, los dioses aparecen invariablemente como bienhechores de los hombres, a los que suministran conocimientos útiles y consejos en los momentos críticos.

Las escrituras de la India hablan de la montaña Mera, centro del mundo. Por una parte, se identifica con el monte Kai-las, en el Tibet; por otra, se pretende que se eleva hasta una altura de 84.000 yojanas, o 662.000 kilómetros por encima de la Tierra. ¿Sería el monte Kailas una puerta hacia el espacio, que habría existido mucho tiempo antes de la destrucción de la Atlántida por el último cataclismo?

Los relatos referentes a seres superiores que habitaban en ciertas montañas se hallan difundidos por todos los continentes. El monte Shasta, en California, ocupa un lugar predominante en la mitología de los indios americanos de la costa noroeste del Pacífico. Una de sus leyendas narra la historia del Diluvio. Nos habla de un antiguo héroe, llamado Coyote, que corrió a la cima del monte Shasta para salvar la vida. El agua le siguió, pero no alcanzó la cumbre. En el único lugar que había quedado seco, en la cúspide de la montaña, Coyote encendió una hoguera, y, cuando las aguas descendieron, Coyote llevó el fuego a los escasos supervivientes del cataclismo y se convirtió en el fundador de su civilización (25).

En todos estos mitos se hace referencia a tiempos antiguos en los que el jefe de los Espíritus celestes descendió con su familia sobre el monte Shasta. Se habla igualmente en ellos de visitas realizadas a los Hombres celestes por los habitantes de la Tierra.

Los mitos del monte Shasta podrían relacionarse con acontecimientos producidos en el pasado:

el gran Diluvio, el desembarco de aviadores o de astronautas y la construcción de refugios subterráneos en el interior de las montañas. Podrían existir todavía colonias establecidas entonces: no faltan testimonios en apoyo de esta hipótesis.

Hacia mediados del siglo pasado, en el momento de la estampida hacia el oro de California, los buscadores afirmaron haber visto misteriosos destellos luminosos por encima del monte Shasta. A veces, se producían en tiempo despejado: no podía, por tanto, tratarse de relámpagos. Tampoco la electricidad podía servir de explicación, pues la región no estaba aún electrificada. En época más reciente, se han visto también automóviles cuyo motor dejaba de funcionar, sin razón aparente, en las carreteras que conducen hacia el monte Shasta. En 1931, cuando un incendio forestal devastó esta montaña, el fuego se vio súbitamente detenido por una misteriosa niebla. La línea de demarcación alcanzada por el incendio se mantuvo visible durante varios años: describía una curva perfecta en torno a la zona central. En 1932 se publicó un artículo muy curioso en *Los Ángeles Times*. Su autor, Edward Lanser, afirmaba, después de haber interrogado a los habitantes de los contornos del monte Shasta, que desde hacía docenas de años era conocida la existencia de una extraña comunidad que habitaba sobre la montaña o en el interior de ella. Los habitantes de este fantasmal poblado eran hombres blancos, de elevada estatura y noble aspecto; tenían espesos cabellos, llevaban una cinta en la frente y se cubrían con blancas vestiduras (26).

Los comerciantes afirmaban que estos hombres aparecían de vez en cuando en sus establecimientos para hacer compras. Pagaban siempre con pepitas de oro de un valor mucho mayor que el de las mercancías adquiridas.

Cuando los shastianos eran vistos en el bosque, éstos trataban de evitar todo contacto, huyendo o desapareciendo en los aires.

En las laderas de las montañas aparecían a veces extrañas cabezas de ganado pertenecientes a los shastianos. Estos animales no se parecían a ninguno de los conocidos en América. Para aumentar el misterio, se ha observado la presencia de aeronaves en el territorio del monte Shasta. Carecían de alas y no producían ningún ruido; a veces, se zambullían en el océano Pacífico y continuaban su viaje como barcos o como submarinos (27).

¿Existe en lo profundo de la montaña un refugio de estos Hombres celestes, como pretenden las antiguas leyendas de los indios? ¿Habrían, efectivamente, escapado al Diluvio por los aires? En México existen, al parecer, comunidades secretas del mismo tipo. En su obra *Misterios de la antigua América del Sur*, Harold T. Wilkins habla de un pueblo desconocido que vivía en este país e intercambiaba mercancías con los indios.

Se aseguraba que procedían de una ciudad perdida en la jungla,

Roerich nos habla en sus relatos de hombres y mujeres misteriosos, habitantes de las montañas, que acudían a Sin-kiang para hacer sus compras y pagaban con antiguas monedas de oro. No obstante hallarse separados por una gran distancia, México y el Turquestán presentan muchos puntos comunes en estas apariciones de seres extraños.



El zodíaco de Dendera (Egipto) comienza, curiosamente, con el signo de Leo en el equinoccio de primavera. Abarca un período que se extiende desde 10950 hasta 8800 a. de C, época en que, según Platón, la Atlántida fue sumergida por las aguas. (*Clisé Giraudon.*)

En sus *Caminatas por las Américas*, L. Taylor Hansen habla de un matrimonio americano que, hace varios años, sobrevolaba la jungla del Yucatán en su avión particular. Habiéndose quedado sin gasolina, se vieron obligados a aterrizar en la jungla, donde se encontraron ante una ciudad secreta maya, camuflada para resultar invisible desde el aire.

Estos mayas viven en todo su antiguo esplendor, completamente aislados del mundo exterior, a fin de poder conservar su antigua civilización, que, indiscutiblemente, tiene su origen en la Atlántida. Los americanos fueron obligados a no revelar el emplazamiento de la ciudad. Después de haber permanecido en ella cierto tiempo, regresaron a los Estados Unidos con una opinión muy elevada del nivel moral e intelectual de aquellos habitantes secretos de México. En sus *Incidentes de viaje por América Central, Chiapas y Yucatán*, J. L. Stephens, afamado arqueólogo americano, menciona el relato de un sacerdote español que, en 1838-1839, vio en las alturas de la cordillera de los Andes una gran ciudad extendida sobre un vasto espacio, con sus torres blancas que centelleaban al sol. La tradición afirma «que ningún hombre blanco ha podido penetrar jamás en esta ciudad; que sus habitantes hablan la lengua maya y saben que los extranjeros conquistaron todo su país; asesinan a todo hombre blanco que intente entrar en su territorio. No conocen la moneda, ni poseen caballos, ganado, mulos ni ningún otro animal doméstico».

Los conquistadores españoles tuvieron noticia de la tradición azteca referente a puestos avanzados ocultos en la jungla y provistos de depósitos de víveres y de tesoros: en el momento en que los invasores desembarcaron en México, la existencia de estas bases de reservas estaba casi olvidada. Verrill escribe: «El hecho de que no se haya descubierto jamás una de estas ciudades perdidas, en manera alguna demuestra que jamás hayan existido o que no existan hoy (28).»

Los indios quechuas de Perú y Bolivia sostienen que existe en los Andes una vasta red subterránea. Teniendo en cuenta los extraordinarios resultados obtenidos por los constructores de la época preincaica, podría haber algo de verdad en estos relatos.

El coronel P. H. Fawcett, muerto en la jungla, sacrificó su vida a la búsqueda de una ciudad perdida que, en su opinión, hubiera demostrado la realidad de la Atlántida. Aseguraba haber descubierto en América del Sur las ruinas de una ciudad así.

Todas estas leyendas de ciudades perdidas, de montañas sagradas, de catacumbas y de valles inaccesibles deberían ser estudiadas sin ninguna opinión preconcebida: podrían conducirnos al descubrimiento de colonias habitadas por descendientes de la Atlántida, o incluso por razas más antiguas aún.

CUANDO LOS DIOSES VIVÍAN ENTRE LOS HOMBRES *LOS SEMIDIOSES EN LA HISTORIA*

En las *Metamorfosis*, de Ovidio, puede leerse que, cuando el fango del gran Diluvio se secó, la tierra vio surgir nuevas y extrañas formas de vida, al tiempo que sobrevivían algunas de las formas antiguas.

Platón se refiere a la tradición de los sacerdotes egipcios, según la cual se habían producido en el pasado numerosas y devastadoras catástrofes. Los Sabios del valle del Nilo decían que la memoria de esos cataclismos se había desvanecido, ya que gran número de generaciones supervivientes habían desaparecido sin haber tenido la posibilidad de dejar huellas escritas.

Teniendo en cuenta la amplitud universal del desastre atlante, es preciso admitir que la actividad volcánica continuó durante numerosos siglos. Mientras la tierra sumergida por las aguas no se secara lo suficiente como para admitir vegetación, no podía existir en ella vida humana ni animal. Los supervivientes de la Atlántida se habían dispersado por todo el mundo. El centro de la cultura, los elementos de la civilización, se habían extinguido. En ausencia de toda escritura en las primitivas condiciones impuestas por la catástrofe, el recuerdo de un poderoso imperio destruido por el fuego y las aguas sólo pudo perpetuarse por medio de la tradición oral. Ahí radica el origen de todos los mitos. Transmitidos de generación en generación, ciertos hechos fueron olvidados o deformados. Tan sólo con el redescubrimiento de la escritura pudieron preservarse las leyendas de una manera permanente inscribiéndolas en tablillas o papiros. El folklore ha inmortalizado a los seres divinos que, después del Diluvio, llevaron de nuevo la civilización a la Humanidad. Estos portadores de la antorcha implantaron el culto al Sol. Maestros bienhechores enseñaron a los hombres la astronomía, la agricultura, la arquitectura, la medicina y la religión. Las tablillas babilonias de arcilla nos hablan de estos seres descendidos del cielo: «Vino luego el Diluvio, y, después del Diluvio, la realeza descendió de nuevo de los cielos.»

Los cronistas de Sumer nos han legado sus listas de reyes que reinaron después del Diluvio. La Historia no concede crédito a esas listas, porque algunos reyes están señalados como «dioses» o «semidioses». Por otra parte, el período durante el cual gobernó la I dinastía después del Diluvio está cifrado en la inverosímil duración de 24.150 años.

Hasta el siglo xx, los arqueólogos no disponían de un solo documento que demostrara la existencia de reyes de Babilonia con anterioridad a la VIII dinastía. Luego, Sir Leonard Woolley descubrió en el monte ATUbaid, cerca de Ur, un antiguo templo dedicado a la diosa de Nin-Karsag. Entre las reliquias figuraba un rosario de oro que llevaba grabado el nombre de A-anni-pad-da. Más tarde, se encontró una tablilla que hablaba de la fundación del templo. Confirmaba, en escritura cuneiforme, que el templo había sido erigido por A-anni-pad-da, rey de Ur, hijo del rey Mes-anni-pad-da.

Ahora bien, Mes-anni-pad-da era el fundador de la III dinastía después del Diluvio, según la lista sumeria de soberanos, y se le consideraba hasta entonces como una personalidad legendaria. Esto nos demuestra que no siempre es aconsejable rechazar como fábulas ciertas leyendas. En el caso presente, encontramos allí una indicación directa del cataclismo y de las «dinastías divinas» que contribuyeron a la reeducación de la Humanidad.

Según Eupolemo (siglo n a. de JC), la ciudad de Babilonia debe su origen a los hombres que se salvaron del Diluvio. Los reyes de Sumer estaban considerados como los descendientes de éstos, y enviados por los «dioses» para reeducar a la raza humana. El primero de tales reyes divinos era Dungi, hijo de la diosa Ninsun (29).

V. A. Obrutchev, miembro de la Academia de Ciencias de la URSS, opina que los supervivientes del cataclismo llevaron la antorcha de las luces a todos los continentes. Su escuela de pensamiento científico define a la civilización desaparecida como «cultura madre». Los seres superiores que llevaron nuevamente a la Humanidad a la civilización después de la desaparición de la Atlántida recibieron generalmente honores divinos. Los incas, así como los antiguos soberanos de Egipto, eran venerados como Hijos del Sol.

Heródoto indica claramente que Egipto fue gobernado por «dioses» que vivían entre los hombres. Según él, Horus, que venció a Tifón, fue el último dios que ocupó el trono de Egipto. Cuando se dieron todas las condiciones para que el hombre pudiera actuar de nuevo sobre la Tierra, se asistió a la aparición de héroes. Dionisos, descendiente de Poseidón, rey de la Atlántida, recorrió el mundo entero enseñando la agricultura y la moral a los pueblos primitivos.

El papiro de Turín afirma que el establecimiento de una dinastía de semidioses en Egipto se produjo en el año 9850 a. de JC.

Jean Bailly, sabio francés del siglo xvm, suscita una oportuna cuestión en su monumental *Historia de la astronomía*:

«¿Qué son, en definitiva, todos esos reinos de Devas (indios), o de Peris (persas), o esos reinos de las leyendas chinas: esos Tien-Hoang o reyes de los Cielos, completamente distintos de los Ti-Hoang, o reyes de la Tierra, y los Gin-hoang, hombres reyes, distinciones que concuerdan a la perfección con las de griegos y egipcios en sus enumeraciones de las dinastías de dioses, semidioses y mortales? (30)»

Las tradiciones concernientes a los dioses y los semidioses tienen un carácter universal y permanente; aunque con frecuencia acompañadas de superstición, deben ser consideradas como vagas evocaciones de tiempos antiguos en que hombres representantes de una elevada civilización precedente sirvieron de guías a los supervivientes del cataclismo.

LOS PORTADORES DE LA ANTORCHA DE LA CIVILIZACIÓN

Existe en el *Libro de los Muertos* una evocación de Thot, dios de las Letras y las Ciencias. Había nacido en un lejano país del Oeste, en una ciudad situada a orillas del mar, con dos volcanes activos en sus proximidades. Un día, algo extraordinario tuvo lugar en el país de Thot. El sol se oscureció, y los propios dioses se sintieron aterrorizados; pero el sabio Thot les ayudó a escapar de los lugares amenazados en dirección a un país oriental, al que llegaron atravesando las aguas. Al leer estos pasajes de un antiguo libro egipcio, uno no puede por menos de pensar en la Atlántida.

L. Filipoff, astrónomo del Observatorio de Argel, ha descubierto nuevos datos en un viejo texto conservado hasta nuestros días en una pirámide de las dinastías V y VI. Como el dios Thot estaba ligado al signo zodiacal de Cáncer, el sabio concluye que la llegada a Egipto de este portador de la civilización debió de producirse cuando el equinoccio vernal estaba en Cáncer, o sea, hacia 7256 a. de JC.

Se cuenta que el dios Hermes, a menudo identificado con Thot, sintió tanta compasión hacia una raza que vivía sin conocer las leyes que le enseñó la ciencia y la religión, las artes y la música, y, después, subió al cielo. Hermes enseñó a los hombres a escribir sus pensamientos, observar las estrellas, tocar la lira, curar el cuerpo y fundir los metales. Hermes, 5 Mercurio, hijo de Zeus y de Maya, era el mensajero celeste de los dioses; él inculcó a los hombres la noción de los seres divinos. De hecho, el nombre de Hermes significa en griego «el intérprete». Nieto de Atlas, era de ascendencia atlante.

Se representaba habitualmente a Mercurio, o Hermes, calzado con sandalias aladas, un pequeño casco alado en la cabeza y en la mano un caduceo, bastón con alas y serpientes, emblema de su misión de emisario de las potencias celestes. Antes de abandonar la Tierra para subir de nuevo a las estrellas, Hermes legó a la Humanidad sus Tablas de Esmeralda, en las que puede leerse: «Lo que está arriba es idéntico a lo que está abajo, y lo que está abajo es idéntico a lo que está arriba, para realizar las maravillas del Único.»

Los descubrimientos de la ciencia moderna en los campos de la biología, la astronomía y la física nuclear nos han demostrado la similitud entre lo infinitamente pequeño y lo infinitamente grande; nos demuestran, así, la verdad de la ley de Hermes. Las Tablas de Esmeralda contienen también el pasaje siguiente:.

«Puesto que todas las cosas deben su existencia a la Voluntad del Único, todas las cosas tienen su origen en la Cosa Única.»

Esta sentencia resume perfectamente la doctrina de la ciencia moderna concerniente a la unidad de la materia. En este antiguo documento pueden advertirse también dos alusiones a los rayos cósmicos, a la energía atómica y a sus peligros.

Jámblico (siglo iv d. de JC.) y Clemente de Alejandría (siglo n) hablan en sus escritos de los cuarenta y dos libros sagrados de los sacerdotes egipcios. Al mostrar estos rollos a Jámblico, se le explicó que su autor era Thot (Hermes). Treinta y seis de ellos contenían la historia de todos los conocimientos humanos, mientras que seis trataban de medicina y de cirugía. Algunos egiptólogos sustentan la opinión de que el papiro llamado de Ebers podría ser un fragmento de esas obras perdidas de Hermes.

Orfeo, hijo de Apolo, fue otro ser divino que llevó a los antiguos griegos la antorcha de la cultura. Era un gran vidente, músico, mago y filósofo. Enseñaba que la materia existía desde toda la eternidad y contenía el principio de todo lo existente. Sorprende encontrar en el alba de la Historia concepciones tan profundas. Pero el asombro es aún mayor cuando se oye a Orfeo hablar de otros mundos. Se dice, de hecho, que fue el primero en considerar la probabilidad de vida en las estrellas (31). No se puede comprender cómo habría podido concebir Orfeo esta inmensa idea de planetas habitados, a menos que se admita la realidad de una herencia cultural transmitida por la Atlántida.

Es muy probable que los antiguos misterios sirvieran de guardianes a esta ciencia secreta. Los misterios aseguraban tener el conocimiento de «seres celestes». En su cuarta égloga, Virgilio evoca una profecía relativa a su regreso del reino de los cielos.

En la India existe el recuerdo de una Edad en que los hombres podían hablar con los dioses. Tal vez fuera en esa época cuando unos visitantes divinos mencionaron ante los brahmanes la vida en el cosmos. Si no, ¿cómo habrían podido escribir los sabios, que escribieron los Vedas, que «existe vida en otros cuerpos celestes muy distantes de la Tierra»?

LOS ANFIBIOS TRAEN LA CIENCIA

Resulta difícil explicar el espectacular acceso de los súmenos, tras milenios de vida bárbara, a una época brillante si se rechaza el mito que nos habla de misteriosos seres llegados para implantar la civilización.

La tradición de Babilonia evoca visitas regulares efectuadas por los dioses para enseñar a los hombres las ciencias y las artes. Uno de esos misteriosos seres era Oanes, el dios-pep. Beroso, sacerdote caldeo que vivió en la época de Alejandro el Magno, nos ha legado un excelente relato de las actividades de Oanes y sus compañeros. Este hombre sabio cuenta que en la antigua Babilonia las gentes vivían como animales salvajes. Pero de las aguas del golfo Pérsico surgió una extraña criatura con cuerpo de pep y cabeza humana; sus pies, juntos, formaban algo parecido a una cola de pep. Este curioso ser poseía el don de la palabra, aunque los antiguos babilonios lo hayan descrito a veces como «un animal carente de razón». Oanes salía todos los días de las aguas para dar a los primitivos indígenas de Mesopotamia «una noción de las letras, las ciencias y las artes de toda especie». Enseñó a los primeros habitantes de Babilonia a «construir ciudades, erigir templos, redactar leyes, y les explicó los principios de los conocimientos geométricos». Les enseñó también la agricultura. En resumen, como dice Beroso, «les enseñó todo lo que contribuía a suavizar sus costumbres y a humanizar su vida».

Según este cronista, «nada esencial se añadió después de la aparición de Oanes y de otros anfibios que mejorara sus enseñanzas».

Evidentemente, esta historia de «anfibios» o «animales carentes de razón» llamados a enseñar la ciencia es insostenible. Oanes no era un dios, puesto que el mismo Beroso nos dice que su voz y su lenguaje eran articulados y humanos. No podemos resolver el problema de los orígenes de este civilizador si no es admitiendo la existencia de culturas superiores en épocas precedentes o en otros planetas.

Beroso nos cuenta que la cabeza de Oanes estaba alojada en una cabeza de pez. ¿No nos da con ello una buena descripción de un casco espacial a través del cual se podía ver una cabeza humana? En cuanto a los pies uniéndose en cola de pez, ello podría representar una descripción aproximada de la parte inferior de una escafandra.

Quienesquiera que fuesen esas criaturas, el hecho es que, a renglón seguido de su visita, los hombres se pusieron a construir ciudades y canales y a entregarse a experiencias en el terreno del pensamiento abstracto. Fue entonces cuando nacieron en Babilonia el arte, la música, la religión y la ciencia.

Antes de la aparición de Oanes, los ribereños del Eufrates eran salvajes. Después de su llegada, se convirtieron en seres civilizados y alcanzaron un alto nivel intelectual. Hacia el II milenio antes de nuestra Era, los matemáticos de Babilonia estaban ya muy avanzados en álgebra y geometría. Los astrónomos disponían de tablas exactas y podían determinar la posición de los cuerpos celestes en cualquier momento. ¡Y todo esto había comenzado con la aparición de aquel «dios-pep» surgido de las aguas del golfo Pérsico!

Oanes de Eridu era reconocido como padre de la metalurgia. Un himno en su honor proclama: «Tú eres quien purificas el oro y la plata y mezclas el cobre y el estaño.»

El bronce es una aleación de cobre con una décima parte de estaño. Hubieron de pasar siglos antes de que el hombre descubriera la posibilidad de obtener un metal fuerte mezclando estaño con cobre, a menos que el secreto le fuera transmitido como un regalo de una civilización superior en conocimientos tecnológicos. Europa vivió una dilatada Edad del Bronce, pero apenas si conoció la Edad del Cobre. Los objetos de bronce parecen haber hecho irrupción súbitamente y haberse extendido con rapidez. Los artesanos prehistóricos del bronce en Europa dan pruebas de una gran habilidad artística.

Esta vasta distribución de objetos de bronce a través de Europa nos permite extraer una conclusión sorprendente. En aquella época remota, el tráfico a través de las diferentes partes del continente estaba más desarrollado que en época posterior, en el alba de la civilización romana. Debieron de existir en la época prehistórica facilidades de fabricación y de transporte. Este secreto de la Edad del Bronce no se limita solamente a Europa: en América Central, el bronce llega también completamente fabricado desde una fuente desconocida.

K. K. Doberer sostiene que las naves atlantes navegaron en torno a África y llegaron a Asia. En *Fabricantes de oro*, escribe que entre los años 8000 y 10000 a. de JC. un grupo de personas desembarcó en el delta del Indo y en el fondo del golfo Pérsico. Esos hombres, que no eran arios ni semitas, crearon allí una civilización fundada en el dominio de los metales. Aquellos extranjeros, de elevada estatura y cabellos negros, sabían trabajar el oro y la plata, el cobre y el plomo, el estaño y el antimonio, el hierro y el níquel. Los conocimientos acerca de los metales que poseían en el año 8000 a. de JC, no fueron adquiridos por los europeos sino hasta varios milenios más tarde (32).

Nuestro autor alemán emite también la hipótesis de que la alquimia, o transmutación de los metales, nació en la Atlán-tida. Oro producido artificialmente fue enviado a la Atlántida para uso exclusivo de los cultos religiosos. Los sacerdotes de Sumer, de la India y de Egipto guardaban el secreto de esta ciencia oculta.

Luego, cuando mensajeros procedentes de un país extranjero enseñaron la técnica de la aleación, se produjo una revolución técnica que estableció, a continuación del gran Diluvio, los fundamentos de una nueva civilización.

Se han descubierto objetos metálicos de origen sumerio en Rusia meridional, en Troya y en Europa Central. Hacia el año 3000 a. de JC, la civilización sumeria del bronce-estaño desapareció en Sumer a causa del cese de los suministros de estaño. La metalurgia prehistórica entró en una era de decadencia y quedó completamente olvidada hasta el día en que, al cabo de largos siglos, fue de nuevo descubierta.

EN EL PAÍS DEL SOL NACIENTE

Garcilaso de la Vega nos ha transmitido la historia de los incas. El Sol, antepasado de la Humanidad, tuvo piedad de los hombres y envió a Manco Capac y Mama Ocllo para enseñarles el arte de hilar y tejer. Los habitantes del Perú acogieron a los hijos del Sol y pusieron los cimientos de la ciudad de Cuzco. Según otra leyenda, llegaron del Este hombres blancos y barbudos que aportaron a los indígenas los beneficios de la civilización.

En 1952, B. E. Gilbey y M. Lubran realizaron análisis sanguíneos de los tejidos de cinco momias de reyes incas conservadas en el Museo Británico. Sus resultados fueron presentados en un informe sometido al Real Instituto Antropológico.

En la sangre de tres de esas cinco momias había rastros del grupo «A», absolutamente desconocido entre los indios de América. Ninguno era «Rh» negativo, pero uno de ellos contenía sustancia «D» y «c», con ausencia de «C» y de «E», combinación muy rara entre los indios. Había luego otra momia real inca que poseía las sustancias «C», «E» y «c», con ausencia de «D», tipo de sangre verdaderamente único, sin par en nuestra Tierra.

Estos sorprendentes hechos nos demuestran que los reyes incas no podían pertenecer a la población indígena de América del Sur.

Es de notar también que los conquistadores españoles oyeron a los cortesanos incas usar un lenguaje secreto, incomprensible para sus subditos.

Una tradición del mismo tipo se conserva en México, Guatemala y Yucatán, donde Quetzalcoatl, Kukumatz o Kukulkán es designado como hombre-dios. Era un hombre blanco, pelirrojo y barbudo. Tenía sobre los hombros una larga túnica de tela negra y mangas cortas. A continuación de Quetzalcoatl llegaron los toltecas, hábiles artesanos, constructores, escultores y agricultores. La Serpiente emplumada, o Quetzalcoatl había llegado de un país situado al Este; con él, México entró en una Era de progreso y de gran prosperidad. En una de las versiones existe un interesante detalle referente a su llegada: aterrizó en una extraña nave alada en el lugar en que actualmente se encuentra Veracruz (28).

El *Codex Vindobonensis* le representa descendiendo a tierra tras haber salido de un agujero en el cielo.

Cuando la misión de este apóstol de la civilización fue interrumpida por sus enemigos, regresó a

la costa y partió en una balsa de serpientes hacia el país de Tlapallán. Otra leyenda cuenta cómo este mensajero se arrojó a una pira funeraria. Sus cenizas se elevaron al cielo y se transformaron en pájaro, mientras que su corazón se convirtió en el planeta Venus. Quetzalcoatl resucitó y subió al cielo como un dios. ¿Era su nave alada un ingenio espacial, y la pira funeraria su rampa de lanzamiento?

Civilizador, arquitecto, agricultor y jefe religioso, Quetzalcoatl ha dejado una huella indeleble en la historia de México, y todavía hoy es venerado en ese país.

Según Pedro de Cieza de León, Viracocha, figura legendaria de los incas, era un hombre blanco, de elevada estatura, llegado del país de la aurora. Inculcó la nobleza en los corazones de los incas y les reveló los secretos de la civilización. Una vez cumplida su misión, desapareció en el mar. El nombre de Viracocha significa «la espuma del mar».

La actitud de los indios con respecto a la leyenda del semidiós blanco se manifiesta aún hoy en el hecho de que estos hombres del Perú saludan a un extranjero blanco que les es simpático llamándole «Viracocha».

Existe una indudable analogía entre las leyendas americanas de Quetzalcoatl y Viracocha y la tradición babilonia de Oanes, el hombre-peze, aunque sus países de origen se hallen tan distanciados el uno del otro. La mitología de numerosas razas abunda en historias referentes a dioses que vivieron en otro tiempo sobre la Tierra; productos de la fantasía, algunos de estos mitos deben, indiscutiblemente, de evocar acontecimientos históricos reales.

Se atribuye a estos apóstoles de la civilización, descendidos del cielo o surgidos del mar, el haber aportado a las tribus primitivas una cultura completa. Pero, ¿quiénes eran esos fundadores de las dinastías solares? Puede verse en ellos a los últimos atlantes escapados del gran Diluvio en aviones o naves del espacio, como afirma el canto épico de Gilgamés.

El sabio inglés W. J. Perry se hallaba convencido de que la Era de los dioses estaba ligada a los Hijos del Sol.

«Parece, pues, imponerse la conclusión de que los diversos grupos de Hijos del Sol dispersos a través del mundo provienen de la misma raza primordial (33).»

¿No sería esta raza la de los legendarios atlantes?

En Oriente, y sobre todo en la India, el visitante extranjero es considerado como una persona sagrada porque, según las creencias locales, los dioses hicieron en otro tiempo su aparición en forma de seres humanos. A fin de asegurarse los favores de estos visitantes que podrían venir de los cielos, los hindúes les otorgan hasta nuestros días su veneración y su más amplia hospitalidad, aun cuando tengan ante sí a un simple ser humano. La tradición se remonta a muchos milenios de antigüedad, a una época en que los dioses transitaban sobre la Tierra. A mí me tocó en la India vivir un momento de confusión cuando, adornado con guirnaldas tropicales, vi cómo hombres y mujeres se prosternaban a mis pies para rendir homenaje a un «dios visitante».

LOS VESTIGIOS DE UNA RAZA MISTERIOSA *HUELLAS DE PASOS Y RETRATOS*

En 1959, sobre la greda del desierto de Gobi se halló una huella de zapato de millones de años de

antigüedad. Según los datos de la ciencia, el hombre no existía aún en aquella época. Los miembros de la expedición paleontológica chinosoviética, dirigida por el doctor Chow Ming Chen, que realizaron el descubrimiento fueron incapaces de dar una explicación a este extraño hallazgo (34).

Una huella sobre una piedra caliza del período triásico descubierta en el Fisher Canyon (condado de Pershing), en Nevada, representa la suela de un zapato con débiles señales de costura. Dado que no había zapateros en la época de los dinosaurios, cabe preguntarse quién pudo fabricar ese zapato o esa sandalia. Dos deducciones se imponen: o fue el hombre, que apareció sobre la Tierra millones de años antes de lo que admite la ciencia, o fueron visitantes cósmicos, que descendieron a ella en tiempos pasados. Puede considerarse que ambas deducciones son igualmente fantásticas.

En Broken Hill, Rhodesia del Norte, se ha descubierto el cráneo de un hombre primitivo de cuarenta mil años de antigüedad; se conserva en la actualidad en el Museo de Historia Natural de Londres. Se ve en él un bien delineado orificio, sin ninguna de esas estrías radiales que proceden, por lo general, de un golpe asestado por un cuerno, un colmillo o un arma blanca. Es el tipo exacto de orificio que sólo una bala puede producir. Falta el lado opuesto del cráneo, lo que confirma nuestra hipótesis (35).

El profesor K. Flerov, director del Museo Paleontológico de la Academia de Ciencias de la URSS, posee el cráneo de un antiguo bisonte cuya edad sobrepasa con mucho la edad del hombre de las cavernas del que acabamos de hablar. El cráneo tiene una antigüedad de cientos de miles de años; presenta un orificio de bala similar, y los sabios han establecido que el animal no murió a causa de esa herida; curó y sobrevivió, milagro del instinto vital. ¿Quién disparó sobre ese bisonte, en una época en que el hombre, según se supone, no se distinguía apenas de un mono? (35).

En 1960, T. G. Gritsai e I. J. Yatsko descubrieron osamentas de avestruces, de camellos y de hienas prehistóricas en las cavernas de Odesa, en la URSS. Su edad es de un millón de años, aproximadamente; la atención de los sabios fue atraída por el hecho de que esos huesos estaban hábilmente cincelados. Los agujeros presentaban una perfecta forma circular y hendiduras regulares. Según la opinión de los expertos, los huesos habían sido cortados con un instrumento metálico y pulimentados a continuación. Conforme a la opinión científica generalmente aceptada, hace un millón de años no existían artesanos sobre la tierra. Pero, entonces, ¿quién talló esos huesos? (34).

Los eolitos, género especial de sílice, que se han hallado en Francia, Gran Bretaña, Alemania, Rusia, Egipto, Birmania y Australia, en capas que van desde el eoceno hasta el período posglaciar, podrían pertenecer a la misma clase de productos artesanos. Aunque la mayoría de los sabios se oponen a la teoría que les atribuye un origen artesano, harían falta muchas pruebas para reconocerlos como piedras naturales formadas por los glaciares o por las olas del mar. Las huellas de pies descubiertas en Asia Central y en Nevada no son los únicos rastros misteriosos del género. Las pinturas murales de África y Australia perpetúan el aspecto de esos hombres.

Entre los frescos de Tassili, descubiertos en el Sahara por el profesor Henri Lhote, se encuentra «el gran dios marciano de Jabbarén». En él se ve representado un hombre vestido con una especie de traje espacial. ¿Quién es el hombre cuyo retrato en la roca se remonta a una antigüedad de ocho o diez mil años?

En las cuevas de la cordillera de Kimberley, en Australia occidental, existen sorprendentes

galerías de retratos. Según los aborígenes, fueron dibujados por otra raza. La técnica de ejecución y el empleo de un pigmento azul que no es utilizado por los aborígenes indican como autor de estos dibujos a un pueblo de origen no australiano. Las figuras retratadas en las cuevas de Kimberley presentan tocados o círculos luminosos alrededor de la cabeza, pero carecen de boca. Tienen sandalias en los pies, y esto en un país en que los indígenas caminan descalzos. Se supone que estas imágenes de «Wandjina» representan a los primeros hombres. Es de notar que tienen tres o siete dedos en la mano y otros tantos en el pie: los «Wandjinas» se relacionan con las imágenes de la Serpiente del Arco Iris en el mismo Kimberley. La Serpiente del Arco Iris es la expresión empleada para designar al «país del sueño» o «la Edad prehistórica». Existe una notable afinidad entre los frescos de las rocas de Tassili y los de Kimberley. Las criaturas sin boca podrían estar cubiertas con cascos espaciales. Se han formulado numerosas teorías para explicar las imágenes de los hombres sin boca, pero ninguna de ellas ha podido ser admitida como satisfactoria.

CUBOS, ESFERAS Y LÍNEAS

La columna Kutb Minar, de Nueva Delhi, presenta un enigma. El fuste de hierro tiene una altura de ocho metros, y su circunferencia es tal que dos brazos humanos no alcanzan a rodearla. La columna pesa dos toneladas; tiene en su base la inscripción siguiente: «Mientras yo me sostenga, se sostendrá el reino hindú.»

El hierro de que está hecha la columna Kutb Minar no se oxida. Producir un hierro de este tipo es una tarea difícil, incluso para nuestra técnica moderna, provista de hornos eléctricos. El secreto del metal utilizado, hace 1.500 años, por los constructores de esa columna se ha perdido en la noche de los tiempos.

En 1885, en la fundición de Isidor Braun, de Vöcklabruck, Austria, se halló un cubo de acero en el interior de un bloque de carbón. El carbón provenía de la mina Wolfsegg, cerca de Schwanenstadt. El hijo del señor Braun hizo donación de este notable hallazgo al Museo de Linz. Pero en la actualidad sólo se conserva en dicho museo un vaciado: el original se perdió.

El cubo fue descrito en la época de su descubrimiento en periódicos diversos tales como *Nature* (Londres, noviembre de 1886), *L'Astronomie* (París, 1886), etcétera. Sus dos partes opuestas están redondeadas, y, por ello, las dimensiones entre los dos lados oscilan de 67 a 47 milímetros. Una profunda incisión rodea el cubo, cerca de su centro. Su peso era de 785 gramos, y su composición se asemejaba a la de un acero duro al carbono-níquel. La proporción de azufre que contenía era demasiado escasa para poder atribuirle a una especie cualquiera de piritas naturales. La pieza metálica se hallaba incrustada en un bloque de carbón de la época terciaria, de una antigüedad de decenas de millones de años. Algunos sabios pensaban que se trataba de un fósil de un meteorito; otros, teniendo en cuenta la forma geométrica del objeto y de la incisión, consideraban que era de origen artificial, fabricado por un hombre. Pero la ciencia afirma que en aquella época no había seres humanos en nuestro planeta. El origen del objeto sigue siendo inexplicable (36).

Un meteorito de forma insólita, encontrado en Eaton, Colorado, y estudiado por H. H. Nininger, experto en aerolitos, nos sitúa igualmente ante un misterio. Su composición química es de cobre, zinc y plomo, o cobre amarillo, aleación artificial y no sustancia natural. El meteorito cayó en 1931; no es, por tanto, un fragmento de un cohete cósmico. En el siglo xvi, los españoles encontraron un clavo de hierro de dieciocho centímetros sólidamente incrustado en una roca, en el interior de una mina peruana. Puede afirmarse, sin vacilar, que tenía una antigüedad de millares de años. En un país en que el hierro era desconocido hasta época muy reciente, se trataba de un descubrimiento en verdad sorprendente;

por eso ese curioso clavo fue colocado en un lugar de honor en el despacho del virrey del Perú, Francisco de Toledo.

En las desérticas planicies de las proximidades de Nasca, en el Perú, se ven enormes figuras y líneas de muchos kilómetros de longitud trazadas, con piedras, en el suelo. Fueron descubiertas en el curso de un vuelo sobre la región. Estas configuraciones geométricas diseñadas sobre el suelo, no han encontrado jamás explicación. «¿Cómo pudieron ser dispuestas de manera tan perfecta sin que pudiera vérselas en su verdadera perspectiva?», pregunta J. Alden Masón en su *Antigua civilización del Perú*. ¿Servían estas líneas de Nasca de punto de orientación a los aviadores de otro tiempo?

Entre los posibles rastros dejados por la Atlántida, podrían situarse también los centenares de extrañas esferas que se encuentran en la sabana del sudoeste de Costa Rica, de Guatemala y de México. Esas bolas de piedra están finamente pulimentadas, y su diámetro varía desde unos centímetros hasta tres metros. Esas esferas de roca volcánica, algunas de las cuales pesan varias toneladas, están perfectamente talladas, lo que resulta particularmente sorprendente habida cuenta de la ausencia de todo instrumento que hubiera podido servir para su fabricación en el lugar en que se las ha encontrado. La piedra de tales esferas sólo pudo ser extraída a considerable distancia. ¿Quién, pues, fabricó esas bolas misteriosas? ¿A qué época pertenecen? ¿Cómo fueron transportadas desde lejos? ¿Y con qué finalidad fueron colocadas en las cimas de las montañas? Tales son los problemas que los arqueólogos intentan resolver.

Algunas de esas esferas están colocadas en formación triangular, lo que hace pensar en algún simbolismo astronómico o religioso. Pero es forzoso admitir que la civilización que fabricó tales esferas debió de haber alcanzado un nivel muy elevado (37).

Ciertos misteriosos juguetes descubiertos cerca de Vera-cruz, México, representan animales parecidos a caimanes, colocados sobre cuatro ruedas. Otro enigma: los indios de América no poseyeron jamás ruedas y no conocieron carretas sino después de la conquista española. La prueba del carbono 14 da para estos juguetes de ruedas la edad de 1.200 a 2.000 años. Queda en pie la cuestión: ¿por qué no utilizaron vehículos los mayas, si sus hijos tenían juguetes de ruedas? ¿No juegan nuestros niños con pequeños automóviles porque ven a sus mayores utilizar coches grandes?

Son muy pocos los antropólogos que se arriesgarían a defender la hipótesis de una coexistencia de animales prehistóricos con una raza humana civilizada. Y, sin embargo, el sabio francés Denis Saurat ha reconocido cabezas de toxodontes en los ornamentos del calendario de Tiahuanaco. Y, en su opinión sería difícil negar la existencia simultánea de los toxodontes y los escultores (38). En 1924, la expedición arqueológica Doheny descubrió una pintura mural en el cañón Hava Supai (norte de Arizona). La imagen representa la figura de un tiranosaurio erguido. Pero se supone que este monstruo desapareció de la faz de la Tierra hace millones de años, mucho tiempo antes de la aparición del hombre.

El dibujo prehistórico nos permite pensar que el artista primitivo era un contemporáneo del tiranosaurio. Sería preciso, por tanto, admitir que se debe adelantar la fecha de la desaparición del monstruo, o, si no, retrasar la del nacimiento del ser humano.

Un dibujo tallado en una roca próxima al Big Sandy River, en Oregón, ha podido ser identificado como la imagen de un estegosaurio, otro animal que debió desaparecer antes de la llegada de un *homo sapiens*»

Un explorador que, en nuestros días, se encontrara frente a frente con un elefante en la sabana de la América Central recibiría, con toda seguridad, la sorpresa más grande de su vida. Y, sin embargo, en esa región debieron de vivir elefantes en época relativamente reciente. Entre los restos de la civilización coclé, en Panamá, figura la imagen de un elefante con una trompa, orejas semejantes a una gran hoja y un fardo sobre el lomo. Esta escultura no es única en su género en esta parte del mundo (28). En Copan, Honduras, existe un monumento en piedra representando a elefantes montados por hombres. Ciertos arqueólogos, cuyo escepticismo supera a veces a su inteligencia, los han identificado como papagayos. Pero en la llanura Marcahuasi, cerca de Lima, en el Perú, se han encontrado también grandes imágenes de elefantes esculpidas en la roca, aunque se considera que estos animales desaparecieron de América hace siete mil años. Esos elefantes están tan bien esculpidos que el doctor Daniel Ruzo, a quien se debe el descubrimiento, no juzgó posible clasificarlos como papagayos. En la misma galería rocosa, Ruzo encontró representaciones de camellos, caballos y vacas, tres especies animales de las que no existía ningún ejemplar en América en la época de Cristóbal Colón. No cabe poner en duda la antigüedad de esta obra de arte tallada en la roca.

No podría prolongarse la controversia en relación a los elefantes, toda vez que Helmut de Terra descubrió en Tepexpán (México) vestigios fosilizados de un hombre primitivo al lado del esqueleto de un elefante. Según la prueba del carbono 14, ambos vivieron hacia 9300 a. de JC, es decir, 250 años después de la fecha tradicionalmente aceptada como la de la desaparición de la Atlántida. Lo que la ciencia podría continuar discutiendo sería la edad de algunos adornos y esculturas representando elefantes en América Central y meridional.

Los dibujos de la cerámica coclé representan un lagarto volador, semejante a un pterodáctilo, cuya raza está extinguida. Es significativo ver seres de tipo prehistórico representados junto a animales reconocibles (28).

En el distrito de Nasca, cerca de Pisco, Perú, se han descubierto dos ciudades antiquísimas. Entre los hallazgos arqueológicos que atestiguan la existencia de una civilización infinitamente más antigua que la de los verdaderos incas, deben situarse los extraños vasos descubiertos, hacia 1920, por el profesor Julio Tello. Se ve representada en ellos una llama con cinco dedos en cada pata; en nuestros días, esos animales no tienen más que dos; pero en una etapa primitiva de la evolución teman cinco dedos, igual que nuestro ganado. Y, lo que es más, esas llamas de cinco dedos no son criaturas imaginarias, pues en la misma región se han encontrado esqueletos de ellas; puede extraerse de esto una conclusión interesante: un pueblo civilizado vivía en América del Sur en aquella remota época en que las llamas tenían aún cinco dedos en cada pata (28 y 39). El Museo del Ermitage, en Leningrado, conserva una hebilla de oro de origen escita en la que se halla representado un tigre con dientes en forma de sable, raza extinguida desde el final de la Era glacial.

Existe en la isla de Malta un misterioso canal tallado en la roca con empalmes y bifurcaciones parecidos a los de una vía de ferrocarril. Este surco está en la falda de una colina, y un animal que arrastrara una carreta apenas si podría pasar por él. No se ven huellas de zapatos ni de pies. En un lugar determinado, el sendero se aleja del borde del mar y se interna hasta cierta distancia bajo el agua. Es imposible definir el sentido de este extraño descubrimiento arqueológico, cuyo origen se remonta a unos nueve mil años.

La revista *Scientific American* (núm. 7-298, de junio de 1851) informaba que, en el curso de una explosión, cerca de Dorchester, Massachusetts, se había encontrado hundido en una sólida roca un recipiente en forma de campana hecho de un metal desconocido y con incrustaciones florales en plata.

Es probable que algún día estos «misterios de la ciencia» obliguen a nuestros sabios a extender su horizonte histórico muchos millares de años más atrás.

EL LEGADO DE LA CIENCIA PRIMITIVA *LA CIENCIA ANTES DE LA ERA CIENTÍFICA*

Los grabados murales de las cuevas de Canchal de Maho-ma y Albergue de las Viñas, en España, contienen misteriosas anotaciones. Otro tanto ocurre con un objeto de marfil de mamut descubierto en Gontzi, Ucrania, y que data de la Era glacial. Existen a todo lo largo de Europa millares de estas anotaciones pintadas o grabadas. Durante mucho tiempo han constituido motivo de perplejidad para los arqueólogos y los antropólogos.

En un artículo publicado en la revista *Science*, Alexander Marshack ha demostrado que esas complicadas anotaciones representan observaciones lunares perfectamente exactas realizadas millares de años antes de la aurora de la Historia. Tales datos inducen a Marshack a pedir una revisión de nuestras opiniones sobre la Prehistoria:

«Los numerosos problemas planteados por las anotaciones limares de la época del paleolítico superior revisten una gran importancia. Dan lugar a una nueva evaluación de los orígenes de la civilización humana, incluidos los del arte, los símbolos, la religión, los ritos y la astronomía, así como las aptitudes necesarias para los comienzos de la agricultura (40).»

Estas sucesiones y anotaciones que datan de la Era del paleolítico superior se remontan a lo largo de una línea ininterrumpida que va desde las civilizaciones mesolíticas azilienses hasta las civilizaciones magdalenense y auriñaciense. De ello, Marshack concluye atinadamente:

«La evidencia combinada de conocimiento lunar y, ocasionalmente, lunar-solar entre las civilizaciones agrícolas primitivas, extendidas a través de Eurasia, ramificadas al África y practicadas por pueblos distintos que hablan lenguas diferentes, nos obliga a preguntarnos si no existiría en épocas remotas una tradición y un método fundamentalmente astronómicos.» En un resumen de las realizaciones de los hombres primitivos, el *Popol Vuh*, de Guatemala, afirma: «Contemplaban alternativamente el arco del cielo y la redonda faz de la Tierra. Grande era su sabiduría.» El libro sagrado añade que «podían igualmente ver lo vasto y lo pequeño en el cielo y sobre la Tierra».

Por extraño que pueda parecer, en el alba de la civilización los conocimientos científicos eran, ocasionalmente, mucho más elevados que el nivel intelectual de la época. Ello podría explicarse sobre la base de una herencia legada por un mundo arcaico antediluviano. Las huellas de una «civilización de señores» pudieron sobrevivir al desastre mundial. Esta es la razón de que, en el presente capítulo, desarrollemos el estudio de fuentes antiguas. Cuanto más nos remontamos a lo largo de ese pasado, más nos aproximamos a las civilizaciones perdidas.

En 1909, el profesor Frederick Soddy escribía que, en su opinión, la energía atómica constituía la fuerza motriz de la tecnología antediluviana. «Una raza capaz de realizar la transmutación de la materia —decía— no necesitaba ganarse el pan con el sudor de su frente. Una raza tal podría transformar un continente desierto, fundir los hielos del Polo y convertir el mundo entero en un risueño jardín del Edén (17).»

Durante mi estancia en Moscú, oí hablar de una biografía de Albert Einstein en la que se atribuye al fundador de la teoría de la relatividad una idea similar, según la cual la fuerza nuclear habría sido, simplemente, descubierta de nuevo. Se dice que el editor soviético del manuscrito decidió no publicar esta declaración, hecha por Einstein poco antes de su muerte, porque «el viejo había perdido probablemente la razón en aquel momento».

Soddy consideraba que la Humanidad había sufrido un desastre en el momento en que se formó una falsa idea de las relaciones entre la Naturaleza y el hombre. Desde que este error fue cometido, el mundo entero se vio de nuevo sumergido en un estado primitivo. Luego, la Humanidad rempendió a través de los tiempos, su arduo camino hacia las cimas del pensamiento. «La leyenda de la caída del hombre refleja, quizá, la historia de esta calamidad», afirmaba el profesor Soddy, premio Nobel.

Existe una cierta, aunque inexplicable, afinidad entre los orígenes de las diversas civilizaciones de la remota Antigüedad. Debe buscarse un mundo desconocido más allá de las barreras de la Historia. Ese mundo debió de dar el primer impulso a todas las demás civilizaciones sucesivas. Sabemos con certeza que los antiguos egipcios, babilonios, griegos y romanos transmitieron sus enseñanzas al mundo moderno. Pero, ¿quién fue el «maestro de los maestros» de Egipto, de Babilonia, de Grecia? La tradición nos da la respuesta: los atlantes. Esa es, al menos, la conclusión a que había llegado Valery Briusov, el pionero ruso de la atlantología.

Todos sabemos que el progreso humano es el resultado de una evolución. Pero cabe la posibilidad de que parte de las hazañas científicas llevadas a cabo en el curso de las primeras etapas del ciclo actual no sean sino conocimientos antiguos transmitidos a las generaciones por los supervivientes de un cataclismo. Ese legado de la Atlántida no abarca todos los conocimientos científicos del mundo antiguo. El ascenso, a partir de la Era bárbara que se instaló después del cataclismo, hasta las alturas de las civilizaciones egipcia y sumeria era el resultado de un desarrollo social natural. Pero, si bien ciertos descubrimientos del hombre primitivo constituyen etapas cubiertas en el camino del progreso, otros, por el contrario, podrían ser redescubrimientos estimulados por los relatos que hablaban de la Edad de Oro y de sus milagros. Es difícil trazar la línea de demarcación entre los productos de la inteligencia humana por un lado y el legado de una Era prehistórica por otro. Un hecho es seguro: varios de los resultados obtenidos en el campo de la ciencia por el hombre prehistórico no podrían ser definidos como creaciones de su espíritu, ya que las condiciones económicas y sociales no estaban maduras para ello. En ese «progreso prematuro», habría que incluir los aviones, los rayos X y descubrimientos astronómicos realizados sin telescopio.

Cuando Cortés invadió México, en 1520, su calendario tenía un retraso de diez días con relación al de los aztecas y al tiempo astronómico actual. Históricamente hablando, la astronomía del Viejo Mundo se hallaba retrasada con respecto a la del Nuevo Mundo.

Por increíble que pueda parecer en nuestros días, el calendario maya era más preciso que el nuestro, porque ofrecía la mejor aproximación del año sideralmente determinado, tal como se ve por los datos siguientes:

Cálculo sideral365, 242.198 días en el año

Calendario maya..... 365, 242.129 » » » »

Calendario gregoriano.....365, 242.500 » » » »

Lo que es más, en la cronología un tanto compleja de los mayas sólo aparecen fechas similares una sola vez cada 256 años: evidentemente, su calendario era superior al que nosotros utilizamos en la actualidad.

Según Egerton Sykes, «el factor esencial radica en la constatación de que los mayas llegaron al continente conociendo ya la escritura, las matemáticas, la astronomía, la arquitectura y la medicina, y provistos de un sistema de calendario mucho más preciso que el que se utilizaba en Europa hasta el siglo xviii. La hipótesis generalmente aceptada, según la cual adquirieron en menos de cien años todos los conocimientos que el mundo occidental había tardado más de dos mil años en adquirir, no se corresponde con ningún precedente histórico y ni siquiera con el sentido común (41)».

¿Cuál era, entonces, el origen de esta importante civilización?

Cottie A. Burland, a la sazón agregado en el Museo Británico, afirma en un informe presentado en 1956 en París al Congreso Internacional de Americanistas, que la estela I de El Castillo, Santa Lucía Cotzumahualpa, representa el paso de Venus por encima del disco solar el 25 de noviembre del 416. No puede por menos de sorprendernos esta precisión de los antiguos astrónomos guatemaltecos, ya que se necesitan varios siglos para llegar a datos científicos exactos. ¿De qué fuente bebieron sus tradiciones científicas los sacerdotes de la América Central? Los aztecas eran capaces de regular el tráfico y de realizar un empadronamiento. Los incas disponían de un eficaz sistema de derivación de aguas y de cloacas, así como las mejores carreteras de la Antigüedad. Los toltecas elaboraban proyectos de construcción para un plazo de cuatro siglos. En nuestros días, ninguna nación del mundo, sea socialista o capitalista, emprende el tratamiento de problemas de tanto alcance.

Puede decirse sin exageración que los antiguos peruanos llevaban telas mucho más finas que las que pueden fabricarse con los telares modernos. En las costas del Ecuador se han descubierto ornamentos de platino. Este hecho plantea una importante cuestión: ¿cómo pudieron los indios de América producir, hace miles de años, una temperatura de cerca de 1.770 grados centígrados? Europa no lo ha conseguido sino hasta hace dos siglos (42).

En su *Sombra de la Atlántida*, Braghin describe un extraño objeto descubierto, entre otros muchos prehistóricos, en Esmeralda, en la región septentrional del Ecuador. La colección de Ernesto Franco contiene un espejo de obsidiana verdinegra, de unos cinco centímetros de diámetro, que posee la forma de una lente convexa. Ese espejo era de tal precisión que reflejaba los cabellos más finos. La óptica exige para ello una tecnología muy avanzada y un gran dominio de las matemáticas. ¿Quién, pues, fabricó ese espejo?

En el Museo de los Indios de América de la Fundación Heye, en Nueva York, están expuestas diminutas bolas de los mana-bis; muchas de ellas están labradas o grabadas, otras soldadas y taladradas. Estos objetos, más pequeños que una cabeza de alfiler, se asemejan a pepitas de oro natural. Un joyero que careciera de lente sería incapaz de fabricar una cosa parecida. En los Andes, al sur de Lima, en la bahía de Pisco, los conquistadores del siglo xvi encontraron «el signo milagroso de las Tres Cruces», que semeja más bien el tridente de Neptuno. Tallado en una roca, tiene una altura de 250 metros, y puede vérselo desde una distancia de veinte kilómetros.

El sentido y la finalidad de este «Candelabro de los Andes» permanecieron desconocidos hasta el momento en que fue presentada una explicación por Beltrán García, sabio español descendiente directo de Garcilaso de la Vega. Según él, ese tridente tallado en la roca era utilizado por los incas o sus predecesores como un gigantesco sismógrafo. Supone que se trataba de un péndulo,

provisto de polea y cuerda, empleado para registrar los temblores de tierra, no solamente en el Perú, sino también en el mundo entero. Tal explicación debería hallarse más próxima a la verdad que la ofrecida por los conquistadores. Éstos pensaban que el signo de las Tres Cruces había sido tallado por Dios para agradecer a los cristianos el haber conquistado América (43).

Pese al elevado nivel de civilización alcanzado por los incas, este pueblo no conocía la escritura, caso sin precedentes en el pasado, pues la escritura y la Historia han representado siempre las señales de la madurez cultural. Sustituían las letras y las palabras por el *quipu*, complicado sistema de bramantes coloreados provistos de nudos, que les servía de estimulante mnemotécnico. Este singular sistema, de origen preincaico, era aplicado a la contabilidad y a la estadística, así como a la literatura, en la que los nudos y los lazos recordaban al narrador el hilo de su historia. Este sistema mnemotécnico representaba tal vez el eco de una tecnología perdida que empleaba calculadores electrónicos. Tras la desaparición de los centros industriales que producían este equipo, los supervivientes del cataclismo atlante, trasplantados a América del Sur, pudieron haber adoptado este método simplificado de memoria —por medio del *quipu*—, simple caricatura de las calculadoras y registros de que se habían servido con anterioridad. Enigmas científicos tales como el *quipu* no se limitan a un solo continente o a una sola nación. Para darnos cuenta de ello, basta con atravesar el océano Pacífico y fijar nuestra mirada en China.

Los historiadores chinos jamás trataron de complacer a sus soberanos a costa de la verdad. Cuando se les pedía que falsificaran la historia de su época, preferían morir decapitados, como ocurrió con los analistas de Chi, en el año 547 a. de JC. Deben, por ello, tomarse en serio las crónicas de la China, aun cuando relaten acontecimientos aparentemente fabulosos, ¿Conocían los antiguos chinos los rayos X? La pregunta podría parecer absurda, y, sin embargo, se nos cuenta que el emperador Sin Chi (259-210 a. de JC.) tenía un espejo que «iluminaba los huesos del cuerpo». Este espejo se encontraba en el palacio de Hien-Yang, en Shesi, en el año 206 a. de JC, y los escritos contemporáneos lo describen de la manera siguiente:

«Era un espejo rectangular de 22 metros de ancho y 176 de alto, brillante por la cara exterior y la interior. Cuando un hombre se situaba ante él para ver su reflejo, su imagen parecía invertida. Cuando alguien colocaba las manos en su corazón, se hacían visibles todos sus órganos interiores, como los intestinos. Cuando un hombre tenía una enfermedad oculta en el interior de sus órganos, podía reconocer el punto donde radicaba el mal mirando a este espejo y colocando las manos en su corazón (44).»

Unos doscientos cincuenta años antes del reinado de Sin Chi, un célebre médico de la India, llamado Jivaka, poseía una joya maravillosa que tenía el poder de penetrar en el cuerpo humano, exactamente igual que los rayos X. Un documento histórico afirma que «cuando se la colocaba ante un enfermo, iluminaba su cuerpo del mismo modo que una lámpara ilumina todos los objetos de una casa, y revelaba así la naturaleza de su enfermedad (44). ¿Dónde obtuvieron Sin Chi y Jivaka estos conocimientos, que se anticipaban en 2.200 o 2.500 años a los de sus contemporáneos?

En el *Sactaya Grantham*, que forma parte de los *Vedas* de la India, se encuentran instrucciones para la vacunación, así como una descripción de sus consecuencias. ¿Cómo consiguieron los brahmanes hacer este descubrimiento 2.500 años antes de Jenner? Es sorprendente oír hablar de rayos X en la época de Buda y de vacunas quinientos años antes de Jesucristo, pero más asombroso aún es encontrar extraordinarios datos astronómicos en los textos de origen babilonio antiguo.

Los babilonios conocían los «cuernos de Venus» (45). Describieron el creciente de este planeta. Al estar más cerca del Sol que de la Tierra, Venus tiene fases como la Luna. Pero los «cuernos de Venus» son invisibles a simple vista; entonces, surge la pregunta: ¿cómo pudieron los sacerdotes de la antigua Babilonia observar las fases de Venus sin disponer de un telescopio?

También conocían las cuatro grandes lunas de Júpiter, lo, Europa, Ganimedes y Calisto (31). Hasta la invención del anteojo astronómico por Galileo, la Humanidad ignoraba la existencia de estos satélites. Habría sido lógico suponer que también la ignoraban los babilonios.

No hay más que dos explicaciones para estas observaciones astronómicas, efectuadas en la Antigüedad, de las fases de Venus y de los cuatro satélites de Júpiter. La primera teoría, según la cual los sacerdotes babilonios tenían telescopios, parece demasiado aventurada para ser admitida por la ciencia. Y, sin embargo, el Museo Británico posee una notable pieza de cristal de roca, de forma oval y plano-convexa. Fue descubierta por Sir A. Henry Layard en el curso de unas excavaciones realizadas en el palacio de Sargón, en Nínive. Sir David Brewster afirmó que este disco de cristal era una lente, pero la mayoría de los sabios presentan reservas a esta teoría (46). Según la segunda hipótesis, los sacerdotes de Caldea y de Sumer consiguieron conservar a través de numerosas generaciones los elementos de la astronomía antediluviana. No debe olvidarse que los sabios de Babilonia no eran únicamente sacerdotes, sino también sabios: estrechamente ligada a la religión, la astronomía representaba para ellos un terreno reservado.

Los antiguos egipcios poseían un jeroglífico especial para designar un millón. Sin embargo, fue solamente en el siglo xvn cuando el número moderno hizo entrar, gracias a los trabajos de Descartes y Leibniz, la concepción del millón en la matemática. Ahora bien, hace miles de años que los antiguos matemáticos de Babilonia manejaban cifras tan importantes sirviéndose de tablas de cálculo. Pueden haber poseído también en sus bibliotecas tablillas conteniendo informaciones científicas legadas por una época anterior. Si esta suposición es correcta, ello nos explica cómo pudieron descubrir las fases de Venus y las lunas de Júpiter. Los aztecas estaban informados acerca de la forma esférica de los planetas, y se entretenían con un juego de pelota que imitaba a los dioses empujando a los cuerpos celestes a través de los cielos.

Los dogones de África, que mantienen un sistema teocrático y se mantienen fieles a la antigua tradición, conocen la existencia del sombrío compañero de Sirio, distante de la Tierra unos nueve años luz y solamente visible con el telescopio. Igualmente, los pueblos del Mediterráneo tienen conocimiento de algunas de las Pléyades, invisibles a simple vista. ¿Se tratará de los restos de una ciencia desaparecida, conservados en la memoria popular?

Los que han estudiado la astronomía primitiva se han sentido siempre asombrados de la exactitud con que los antiguos medían el paralaje solar, imposible de establecer con la ayuda de los instrumentos que se utilizaban entonces (30).

El libro *Huai Nan Tzu* (hacia 120 a. de JC.) y el *Lun Heng*, de Wang Chung (82 d. de JC), establecen una cosmogonía centrípeta, según la cual existen «torbellinos» que solidifican los mundos salidos de la materia primera. Estos escritos de la antigua China anuncian ya las ideas modernas sobre la formación de las galaxias.

Nos encontramos, así, ante la alternativa siguiente: o bien admitir la existencia en la alta Antigüedad de perfeccionados instrumentos de astronomía, o bien presumir que los sacerdotes de Babilonia, de Egipto y de la India eran los custodios de una ciencia prehistórica de una antigüedad de diez mil años como mínimo.

DE LA FILOSOFÍA A LA FÍSICA NUCLEAR

¿Por qué medio pudieron los sabios de la Antigüedad tomar conocimiento de datos científicos adelantados a su época? Las brillantes especulaciones de los antiguos filósofos tal vez

desempeñaran su papel, pero, en numerosos casos, más que a vagas especulaciones, nos vemos enfrentados a conocimientos positivos.

Anaxímenes era consciente, hace 2.500 años, no sólo de la distancia que nos separa de las estrellas, sino también de la existencia de sus «compañeros no luminosos». Sin embargo, sólo en los últimos años ha obtenido la astronomía datos precisos sobre los planetas de otros sistemas solares.

Anaxágoras (500-428 a. de JC.) menciona también «otras tierras que producen la sustancia necesaria para sus habitantes». Hace nada más que uno o dos siglos, este brillante pensamiento de un griego antiguo habría hecho fruncir el ceño a la Iglesia y habría sido criticado por las Academias. ¿No demuestra esto que los filósofos antiguos estaban, de una manera inexplicable, más próximos a la verdad que la Europa occidental de hace unas cuantas generaciones?

Demócrito (460-361 a. de JC.) ha dado una explicación correcta de la Vía Láctea como conjunto de una inmensa multitud de estrellas distantes entre sí y dispersas en el espacio. Nuestra ciencia ha llegado a una conclusión semejante sólo hace unos doscientos años. ¿Eran deducciones filosóficas o indicios obtenidos de los custodios de la sabiduría antigua lo que permitió a estos griegos realizar una tal proyección sobre el futuro? Como si de un miembro de una Academia actual se tratara, Demócrito declara: «En realidad, no hay nada, fuera de los átomos y del espacio.» Junto a la carretera que discurre al nordeste de Atenas, se muestra todavía hoy el lugar en que en otro tiempo trabajaba Demócrito: se ve allí, en un cartel, la inscripción: «Laboratorio de investigaciones nucleares de Demócrito.»

En su juventud, Demócrito había recibido las enseñanzas de los magos abandonados por Jerjes en Abdera. Sexto Empírico (principios del siglo ni) afirma que Demócrito había adquirido sus conocimientos de la teoría atómica en la tradición antigua y, más especialmente, en las obras del fenicio Moschus, el cual tenía una concepción aún más correcta del átomo, ya que lo consideraba indivisible.

Según Séneca, Demócrito sabía que «había más planetas que los que podemos descubrir con los ojos». ¿Dónde pudo obtener Demócrito estos conocimientos astronómicos, anticipados —o, tal vez retrasados— en varios siglos a su época?

Demócrito afirmaba que el Sol tenía unas dimensiones enormes y que las manchas lunares estaban formadas por la sombra de elevadas montañas y de profundos valles. Consideraba que los mundos nacían y desaparecían constantemente en el espacio infinito. Las estrellas son soles, afirmaba Demócrito. Algunas son más grandes que nuestro sol, añadía Simplicio, en el siglo vi de nuestra Era. Otros filósofos señalaban las enormes distancias que separan nuestro mundo de las estrellas.

Pitágoras (siglo vi a. de JC.) había llegado a la conclusión de que la Tierra era una esfera, y Aristarco de Samos (310-230 a- de JC.) insistía en el hecho de que esta Tierra giraba alrededor del Sol.

Eratóstenes (276-195 a. de JC), conservador de la Biblioteca de Alejandría, calculó la circunferencia terrestre con un ligero error inferior a 360 kilómetros. Según Aquiles Tacio, los caldeos habían medido también la Tierra, con un resultado muy semejante al de Eratóstenes. *Opiniones de filósofos*, obra atribuida a Plutarco, da como distancia que separa la Tierra del Sol la de 804 millones de «estadios». Ésta viene a ser la cifra aceptada por la astronomía moderna, a condición de que nuestra estimación del «estadio» antiguo sea correcta. ¿Poseían instrumentos de precisión los astrónomos de la Antigüedad? ¿Cómo habrían podido adivinar, si no, cosas tan extraordinarias?

Empédocles (494-434 a. de JC.) afirmaba que la luz necesitaba tiempo para transmitirse. Tenía

también una idea de la mutación de las especies. Lucrecio (96-55 a. de JC.) era consciente de la velocidad uniforme con que los cuerpos caían en el vacío. En su poema *De las cosas de la Naturaleza*, traza, siglos antes de Darwin, una imagen de la lucha por la existencia. Pitágoras conocía, mucho antes de Newton, la ley de la fuerza de la atracción. Anaximandro (principios del siglo vi a. de Jesucristo) declaraba que todas las especies de la vida animal tenían un origen común.

Ciertamente, son bastante raros los casos en que los filósofos de la Antigüedad se sirven del lenguaje de nuestro siglo. Sin embargo, tenemos pruebas suficientes para poder afirmar que, en ciertos aspectos, los pensadores del mundo clásico eran, comparados con los maestros de la Escolástica de la Edad Media, auténticos gigantes del espíritu.

La Historia nos dice que Arquímedes había construido un planetarium en el siglo ni a. de JC. El Museo Arqueológico Nacional de Grecia posee, en este orden de ideas, una reliquia extraordinaria. El objeto había sido hallado en el Mediterráneo, en 1900, por irnos pescadores, pero su aplicación permaneció en el misterio hasta 1959, fecha en que un sabio de Cambridge, el doctor Derek Price, lo identificó como un modelo del sistema solar. Es un modelo muy preciso de mecánica que representa la Tierra, el Sol, la Luna y los planetas, fabricado por un obrero desconocido hacia el año 65 a. de JC. Se ve en él un complicado y preciso engranaje, puesto en movimiento por una pequeña manivela que conserva cada uno de los cuerpos celestes en la posición que les es propia. El modelo es demasiado delicado para que se le pueda tocar, pero aún se pueden reconocer en él el engranaje y las ruedas. El doctor Price afirmaba, en 1959, que «el hallazgo de un objeto semejante es tan sorprendente como lo sería el descubrimiento de un avión a reacción en la tumba del faraón Tutankamen (47)».

Cicerón menciona una esfera celeste del mismo tipo que se podía ver en Roma, en el templo de la Virtud. Subrayando la antigüedad de su origen, atribuye su invención a Tales de Mileto, en el siglo vi antes de nuestra Era.

Hace dos mil años, la ciudad de Siracusa, en Sicilia, poseía un planetarium en el que las estrellas eran puestas en movimiento mediante fuerza hidráulica.

Numerosos pensadores de la antigua Grecia llegaron a admitir la vida en otros planetas. Metrodoro de Lamsaco (siglo in a. de JC.) decía que considerar la Tierra como el único mundo habitado del espacio infinito era tan absurdo como pretender que sólo un grano de trigo crecía en un vasto campo.

¿Cómo no sorprenderse por esta especulación —si no conocimiento— concerniente a la vida en otros planetas, en tiempos en que el telescopio y todo el aparato científico moderno eran inexistentes? ¿Era sólo la inteligencia lo que permitía a esos filósofos adelantarse de tal modo a su época, o era también el acceso que tenían a la ciencia de una civilización desaparecida?

LOS SABIOS DE LA INDIA, LAS ESTRELLAS Y LA EVOLUCIÓN

Durante siglos, los brahmanes han conservado cuidadosamente la tabla astronómica del *Surya Siddhanta*. En este texto astronómico de la India antigua, el diámetro de la Tierra estaba calculado en 12.617 kilómetros. La distancia de la Tierra a la Lima se establecía en 407.198 kilómetros.

El número aceptado por la astronomía moderna para el diámetro ecuatorial de nuestro planeta es de 12.756'5 kilómetros, y la distancia máxima que nos separa de la Luna se fija en 406.731 kilómetros, aproximadamente. Estas cifras nos demuestran la extraordinaria precisión a que habían llegado los astrónomos de la India antigua, y ello en una época en que los europeos se hallaban muy lejos aún de librarse del complejo de la «Tierra plana». La fecha de la última

redacción del *Surya Siddhanta* se fija en el año 1000 d. de JC. Pero, según la opinión de ciertos hindúes, existían ediciones anteriores ya hacia el año 3000 a. de JC. En este caso, la obra nos parece tanto más sorprendente.

Los textos sánscritos de Manú contienen ideas sobre la evolución que se anticipan a Lamarck y Darwin en varios miles de años:

«El primer germen de vida fue formado por el agua y el calor. El hombre atravesará el Universo, en un ascenso gradual, pasando por las rocas, las plantas, los gusanos, los insectos, los peces, las serpientes, las tortugas, los animales salvajes, el ganado y los animales superiores. Tales son las transformaciones de la planta en Brahma que deben producirse en su mundo.»
¿Encontramos en esta antigua versión de la doctrina de la evolución un profundo pensamiento surgido del cerebro de un sabio, o se trata de los restos de un tesoro arcaico celosamente conservado en la India por sacerdotes iniciados?

La cosmología hindú evaluaba la existencia del sistema solar en varios millones de años. Kalpa, o el día de Brahma, la duración vital de nuestro mundo, sería de 4.320 millones de años. Según los actuales cálculos científicos modernos, la edad actual de la Tierra se eleva a cinco mil millones de años. Aunque nuestra ciencia y la tradición brahmánica no estén completamente de acuerdo sobre la duración de la evolución solar, no puede por menos de impresionarnos la cronología cósmica de la India, ya que estos cálculos científicos se extienden también sobre miles de millones de años.

Según las creencias de los drusos del Líbano, el mundo tenía en la época del divino Hakim, 3.430 millones de años de existencia.

La estela Metternich, en Egipto, hace alusión al «Barco de los millones de años» en que navega el dios Ra.

Esto nos indica claramente que en el mundo antiguo se consideraba el Universo como muy viejo, opinión a todas luces más sabia y juiciosa que la de nuestros predecesores del siglo XIX, según los cuales la Tierra sólo existía desde hacía unos cuantos miles de años. Por lo que se refiere a las fuentes de la ciencia secreta en que se inspiraba la Antigüedad, se pierden en las profundidades de los tiempos.

En libros tales como el *Surya Siddhanta* o el *Brihath Satha-ka*, los sabios pandits hindúes hablaban también de lo «infinitamente pequeño». En aquella remota época, dividían el día en 60 *kala* o *ghatika*, equivalentes cada uno de ellos a 24 minutos, subdivididos a su vez en 60 *vikala* equivalentes cada uno de ellos a 24 segundos. Venía luego una división entre 60 de los *vikala* en *para*, *tatpara*, *vitatpara*, *ima* y *kashta*. En esta división del tiempo, los brahmanes llegaban a la unidad más pequeña, al *kashta*, aproximadamente equivalente a 0,000.000.03 (tres cienmillonésimas de segundo). Es evidente que este *kashta*, fracción infinitesimal de un segundo, no significa absolutamente nada mientras no se posean instrumentos de precisión más perfeccionados que los que existen en la actualidad. Debe concluirse de ello que ese modo de medir el tiempo por fracciones de microsegundo constituye un método transmitido por los pandits, representantes de una civilización de tecnología muy avanzada, en la que no era desconocida la física nuclear. Por otra parte, el autor de la presente obra ha realizado una comprobación sorprendente: el *kashta* (3.10^8 segundos) está asombrosamente próximo a la duración de ciertos mesones e hiperones.

ELECTRA, HIJA DE ATLAS

Entre los antiguos griegos existía un mito curioso. Aquel Atlas que sostenía las columnas situadas en el mar «más allá del horizonte más occidental» tenía una hija que se llamaba Electra.

Según otras versiones, el dios Océano era su padre. En griego, Electra significa la «brillante», y también el «ámbar», productor de electricidad por fricción. Y como Atlas es comúnmente identificado con la Atlántida, ¿no podríamos interpretar este mito admitiendo la existencia de electricidad en aquel país sepultado por las aguas?

Poco antes de la Segunda Guerra Mundial, Wilhelm Koenig, ingeniero alemán encargado de unas excavaciones en el Irak, realizó un hallazgo extraordinario. En el curso de una excavación en las proximidades de Bagdad, descubrió, por pura casualidad, un poblado parto en el que encontró un cierto número de vasijas que, por su forma particular, hacían pensar en baterías. Su aspecto era el siguiente: un jarro o un cántaro contenía un cilindro de chapa de cobre, en cuyo interior había una varilla que, probablemente, servía de electrodo. Los bordes del cilindro de cobre estaban soldados con una aleación del 60 por ciento de plomo y el 40 por ciento de estaño. La varilla estaba sostenida por un tapón de asfalto. Un disco de cobre iba ajustado en el fondo del cilindro. El betún era utilizado como aislante. El espacio existente entre las paredes del cilindro de cobre y la varilla de hierro se hallaba relleno con ciertos electrolitos, pero las baterías eran tan antiguas que había desaparecido todo rastro de productos químicos. Interesado por este hallazgo, el célebre sabio Willy Ley pidió a la «General Electric Company», de Pittsfield, Massachusetts, que construyera una copia con la idea de poner a prueba la batería. El laboratorio de la «General Electric» fabricó un duplicado de la batería, rellenándola con sulfato de cobre en lugar del electrolito desconocido..., y el aparato funcionó (48).

Los arqueólogos han descubierto también materiales chapados por electrólisis, de cuatro mil años de antigüedad, en la misma región en que se habían descubierto las baterías. Los objetos de cobre descubiertos en Chan Chan, en el distrito Chimú, del Perú, están chapados en oro. Otros ornamentos, máscaras y cuentas, están chapados en plata. Existen también cierto número de objetos de plata chapados en oro. El americano Verrill, escritor y arqueólogo, hace notar que «el chapado es tan perfecto y unido que, si no se conociera su origen, se lo podría tomar por un recubrimiento electrolítico (28)».

La tumba del general chino Chow Chu (265-316 de nuestra Era) encierra un misterio que no ha encontrado explicación. El análisis espectral de un ornamento metálico indica un 10 por ciento de cobre, un 5 por ciento de magnesio y un 85 por ciento de aluminio. El aluminio es un producto de la electrólisis: ¿cómo puede encontrarse en una tumba antigua? Se han repetido los análisis en diversas ocasiones, pero siempre con el mismo resultado. ¿Deberá concluirse que los chinos utilizaban la electricidad en el siglo iv?

Un viejo manuscrito, *Agastya Samhita*, conservado en la biblioteca de los príncipes indios de Ujjain, contiene sorprendentes instrucciones para la construcción de baterías de elementos secos: «En un recipiente de barro se coloca una chapa de cobre bien limpia. Se recubre primero con sulfato de cobre y, luego, con serrín húmedo. Después, se pone sobre el serrín una chapa de cinc amalgamado con mercurio a fin de impedir la polarización. A su contacto, se producirá una energía líquida conocida con el doble nombre de «Mitra-Varuna». Esta corriente divide al agua en *pranavayu* y *udanavayu*. Se afirma que la unión de un centenar de estos recipientes produce un efecto muy activo (49).»

«Mitra-Varuna» se interpreta fácilmente como cátodo-ánodo, y los *pranavayu* y *udanavayu*, como oxígeno e hidrógeno. El sabio Agastya es, por su parte, bien conocido en la Historia como *kumbhayoni*, derivación de la palabra *kumbha*, o cántaro, en recuerdo de los cántaros de barro que utilizaba para fabricar sus baterías. Se le atribuye también la construcción de un *pushpakavimana*, o avión.

Pero, aparte de las baterías, la Historia menciona muchos otros milagros científicos producidos por los antiguos.

Según Ovidio, Numa Pompilio, segundo rey de Roma, solía invocar a Júpiter para que encendiera los altares con llamas venidas del cielo.

En la cúpula del templo que había construido, Numa hacía arder una luz perpetua. En el año 170 de nuestra Era, Pau-sanias vio, en el templo de Minerva, una lámpara de oro que daba luz durante un año sin que se la alimentara.

En las tumbas próximas a la antigua Menfis, en Egipto, se han encontrado en cámaras selladas lámparas que ardían perpetuamente; expuestas al aire, las llamas se apagaron. Se sabe que han existido lámparas perpetuas del mismo tipo en los templos de los brahmanes de la India. La estatua de Memnón, en Egipto, comenzaba a hablar en cuanto los rayos del sol naciente iluminaban su boca. Juvenal dijo: «Memnón hace resonar sus cuerdas mágicas.» Los incas tenían un ídolo parlante en el valle de Rimac. Naturalmente, habría sido imposible construir estatuas semejantes sin tener conocimientos de física.

Es lícito pensar que las chispas que salían de los ojos de las divinidades egipcias, en particular de los de Isis, pudieron ser producidas por la electricidad: ¿acaso no se han encontrado en Egipto extraños aparatos eléctricos de este tipo? (38).

Luciano 120-180 d. de JC., el satírico griego, nos ha dejado una descripción de las maravillas que vio en el curso de su viaje realizado a Hierápolis, en el norte de Siria. Le fue mostrada una joya incrustada en la cabeza de oro de Hera; emanaba de ella una gran luz, «y el templo entero resplandece como si estuviera iluminado por millares de velas».

Otro milagro: los ojos de la diosa le seguían a uno cuando se movía. Luciano no ha dado explicación a este fenómeno; los sacerdotes se negaron a revelarle sus secretos. Los frescos, de rico colorido, que recubren las paredes y los techos de las tumbas egipcias tuvieron que ser pintados a plena luz. Pero la luz del día no llega jamás a esas oscuras cámaras. No hay en ellas manchas producidas por antorchas o lámparas de aceite. ¿Se utilizaba luz eléctrica?

Los misterios del templo de Hadad, o de Júpiter, en Baal-bek están relacionados con piedras luminosas. No cabe poner en duda la existencia de esas piedras que, en la Antigüedad, suministraban luz durante las horas nocturnas, pues ha sido descrita por gran número de autores clásicos.

En el siglo I de nuestra Era, Plutarco escribía que había visto una «lámpara perpetua» en el templo de Júpiter Amón. Los sacerdotes le habían asegurado que ardía continuamente desde hacía muchos años; ni el viento ni el agua podían apagarla.

En 1401, se descubrió la piedra sepulcral de Palas, hijo de Evandro; sobre la cabeza de este romano se hallaba colocada una lámpara que ardía con un fuego perpetuo; para apagarla se tuvo que romper toda la escultura,

San Agustín (nacido en el año 354 de nuestra Era) describe una lámpara de fuego perpetuo que vio en el templo de Venus. El historiador bizantino Cedrino (siglo XI) afirma haber visto en Edesa, Siria, una lámpara perpetua que ardía desde hacía cinco siglos. El padre Régis-Evariste Huc (1813-1860) asegura haber examinado en el Tíbet una de las lámparas que arden con un fuego perpetuo.

De las Américas nos llegan también relatos de estas extrañas lámparas. En 1601, al describir la

ciudad de Gran Moxo, próxima a las fuentes del río Paraguay, en el Matto Grosso, Barco Centenera nos habla de una isla misteriosa que aún recordaban los conquistadores; «En medio del lago se encontraba una isla, con edificios soberbios cuya belleza sobrepasaba al entendimiento humano. La casa del Señor del Gran Moxo estaba construida en piedra blanca hasta el tejado. Tenía a su entrada dos torres muy altas y una escalera en medio. Dos jaguares vivos se hallaban atados a un pilar situado a la derecha. Estaban echados, encadenados a sendas argollas de oro. En la cúspide de este pilar, a una altura de 7,75 metros, había una gran luna que iluminaba brillantemente todo el lago, dispersando, de día y de noche, la oscuridad y la sombra.»

El coronel P. H. Fawcett oyó decir a los indígenas del Matto Grosso que en las ciudades perdidas de la jungla habían sido vistas luces frías y misteriosas. Escribiendo a Lewis Spence, autor británico, declara: «Estas gentes tienen una fuente de iluminación que nos parece extraña y que representa, probablemente, los restos de una civilización que desapareció dejando unas cuantas huellas.*

Los mandanes, indios blancos de la América del Norte, recuerdan una época en que sus antepasados vivían al otro lado del Océano, en «ciudades de luces inextinguibles». ¿Se trataba de la Atlántida? ¿Heredarían los antiguos estas extrañas lámparas de los supervivientes atlantes? Hace solamente unas docenas de años, se decía que los habitantes de las islas del Estrecho de Torres poseían *bouia*, es decir, piedras redondas que proyectaban una penetrante luz. Esas piedras, emisoras de luz, estaban adornadas con conchas, cabellos, dientes y presentaban colores diversos. A gran distancia, se veía de vez en cuando surgir, con gran sorpresa de los hombres blancos, una luz azul verdosa (50).

Recientemente, unos comerciantes de Nueva Guinea descubrieron en la jungla, cerca del monte Guillermina, un valle poblado por amazonas. Vieron, asombrados, grandes piedras redondas de 3,5 metros de diámetro colocadas en lo alto de columnas, que irradiaban una luz semejante a la del neón.

C. S. Downey, delegado participante en la Conferencia sobre Iluminación y Tráfico celebrada en Pretoria, África del Sur, quedó tan impresionado por las extrañas y extraordinarias iluminaciones de aquel poblado de la selva de Nueva Guinea, que no pudo por menos de declarar, en 1963: «Estas mujeres, que se hallan separadas del resto de la Humanidad, han desarrollado un nuevo sistema de iluminación que iguala, e incluso supera, al del siglo xx.»

No es probable que esas amazonas de la jungla hayan podido descubrir un sistema de iluminación superior al nuestro. Cabe que heredaran esas esferas luminiscentes de una civilización desconocida para la Historia.

La presencia en la Antigüedad de iluminaciones artificiales se halla atestiguada por los autores clásicos, así como por el folklore. Electra, hija luminosa de Atlas, podría quizá simbolizar, simplemente, la electricidad conocida en la Atlántida.

ROCAS EN EL AIRE

Cuando en Ollantay-Tambo y Sacsahuamán, Perú, se descubrió la albañilería preincaica, el peso de algunas de las piedras fue calculado en más de cien toneladas. A pesar de su enorme masa, los bloques estaban colocados con tal exactitud que apenas si se podían advertir las juntas a simple vista. Aparte de Egipto, estas construcciones erigidas por los arquitectos del Perú no han sido igualadas en ningún otro país.

La Gran Pirámide de Kufu, en Egipto, es una de las obras de construcción más precisas del mundo. Los que la erigieron hubieron de tener conocimientos superiores de geometría y

arquitectura. Se ha podido decir: «El tiempo se burla de todo, pero las pirámides se burlan del tiempo.»

Los pulidos bloques de un peso de quince toneladas colocados en la base de la pirámide de Kufu están ajustados con una precisión de una centésima de pulgada. Resulta difícil introducir un papel fino entre estos bloques. Ninguna nación habría podido alcanzar una precisión semejante antes del advenimiento de la tecnología moderna.

Si aceptamos la fecha establecida por los egiptólogos para la construcción de la Gran Pirámide, este edificio, considerado hasta época reciente como el más alto del mundo, fue erigido en un tiempo en que no existían grúas ni ruedas. Solamente un siglo antes del comienzo de los trabajos de la pirámide, los egipcios utilizaban todavía argamasa de barro y paja. ¿Puede admitirse que en el curso de un siglo los antiguos egipcios fueron capaces de realizar progresos tan extraordinarios que les bastaron menos de veinte años para erigir un edificio de piedra que ha seguido siendo hasta nuestros días el más elevado de todos?

Nunca se ha explicado de manera satisfactoria cómo pudo llevarse a feliz término la construcción de la pirámide Kufu. Diodoro de Sicilia escribe que 360.000 hombres trabajaron en ella durante veinte años. La cifra dada por Heródoto es de cien mil hombres para el mismo período.

Según el historiador griego, esta extravagante empresa estuvo a punto de llevar a Keops o Kufu al borde de la bancarrota. Para salvar su situación, el cruel faraón decidió enviar a su hija, famosa por su belleza, a una casa especializada en el comercio de hechizos. La joven supo manejárselas bien en el asunto: no sólo obtuvo la suma exigida por su padre, sino que decidió, además, erigir un monumento en su propio honor y exigió a cada uno de sus visitantes que le hiciera donación de una piedra para esta construcción.

Quizá sea difícil aceptar un relato de este tipo como una contribución auténtica a la Historia. Heródoto pudo ser deliberadamente inducido a error por los sacerdotes egipcios, que no querían revelar el verdadero medio utilizado para sus construcciones megalíticas. Cuando, en el siglo xix, se procedió a tomar medidas exactas de la Gran Pirámide, se puso de manifiesto que el ángulo entre cada una de sus caras y la superficie de la base era de $51^{\circ} 51'$ — $51^{\circ} 52'$. Como la cúspide de la pirámide había desaparecido, se determinó la altura de la construcción por medios geométricos. Luego, conforme a las enseñanzas de las matemáticas, el perímetro de la base fue dividido por el doble de la altura: se obtuvo el sorprendente resultado de 314149,0 »

La distancia media de la Tierra al Sol ha sido fijada en 149,5 millones de kilómetros. La pirámide de Keops tiene una altura de 147,8 metros, es decir, la distancia del Sol reducida mil millones de veces, con un error de un uno por ciento.

La unidad de longitud empleada para la construcción era el codo piramidal, equivalente a 635,66 milímetros. El radio de la Tierra, desde el centro hasta el Polo, es de 6,357 kilómetros, es decir, el codo piramidal multiplicado por diez millones.

A finales del siglo xvm, se aceptó como metro *standard* en París la diezmillonésima parte del cuadrante terrestre. En nuestro siglo, en el curso de mediciones más precisas de la Tierra, se ha reconocido la inexactitud del cálculo. Y, sin embargo, el codo egipcio equivale, con una precisión de una centésima de milímetro, a la diezmillonésima parte del radio de la Tierra. La longitud en su base de una cara de la pirámide es de 365,25 codos piramidales. Pero también hay 365,25 días en un año, nueva extraña coincidencia entre las proporciones de la pirámide y los datos astronómicos. ¿No debe suponerse que el origen de los proyectos de la Gran Pirámide ha de buscarse en la Atlántida?

Tras un profundo estudio de las proporciones geométricas de la pirámide de Kufu, A. K. Abramov, ingeniero moscovita, ha llegado a la conclusión de que esta pirámide nos da una respuesta al problema, jamás resuelto por los matemáticos, de la cuadratura del círculo. Estima que los antiguos egipcios consiguieron resolverlo empleando el sistema septenario para definir π como $22/7$. Ha podido constatar igualmente que utilizaban un «radián», o $\pi/6$ como unidad fundamental de medida.

En el curso de una conversación que sostuve en Moscú con A. K. Abramov, éste me dijo: «Es indispensable tomar en consideración el marco histórico que determinó la aparición de la cuadratura del círculo en su aplicación práctica. Remontémonos 4.500 años en las profundidades de los tiempos, hacia la época en que fue construida la Gran Pirámide. Mucho antes de su erección, los hombres instruidos de la Antigüedad estaban al corriente de numerosos hechos objetivos. Entre los más importantes de ellos figura el descubrimiento de la relación entre la longitud de la circunferencia y su diámetro, igual a $22/7$ en el sistema septenario. Hacia la misma época, se descubrieron también ciertas variedades relativas, tales como el despliegue de la circunferencia, los tres sectores de un ángulo, el doblado de un cubo sin modificación de su forma, la conversión de volúmenes de cubos en volúmenes de esferas, etcétera. Como es lógico, los hechos descubiertos fueron aplicados a la realidad objetiva. Se ha establecido que la pirámide de Kufu está construida de tal modo que el perímetro de la base es igual a una circunferencia de radio igual a la altura de la pirámide. Con arreglo a las dimensiones de la pirámide expresadas en "radianes", esta igualdad entre los perímetros del cuadrado y del círculo se manifiesta con claridad en las ecuaciones siguientes, la primera de las cuales muestra la longitud de los cuatro lados de la Gran Pirámide, y la segunda, la de una circunferencia trazada con un radio equivalente a la altura de la pirámide ($2\pi r$):

$$440 \times 4 = 1.760 \qquad 2 \times 22/7 \times 280 = 1.760 *$$

$$1 \text{ radián} = \pi/6 = 0'523.8095$$

Según Abramov, los sacerdotes de Egipto tenían una concepción especial de las tres dimensiones del espacio. A sus ojos, el punto representaba el lugar inicial de las tres direcciones: longitud, anchura y profundidad.

«Pitágoras era incapaz de captar la riqueza de las nociones geométricas de que disponía Egipto en su época —proseguía Abramov—. Los conocimientos egipcios eran de un orden superior. Su origen constituye un enigma. Pero los hechos reales están ahí para confirmar la existencia de esta ciencia superior: esas pirámides que han sobrevivido a los siglos atestiguan la sabiduría de sus constructores.

»Los matemáticos tal vez se sientan inclinados a exclamar: ¡Sea maldita esa ciencia desconocida y caigan en pedazos todas las pirámides! A fin de cuentas, nada podría impedirles proclamar que hemos alcanzado la cima de la civilización y que ningún hombre del pasado pudo ser más inteligente que el hombre de hoy.

»Lobachesvski, el gran matemático ruso, nos ha demostrado la universalidad de la geometría del espacio. Esta gran ciencia fue antaño importada a Egipto. Pero, ¿de dónde y por quién? Podrían quedar aclarados muchos misterios si admitiéramos que los primitivos Hijos del Sol eran portadores de la civilización llegados del espacio.

»La universalidad científica de la geometría nos prueba que la vida hizo su aparición en otros

planetas antes, probablemente, que en el nuestro, pero que siguió la misma evolución en el terreno del conocimiento.

»Otra civilización cósmica podría haber aprendido a producir energía por métodos diferentes. Quizá fue capaz de transformar la luz en energía de propulsión sin tener que recurrir a los sincrotrones. En este caso, habría podido disponer de naves del espacio construidas de un modo diferente al nuestro», concluía A. K. Abramov.

Cuando la conversación hubo terminado, recordé una anécdota atribuida a Einstein, según la cual a la pregunta: «¿Cómo se hace un descubrimiento?», contestó éste: «Cuando todos los sabios presentes se han puesto de acuerdo para declarar que tal cosa sería imposible, llega un rezagado que resuelve lo imposible.»

Cuanto más se estudian las pirámides, más cree uno que fueron construidas por una raza de gigantes de la ciencia.

Según cierta tradición, los monumentos megalíticos fueron construidos utilizando las vibraciones de los sonidos. La gravitación habría sido neutralizada por sortilegios musicales y por varitas magnetizadas que levantaban las piedras en el aire. Se trata de una posibilidad, fantástica a primera vista, que merecería, no obstante, ser estudiada a fondo en nuestra época de la aviación y la astronáutica.

Existe entre los árabes una curiosa leyenda referente a la construcción de la Gran Pirámide: «Pusieron bajo las piedras hojas de papiro en las que había escritas muchas cosas secretas y las golpearon luego con una varita. Entonces, las piedras ascendieron en el aire a la distancia de un tiro de flecha, y de este modo alcanzaron la pirámide.»

Los antiguos habrían podido dominar las fuerzas de la repulsión como las de la atracción, si hubieran tenido nociones científicas diferentes de la energía y de la materia. Los bloques de la terraza de Baalbek, en el Líbano, son de cincuenta a cien veces más pesados que los de la Gran Pirámide; incluso las grúas más gigantescas de nuestra época serían incapaces de levantarlas desde el pie de la colina hasta la cima en que se encuentra la plataforma. ¿Quiénes fueron, pues, los titanes constructores de los edificios megalíticos del Líbano, de Egipto y del Perú?

En su libro *La magia caldea*, Francois Lenormant cita una leyenda referente a los sacerdotes de On, que con la ayuda de sonidos podían levantar pesadas piedras que un millar de hombres serían incapaces de mover. ¿Se trata de un mito, o del recuerdo popular de los logros de una ciencia desaparecida? Luciano (125 d. de JC.) da fe de la realidad de la «antigravitación» en la Antigüedad al hablar de la estatua de Apolo en un templo de Hierápolis. Mientras los sacerdotes levantaban la estatua, Apolo «les dejó en el suelo y se elevó por sí mismo». El hecho se produjo en presencia del propio Luciano. Pocas personas se dan cuenta de que, aun en nuestros días, se producen fenómenos semejantes a los realizados por «la ciencia prehistórica de la Antigüedad».

En la India occidental, cerca de Poona, junto a la carretera de Satara, se encuentra la aldea de Shivapur, que posee una pequeña mezquita erigida a la memoria del derviche Qamar Alí, un santo de la secta de los sufíes. Delante de la mezquita, están colocadas dos rocas de granito de forma redondeada; una de ellas pesa 55 kilogramos, y la otra, más pequeña, 41. Todos los días, grupos de peregrinos y de visitantes se reúnen alrededor de estas piedras, tocándolas con sus dedos índices y clamando con penetrante voz el nombre sagrado de «Qamar Alí». Está convenido que sólo once personas deben rodear la piedra más gruesa. De pronto, se ve cómo la roca se separa del suelo, pierde todo peso y se eleva en pocos segundos hasta una altura

de dos metros; permanece en el aire un instante y, luego, vuelve a caer bruscamente al suelo. Lo mismo ocurre con la segunda roca, que es levantada por un grupo de nueve personas. Este extraordinario fenómeno se produce varias veces al día, con indescriptible asombro de todos los que participan en la experiencia. Normalmente, serían necesarios seis hombres para levantar la más grande de estas rocas de granito. Debería existir una seria explicación científica de este fenómeno, en el que puede participar activamente cualquier persona, un musulmán, un budista, un cristiano, un agnóstico. Pero ninguna de las personas que todos los días consiguen levantar la roca es capaz de dar tal explicación.

Aun cuando se mantenga el escepticismo, el hecho está ahí: contrariamente a todas las leyes de la física, una pesada piedra se eleva por sí sola a una altura de dos metros. En nuestra Era espacial, en que los sabios más eminentes se esfuerzan por penetrar en el misterio de la gravitación, este extraño fenómeno merecería ser objeto de una investigación seria. Todas las suposiciones son lícitas para explicar esta elevación automática de la roca. ¿Está provocada por las ondas de sonidos provenientes de la rítmica salmodia, por las corrientes biológicas surgidas de los dedos, o por sus efectos conjuntos? El hecho es que, cuando las palabras «Qamar Alí» no se pronuncian con voz muy alta y clara, la piedra no se eleva.

Este milagro de la India puede servir en nuestros días como demostración del método empleado en la Antigüedad para erigir las pirámides y las demás construcciones megalíticas.

UN DILEMA OFRECIDO POR VIEJOS DOCUMENTOS

En 1520, Muhiddin Piri Reis, llamado almirante Piri Reís (1470-1554) publicaba en Turquía el atlas *Bahriyye*, destinado a los navegantes. Estos mapas, provistos de notas marginales y trazados en piel de corzo, fueron descubiertos por Halil Edhem, director de los museos nacionales, el 9 de noviembre de 1929 en el palacio Topkapi, en Estambul. En sus notas, el almirante Piri revela el origen de esos mapas. En el curso de una batalla naval librada en 1501 contra los españoles, un oficial turco llamado Kemal hizo prisionero a un hombre que había participado en los tres históricos viajes de Cristóbal Colón. Ese prisionero español poseía un conjunto de mapas muy curiosos.

Gracias a estos mapas, Cristóbal Colón pudo definir el objetivo final de su viaje. Si es correcta, esta suposición nos da una explicación de lo que escribe su hijo Fernando en su *Vida del almirante Cristóbal Colón*: «Recogía cuidadosamente todas las indicaciones que podían suministrarle marineros u otras personas. Hizo de ellas tan buen uso, que adquirió la firme convicción de la posibilidad de alcanzar y descubrir numerosos países al oeste de las islas Canarias.»

Entre los documentos confiscados por los turcos al español, había mapas dibujados por Colón en 1498, es decir, seis años después del descubrimiento de las Antillas. Sin embargo esos mapas presentan de un modo completo los continentes de América del Norte y del Sur, sus ríos, Groenlandia y el Antártico, todos ellos desconocidos en 1498. La distancia entre América del Sur y África aparece indicada con una precisión sorprendente.

El doctor Afetinan, profesor turco, escribe en su libro *El mapa más viejo de América*: «En el capítulo (dedicado por Piri Reis al mar Occidental), encontramos todo lo que se sabía en su época sobre el descubrimiento de América. A propósito de ello, cuenta, fundándose en rumores, que cierto libro del tiempo de Alejandro Magno fue traducido en Europa y que, después de haberlo leído, Colón partió para el descubrimiento de las Antillas con los navíos proporcionados por el Gobierno español. Hoy día, resulta indudable que Piri Reis había tenido en su poder el mapa utilizado por el gran explorador (51).»

Quedan muchas cosas inexplicadas en relación con el mapa de Piri Reis. ¿Quién y cómo trazó este mapa, con los contornos del Antártico Ubres de hielo, en la época de Colón o, quizás, en la de Alejandro Magno? Después de todo, sólo durante el Año Geofísico Internacional se pudo explorar el continente a través de la capa de hielo y levantar su mapa. Groenlandia aparece representada bajo el aspecto de dos o tres islas. Ahora bien, Groenlandia está cubierta por una capa de 1.500 metros de glaciares, y sólo en tiempos muy recientes pudo una expedición polar francesa establecer el hecho de que Groenlandia estaba compuesta de dos islas principales. Arlington H. Mallery, americano considerado como una autoridad en cartografía, pidió a la Oficina Hidrográfica de los Estados Unidos que verificase este enigmático mapa. El comandante Larsen le hizo al instante la declaración siguiente:

«La Oficina Hidrográfica de la Marina ha verificado un antiguo mapa, llamado mapa de Piri Reis, levantado hace más de cinco mil años. Es tan preciso, que sólo un vuelo a escala mundial podría explicarlo. A primera vista, la Oficina Hidrográfica no le concedió crédito; pero ha acabado por comprobar la autenticidad del mapa e, incluso, se ha servido de él para corregir errores existentes en ciertos mapas contemporáneos.»

Según Mallery, el arcaico mapa ha puesto de manifiesto todas las cordilleras del Canadá septentrional, incluidas algunas que no figuraban en los mapas del servicio cartográfico del ejército americano, pero que han sido descubiertas después.

La longitud indicada en el mapa es exacta, cosa por completo sorprendente, ya que sólo hace doscientos años que hemos aprendido a calcularla. Mallery llegó a exclamar: «¡No sabemos cómo pudieron levantar este mapa con tal precisión sin utilizar un avión!» Este mapa demuestra la existencia de la ciencia en una época lejana considerada carente de ella en absoluto. ¿Entró Alejandro Magno en posesión de papiros conservados en el templo de Sais, en Egipto? Aquellos sacerdotes estaban, ciertamente, informados sobre América, pues, según Platón, dijeron a Solón que el Atlántico «era un verdadero mar y que las tierras circundantes podían ser designadas como un continente».

Hay otro hecho, no poco sorprendente, que puede servir de argumento en favor de los antiquísimos orígenes del mapa de Piri Reis, supuestamente utilizado por Cristóbal Colón. Los satélites espaciales nos han permitido establecer que nuestro planeta tiene una forma que recuerda en cierto modo la de una pera. Ahora bien, existe una carta de Cristóbal Colón en la que afirma que la Tierra está formada «como una pera». Hace veinte años, nosotros lo ignorábamos. ¿Cómo pudo saberlo Cristóbal Colón?

Un matemático y astrónomo del siglo xirr, oriundo del Azerbaijón, Nasireddin Tusi, sabía también, doscientos veinte años antes de Colón, algunas cosas sobre la existencia de América. G. D. Mamedbeily, de la Academia de Ciencias del Azerbaijón, ha descubierto recientemente que el mencionado sabio citaba en sus obras, escritas hace siete siglos, el país de «Dzhezair Haldat» («Islas eternas»), cuyas coordenadas geográficas corresponden exactamente a los contornos orientales de América del Sur. Al igual que el enigmático mapa de Piri Reis, el autor del manuscrito de Nasireddin Tusi debió de beber sus conocimientos en la ciencia arcaica. El astrónomo árabe Abul Wefa (939-998 de nuestra Era) descubrió en el movimiento de la Luna irregularidades conocidas con el nombre de «variaciones». Esa desviación de la Luna de su camino regular se debe a la diferencia de la atracción solar en puntos distintos de la órbita lunar. Naturalmente, es imposible observar tal fenómeno sin un buen cronómetro y sin instrumentos de precisión que difícilmente disponía el astrónomo de Bagdad en el siglo x.

Sólo siete siglos más tarde estuvo Tycho Brahe en condiciones de anunciar su descubrimiento de

la «variación de la Luna», y es a él a quien los astrónomos atribuyen el mérito del descubrimiento. No obstante, algunos astrónomos se han referido ya a los tratados del sabio árabe, que parece haber estado informado sobre este punto mucho tiempo antes que Tycho Brahe. Otros afirman que es imposible que Abul Wefa hubiera hecho este descubrimiento. ¿Cómo es posible que los sabios antiguos hayan estado mejor informados de lo que se cree sobre ciertas cosas? El misterio se aclararía si admitiéramos la existencia de conocimientos tradicionales. Esta ciencia secreta debió de ser importada a Europa desde Egipto, la India, Grecia y otros lugares encubierta bajo símbolos alquímicos, astrológicos y rosacrucenses para escapar a las persecuciones de una Inquisición omnipotente.

No es imposible que ciertas fraternidades secretas pudieran conservar los libros de la Biblioteca de Alejandría. Quizá se explicara así el descubrimiento por Abul Wefa de la «variación de la Luna».

En sus *Viajes de Guttiver*, aparecidos en 1726, Jonathan Swift nos describe las dos lunas de Marte. Las llama «estrellas de pequeña magnitud o satélites». Escribe que la más próxima al planeta describe su órbita alrededor de Marte en diez horas, y la más alejada, en 21 horas y media.

El astrónomo americano Asaph Hall descubrió los dos satélites en marzo de 1877, es decir, 150 años después de la aparición del libro de Swift. A partir de entonces, los dos satélites de Marte recibieron los nombres de Fobos y Deimos. Fobos, el satélite interior, realiza su rotación en torno al planeta madre en 7 horas y 39 minutos, y Deimos, el satélite exterior, en 30 horas y 18 minutos. Aunque las cifras de Swift no coincidan exactamente con los verdaderos períodos de rotación de los dos satélites de Marte, se les aproximan bastante. Leemos en los *Viajes de Gulliver* que el satélite interior hoy denominado Fobos, describe su órbita en torno a Marte a una distancia de tres veces el diámetro del planeta, es decir, 20.274 kilómetros. Siempre según Swift, el satélite exterior, llamado Deimos, describe su rotación alrededor del planeta a una distancia de cinco diámetros del centro de Marte, o sea, 33.799 kilómetros. El autor de *Viajes de Gulliver* comete un cierto error en sus cifras, ya que las distancias reales entre los satélites y el centro de Marte ascienden a 9.376,250 kilómetros para Fobos y a 23.460,500 para Deimos.

Excepto estas inexactitudes, la similitud entre los satélites hipotéticos de Jonathan Swift y los satélites reales es demasiado grande para que se deba a una simple coincidencia. ¿Tuvo acceso Swift a algunos raros manuscritos de la Antigüedad?

El manuscrito llamado *Voynich*, cuya antigüedad se estima en 450 años, está considerado como el documento más misterioso de nuestro mundo. En 1962, fue puesto a la venta en Nueva York por la suma de 160.000 dólares (52).

Esta reliquia fue descubierta en 1912 en un castillo próximo a Roma por Wilford W. Voynich, anticuario de Nueva York. A juzgar por la escritura, el estilo de los dibujos, el tipo de vitela y de la tinta, el manuscrito debió de ser redactado hacia el año 1500 de nuestra Era. El texto está cifrado y provisto de ilustraciones de plantas* de símbolos y de figuras al estilo de los antiguos diagramas alquímicos y herméticos. Constaba de 272 páginas, de las que faltan 26. En la última página, hay una inscripción en latín: «Tú me has abierto numerosas puertas.» En las curiosas ilustraciones, se ven dibujos que parecen representar cruces de hojas y de raíces. Algunas de ellas han sido identificadas como pertenecientes a especies europeas. Pero estos dibujos no habrían podido ser realizados sin la ayuda de un microscopio, instrumento inexistente en 1500. Este viejo libro contiene también una ilustración que podría ser tomada por la galaxia espiral de Andrómeda, visible solamente con un telescopio.

Expertos en descifrado que en tiempo de guerra habían conseguido interpretar las claves, tan

complejas, no obstante, de Japón y Alemania, no pudieron hacer lo mismo con el manuscrito *Voynich*. Este misterio científico puede ser clasificado en la misma categoría que el mapa de Piri Reis, el descubrimiento de las variaciones lunares de Abul Wefa y los satélites marcianos de Jonathan Swift. Todos ellos podrían formar parte de los tesoros de la ciencia prehistórica. Esta idea de una alta cultura de la que derivaría nuestra civilización posdiluviana puede perfectamente entrar en los límites del razonamiento científico.

El profesor Frederick Soddy, uno de los fundadores de la física nuclear, se pregunta, al hablar de las tradiciones de la Antigüedad, si éstas «no indicarán la existencia de una civilización antigua, totalmente desconocida, e incluso insospechada, todas las demás huellas de la cual hayan desaparecido (17)». Nuestra ciencia no puede ser comparada a un manantial que brota lleno de frescor de una árida roca. Hace pensar, más bien, en un largo torrente alimentado por lejanos arroyos. La mayor parte de nuestros conocimientos proviene de un pasado olvidado.

AERONAVES Y ASTRONAVES DE LA ANTIGÜEDAD

Es perfectamente lícito suponer que la mayoría de las leyendas referentes a las naves del espacio de la Antigüedad constituyen los ecos de una antigua civilización que conocía la aviación y la astronáutica. Pese a la enérgica oposición que la mayor parte de los sabios manifiestan hacia la teoría de una avanzada tecnología existente en un remoto pasado, pueden citarse numerosos hechos en apoyo de esta hipótesis.

El Ramayana hindú contiene detalladas descripciones de un *vimana*, o avión. Estaba propulsado por un líquido blanco amarillento. El *vimana* era de considerables dimensiones: de dos pisos, con ventanas y una cúpula con pináculo. Este avión de la Antigüedad podía volar, según la habilidad del conductor, con «la rapidez del viento» y produciendo un melodioso sonido. Su manejo exigía mucha inteligencia. El «avión» podía atravesar el cielo, o detenerse y permanecer inmóvil en el aire.

Los *vimanas* se guardaban en hangares llamados *vimana griha*. Según los testimonios de la Antigüedad, el *vimana* volaba por encima de las nubes, y a esa altura «el océano parecía un pequeño estanque». El aviador veía «las tierras bañadas por el océano y las desembocaduras de los ríos en el mar» (49).

Los aviones arcaicos eran utilizados para la guerra por los reyes, y para el deporte por personas importantes que buscaban su placer. ¿Nos es lícito creer que detalles tan precisos provienen de simple fantasía?

En China, el emperador Chun, que reinó hace 4.200 años, había construido una carroza voladora. No es solamente el primer piloto que menciona la Historia, sino también el primer paracaidista (44).

En un poema titulado *Li Sao*, Chu Yuan (340-278 a. de JC.) describe un viaje a través de los aires. Estaba arrodillado ante la tumba del emperador Chun, cuando hizo su aparición una carroza de jade tirada por cuatro dragones. Chu Yuan subió al aparato y voló a gran altura a través de China en dirección a la cordillera de Kun Lun. Durante este viaje a través de los aires, pudo observar la tierra sin ser molestado por los vientos ni por el polvo del desierto de Gobi; aterrizó sin tropiezos y, en otra ocasión, sobrevoló las montañas Kun Lun (53).

El emperador Cheng Tang (1766 a. de JC), fundador de la dinastía Chang, dio a Ki Kung Chi la orden de construir una carroza voladora. Este ingeniero de la Antigüedad obedeció y sometió su aparato a una prueba volando hasta la provincia de Ho-Nan. No obstante, el aparato fue destruido por orden imperial, a fin de que el secreto del mecanismo no pudiera caer en manos inadecuadas (44).

Las máquinas voladoras de la antigua China eran o bien el producto de una experimentación científica, o bien la supervivencia de una invención originaria de una raza anterior al Diluvio. Como en aquella época los chinos carecían de tecnología, debe aceptarse la segunda de estas dos hipótesis.

El vuelo de Chu Yuan sobre el Kun Lun nos indica quizá el origen de estos conocimientos técnicos de la China antigua. La imponente cordillera del Kun Lun está considerada por los chinos como la morada «de los dioses».

Estos «aviones» se hallaban tradicionalmente reservados a los emperadores y sabios taoístas, que se suponía actuaban como intermediarios entre los «genios de las montañas» y el común de los mortales.

Una prueba indirecta de nuestra teoría, según la cual la aviación era conocida en la Antigüedad, nos viene dada por la presencia de la expresión «carroza voladora» en el vocabulario chino. Cuando, a comienzos de nuestro siglo, hizo su aparición el avión, los chinos no se vieron obligados, como nosotros, a inventar una palabra nueva: les bastó con emplear la antigua: *fei chi* (carroza voladora).

En el segundo año del reinado del emperador Yao (2346 antes de JC.) hizo su aparición un hombre extraño. Se llamaba Chi Chiang Tzu-yu. Era un arquero tan hábil, que el emperador le confirió el título de «arquero divino» y le nombró «mecánico jefe».

Según los anales de China, subió sobre un pájaro celeste. Cuando fue «llevado al centro de un inmenso horizonte», advirtió que no podía observar el movimiento de rotación del Sol. Nuestros astronautas que atraviesan el espacio dirigiéndose desde la Tierra hacia la Luna o el planeta Marte son también incapaces de ver la salida o la puesta del Sol. El antiguo texto que nos habla del vuelo del «mecánico jefe», ¿no indica que el hombre podía atravesar el espacio interplanetario hace miles de años?

El gran pensador chino Chuang Tzu describió en el siglo m antes de nuestra Era una obra titulada *Viaje hacia el infinito*. Cuenta en ella cómo ascendió en el espacio hasta una distancia de 52.300 kilómetros de la Tierra sobre el lomo de un pájaro fabuloso de dimensiones enormes (54). Según las creencias taoístas, los «chen jen», u hombres perfectos, son capaces de volar a través de los aires en alas del viento. Atraviesan las nubes desde un mundo a otro y viven en las estrellas (55). Teng Mu, erudito de la dinastía Sung, ha hablado de «otros cielos y otras tierras». Ma Tse Jan, físico eminente de la vieja China, fue transportado vivo al cielo después de haber dominado la filosofía del Tao.

En el curso de sus expediciones a través del Tibet y de Mongolia, el profesor Nicolás Roerich ha leído en libros budistas pasajes referentes a «serpientes de hierro que devoran el espacio con fuego y humo», así como otros que hablan de «habitantes de estrellas lejanas (20)». En la revista soviética *Neman* (núm. 12, 1966), Viacheslav Zaitsev describe extraños discos de piedra descubiertos en el distrito de Baian-Kara-Ula, en la frontera entre China y el Tibet. Tienen agujeros en el centro, exactamente igual que los discos de gramófono. Una doble ranura con inscripciones en jeroglíficos corre en espiral desde el centro hacia el borde de estos discos. El profesor Sum-Um-Nui, con la ayuda de cuatro de sus colegas, ha descifrado las inscripciones grabadas en esos surcos. Pero su descubrimiento pareció tan sensacional que la Academia de Prehistoria de Pekín rechazó al principio la publicación de los textos. Sólo cuando, finalmente, se obtuvo la autorización, pudieron los sabios chinos publicar un libro bajo el título, compuesto para intrigar a los lectores: *Discos jeroglíficos revelan la existencia de naves espaciales hace doce mil años*.

Un análisis efectuado en Moscú de varias partículas de la piedra de los discos había dado resultados sorprendentes: contenía una gran cantidad de cobalto y de varios otros metales.

Sometidos al examen de un oscilógrafo, los discos manifestaban una frecuencia particular, como si hubieran sido cargados de electricidad hacía miles de años.

Los grabados existentes en estos discos de Baian-Kara-Ula representan el Sol, la Luna y las estrellas, así como varios puntos extraños deslizándose del cielo hacia la Tierra.

Chin Pe Lao, de la Universidad de Pekín, ha descubierto, a su vez, curiosos dibujos en las montañas de Ho-Nan y en una isla del lago Tungting. Realizadas hace unos 47.000 años, estas ilustraciones sobre granito representan gentes con grandes trompas y navios del espacio de forma cilíndrica. Resulta ciertamente difícil admitir la existencia de astronaves y de cascos astronáuticos en una época tan remota.

Del estudio de los mitos y los documentos históricos se desprende, en todo caso, que en remotos tiempos debieron de existir realmente hombres que volaban hacia el cielo y visitantes cósmicos que descendían sobre la Tierra.

A cada uno de nosotros corresponde decidir si estos visitantes del espacio venían de otro planeta o de una colonia atlante escondida en un lugar secreto y alejado de nuestro globo terráqueo. Pero no habría contradicción entre las dos versiones si admitiéramos, sobre la base de los datos disponibles, que la Atlántida mantenía contactos con las civilizaciones de otros planetas. En un artículo titulado «Sobre las huellas de las leyendas», U. Katchev subraya en la revista soviética *Smena* cuán útil es dar pruebas de imaginación en el campo de la ciencia. Transcribimos de dicho artículo el extracto siguiente, que demuestra hasta qué punto coinciden estas ideas con las que inspiran el presente libro:

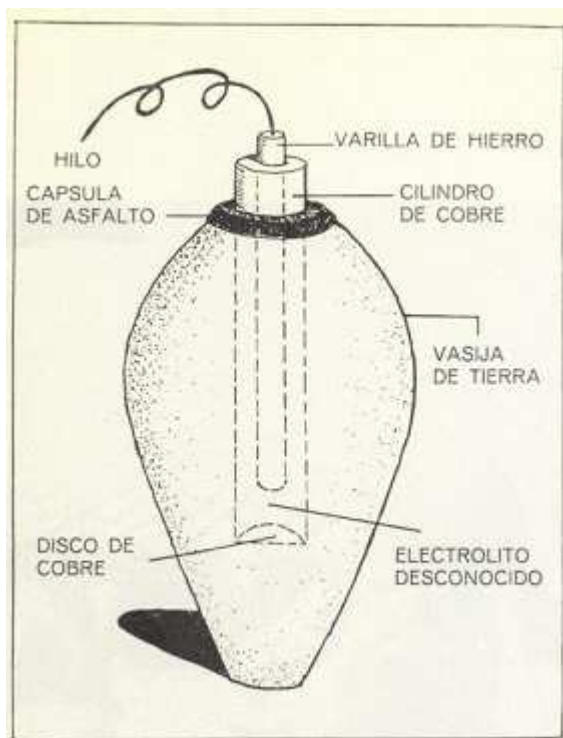
«La Tierra fue visitada por una expedición de cosmonautas. La nave del espacio aterrizó sobre el continente de la Atlántida. Según todas las apariencias, la Tierra no era su base principal, pues en tal caso su estancia habría dejado huellas más definidas. Los astronautas debían de poseer unos conocimientos tecnológicos tales que podían construir satélites volantes en las condiciones especiales de su vida; utilizándolos como bases, iban a alcanzar la Tierra y otros planetas en «plañe-toplanos». Según toda probabilidad, sólo dieron a conocer a los atlantes unas pocas facetas de su civilización, ninguna de las cuales podía ser empleada para someter a esclavitud a los pueblos vecinos, lo que habría sido contrario a sus sentimientos, intensamente humanos. Todas las probabilidades indican que estas facetas eran la pintura, la escultura, la arquitectura, las matemáticas y la astronomía. Quizá visitaron la Tierra en varias ocasiones, y el folklore ha debido de guardar el recuerdo de ellas en sus descripciones de descensos de dioses sobre la Tierra. Los atlantes crearon el primer Estado de la Historia de la Humanidad. Su continente fue devorado por las aguas hace 11.500 años. La sede principal de la civilización desapareció. Gradualmente, los hombres perdieron los conocimientos adquiridos, y los vestigios de la antigua ciencia sólo ocasionalmente habían de aparecer en la superficie (56).»

Sirviéndose de cálculos matemáticos, el doctor Cari Sagan, astrofísico americano de primera fila, ha llegado a interesantes conclusiones. Sugiere que, si cada civilización avanzada de nuestra galaxia despachara una nave espacial una vez al año (según nuestra evaluación del tiempo) en dirección a las estrellas vecinas, el intervalo entre las visitas cósmicas se cifraría en unos 5.500 años. Conforme a los calados del doctor Sagan, los exploradores llegados de otros sistemas solares deberían bien pronto sobrevolarnos en el curso de sus giras de inspección regular. Al aterrizar, los cosmonautas se verían grandemente sorprendidos por los progresos alcanzados por la Humanidad desde el reinado de la primera dinastía del antiguo Egipto. Dicho sea de paso, la tradición de los aztecas habla de una promesa hecha por «los hijos del cielo» de regresar al cabo de seis mil años, es decir, en nuestra época histórica (57). El doctor Sagan está convencido de que «la Tierra pudo ser visitada numerosas veces por

representantes de diversas civilizaciones galácticas durante períodos geológicos, y en modo alguno cabría descartar que existieran aún vestigios de tales visitas (58)». El sabio americano recomienda no rechazar a la ligera los mitos antiguos que nos hablan de la aparición de visitantes del espacio, designados por los documentos y por el folklore como «dioses» o «ángeles».



Once dedos y tres palabras cantadas al unísono consiguen levantar esta masa de 55 kilos de granito. ¿Se trata de un fenómeno de ingravidez? (Foto publicada en *Illustrated weekly of India*, Bombay.)



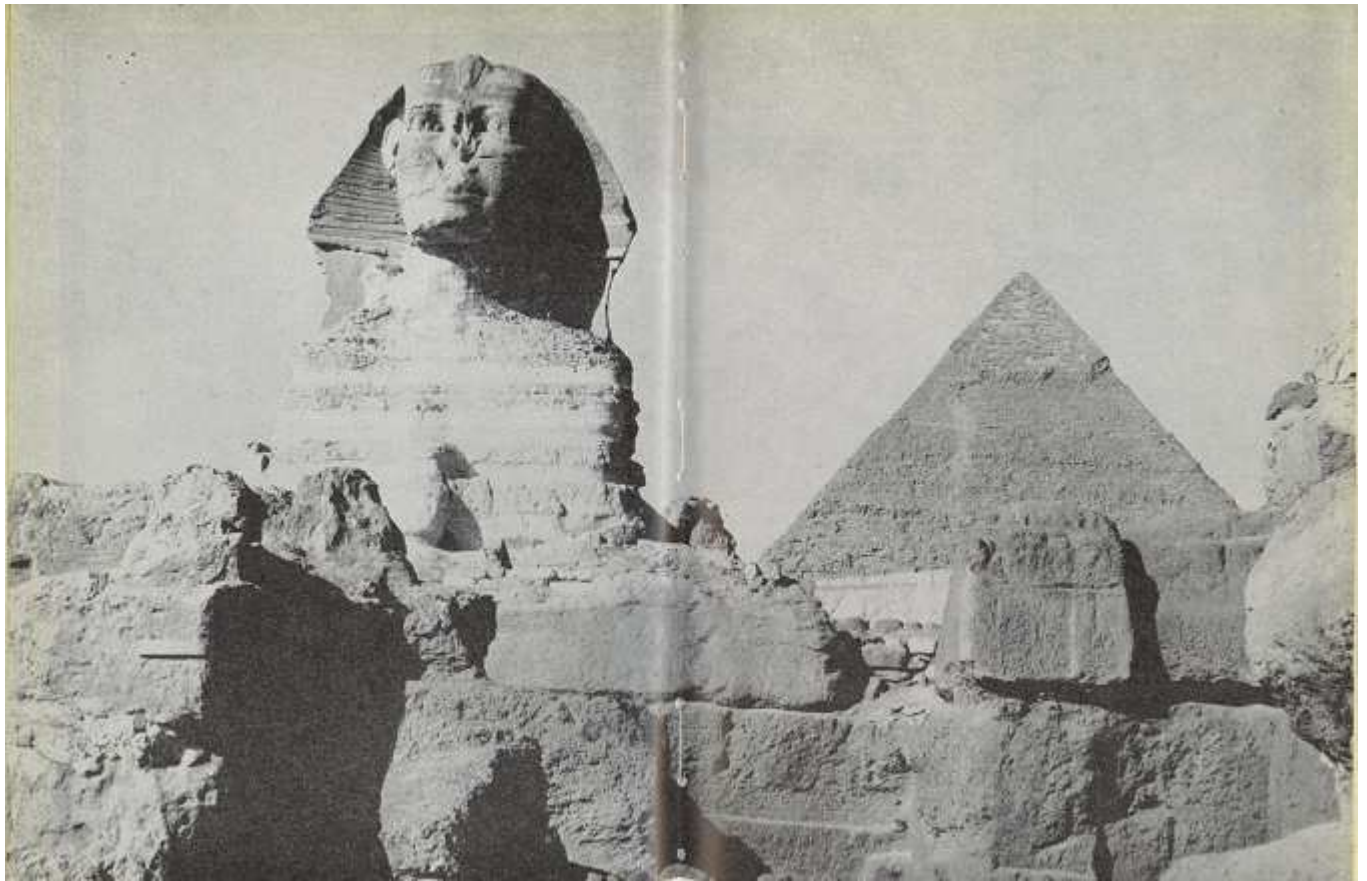
Esta batería eléctrica ideada en Babilonia hace dos mil años, demuestra que en la Antigüedad se conocía ya la electricidad. *(Croquis del autor.)*



Fragmento de una reconstitución mecánica del sistema solar. (Grecia, 65 a. de C.) *(Foto, Museo Nacional de Arqueología de Grecia.)*



El mapa más antiguo de América (1520). llamado de Piri Reis. muestra zonas del Antartico libres de hielos, en parte desconocidas hasta 1957. (Foto, **So-ciété turque d'Histoire*», clisé Robert Laffont.)



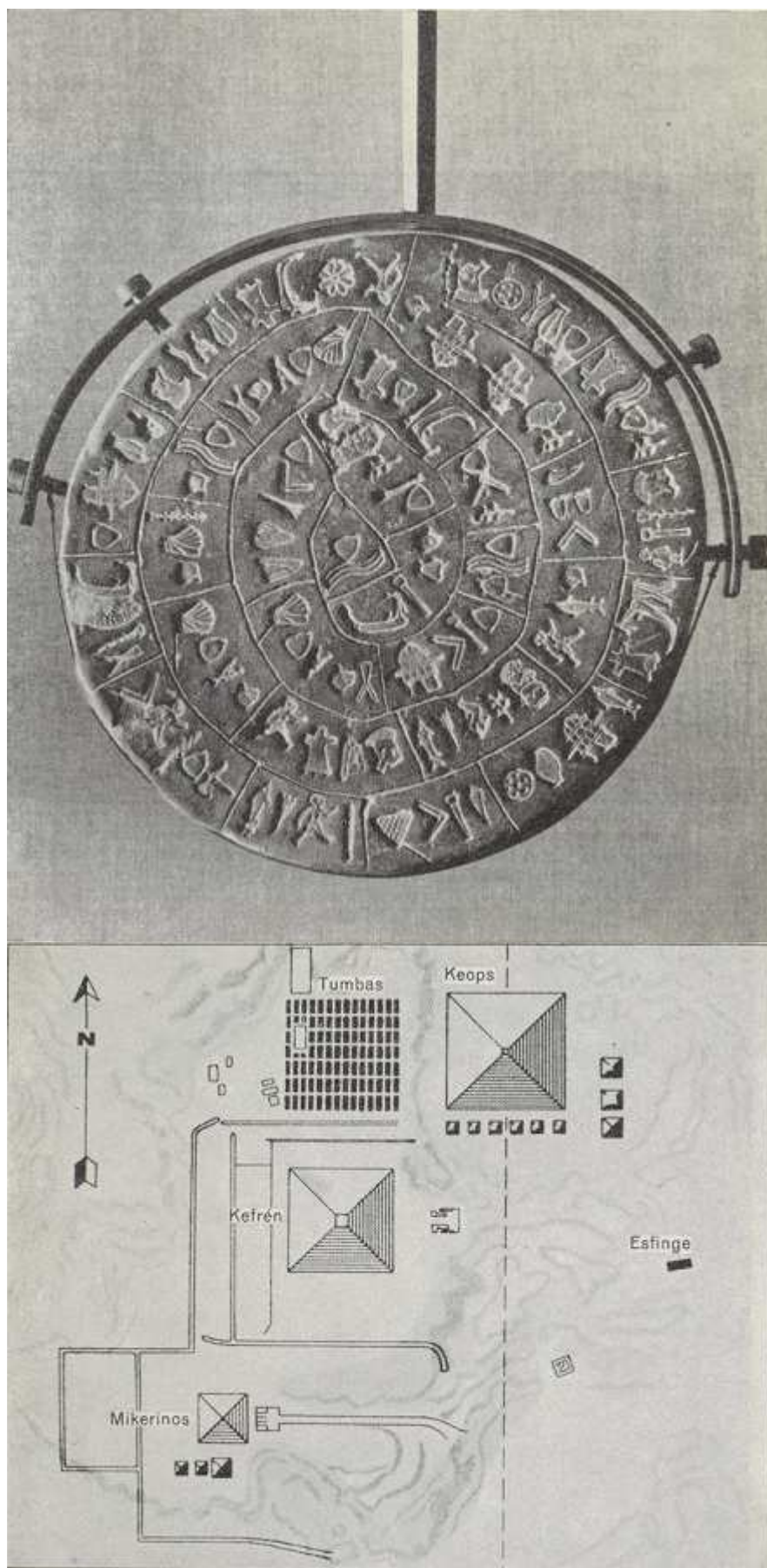
Esfinge y la pirámide Kefrén. Tanto Amiano Marcelino, historiador romano, como Ibn Abd Hokm, sabio árabe del siglo IX, afirman la existencia de tesoros procedentes de la época antediluviana, sepultados en el subsuelo de Gizeh. (Foto, M. Hétier.)



En el folklore chino existen numerosos relatos sobre la aviación en la Prehistoria. (En *China reconstructs*, Pekín, agosto de 1961.)



Ki-Kung-Chi experimentó con éxito su «carroza volante» en el año 1766 antes de nuestra Era. Este disco de cerámica con jeroglíficos jamás descifrados fue descubierto en Faistos, Creta, al lado de una tablilla minoica, por lo que se le atribuyó la misma antigüedad (3 700 años). El material de este disco es, sin embargo, una arcilla imposible de encontrar en Creta, lo que permite pensar que este objeto podría datar de una civilización desaparecida aún más antigua. *(Foto Hassia.)*



La clave del enigma relativo al emplazamiento del tesoro antediluviano sepultado bajo Gizeh reside quizás en la orientación de la Esfinje y las pirámides, o en sus proporciones geométricas.
(Colección del autor.)

En la actualidad, la reacción de un hombre o una mujer ignorantes que, habitando en una región aislada del mundo, no hubieran visto jamás un automóvil o un avión, sería aproximadamente la misma que la de nuestros antiguos ante la aparición de un extraño aparato. Hace una veintena de años, se procedió a desmontar un jeep, cuyas piezas fueron transportadas luego a través del desfiladero de Rohtang, en el Himalaya, a cuatro mil metros de altura y vueltas a montar seguidamente en el lado de Lahoul. Cuando el jeep descendió al valle, los indígenas, sorprendidos por la aparición de un vehículo de propulsión mecánica como nunca hasta entonces habían visto, salieron todos para venerar aquella manifestación de un poder sobrenatural. Cuando, en 1948, aterrizó en Ladakh por primera vez un avión, la reacción de los tibetanos ante aquel monstruo volador fue más divertida aún: llevaron heno para alimentarlo. Interrogado sobre la probabilidad de contactos interplanetarios, K. E. Siolkovski, pionero de la astronáutica rusa, no ha vacilado en responder que la aparición de cosmonautas llegados de otros planetas pudo muy bien producirse en el pasado y se producirá ciertamente en el futuro (59). Cuando, en 1930, se formuló la misma pregunta a otro sabio soviético, el profesor N. A. Rinin, éste respondió que «si se compulsan los relatos y leyendas de la Antigüedad, no se puede por menos de sentirse sorprendido ante las extrañas coincidencias existentes entre las leyendas que circulan por países separados unos de otros por océanos y desiertos. Tales coincidencias incluyen los relatos relativos a la aparición sobre la Tierra, en tiempos inmemoriales, de habitantes de otros mundos. ¿Por qué no admitir que en el fondo de esas leyendas existe un grano de verdad? (59)».

Ahora bien, si seres procedentes de otros planetas nos han visitado en una época olvidada, resulta claro que frutos y granos desconocidos en la Tierra pudieron ser traídos a ella por «dioses» llegados de otros *lokas* o mundos, como afirman los libros de los brahmanes. El problema de contactos cósmicos en el pasado, quizá en la época atlante, ha sido estudiado por los hombres de ciencia. Merece ciertamente una seria consideración en nuestra época, cuando también nosotros nos disponemos a explorar otros planetas.

Por detrás de las fábulas legendarias, podemos discernir vagamente la existencia de una época remota durante la cual una raza desaparecida pudo alcanzar un alto nivel de nociones tecnológicas.

CAVERNAS DE TESOROS ANTERIORES AL DILUVIO *MUSEOS ARCAICOS*

Recordemos las palabras dichas a Solón, el legislador griego, por el egipcio Sonchis, sacerdote de Sais:

«Todos vosotros tenéis almas jóvenes; no tenéis ninguna vieja tradición, ninguna creencia ni conocimiento consagrados por la edad. Y la razón de ello es la siguiente: numerosas han sido las destrucciones infligidas a la Humanidad, y numerosas lo serán todavía.»

Se deduce de estas frases que los egipcios disponían de archivos que se remontaban a millares de años. En otro caso, le habría sido imposible a este sacerdote transmitir a Solón la historia de la Atlántida de una manera precisa.

Se puede, naturalmente, considerar la Atlántida como un mito entre tantos otros. Pero, si, después de los descubrimientos de Schliemann, la antigua leyenda griega de Troya ha pasado a ser un hecho histórico, ¿no debería concederse más crédito aún al folklore y a las obras históricas del mundo clásico?

Cicerón (106-43 a. de JC.) escribe en su obra *De divinación* que los sacerdotes de Babilonia «afirman haber conservado sobre monumentos observaciones que se remontan hasta a 470.000

años». Debemos agradecer al romano que haya recogido esta información y perdonarle sus sarcasmos.

Hace dos mil años, Estrabón mencionaba a los iberos, que «conociendo la escritura, han compuesto obras dedicadas a la historia de su raza, poemas y leyes escritas en verso, de una antigüedad, según afirman, de seis mil años».

Diógenes Laercio escribía en el siglo m de nuestra Era que los antiguos egipcios habían registrado 373 eclipses solares y 832 eclipses lunares. Teniendo en cuenta la periodicidad de los eclipses, puede estimarse que sus observaciones se extendían a lo largo de unos diez mil años. El canto épico de Gilgamés, de cuatro mil años de antigüedad, cuenta que ese soberano «era sabio, veía misterios, conocía cosas secretas y nos ha legado un relato de los días que precedieron al Diluvio. Partió para un largo viaje, regresó cansado, agotado por su trabajo, e hizo grabar sobre una piedra toda esta historia».

Las pirámides de Babilonia, o zigurats, eran torres alineadas dotadas de un significado religioso y astronómico, ¿No estaban construidas encima o en la proximidad de cuevas secretas que albergaban los recuerdos de la Humanidad extendidos a lo largo de un muy dilatado período, como pretendían los sacerdotes babilonios?

Si abandonamos a los babilonios y nos dirigimos a Egipto, vemos surgir ante nosotros al sacerdote Manetón, guardián de los archivos sagrados del templo de Heliópolis. Se considera que este hombre, que vivió en el siglo m antes de nuestra Era, copió su relato del pasado de las columnas que se elevaban en los templos secretos y subterráneos próximos a Tebas.

Eusebio (265-340 de nuestra Era) dice en sus escritos que Manetón había estudiado la historia según las inscripciones sobre columnas hechas por Thot (Hermes). Después del Diluvio, estos textos fueron traducidos y transcritos en rollos por Agatodemón, segundo hijo de Hermes, y depositados seguidamente en los sótanos de templos desconocidos.

La tradición histórica de la Antigüedad afirma que esos enormes depósitos subterráneos habían sido construidos por orden de los sabios de la Atlántida, que preveían la proximidad de un cataclismo mundial.

El historiador bizantino Jorge de Syncelle (muerto en 806 después de JC.) habla también de crónicas que los egipcios habían conservado durante 36.525 años.

Proclo (412-489 de nuestra Era) escribe que Platón visitó Egipto y sostuvo en Sais conversaciones con el sumo sacerdote Pateneit, en Heliópolis, con el sacerdote Ochlapi, y en Sebenito con el hierofante Etimón. Es muy posible que, durante su estancia en Egipto, Platón recibiera informaciones de primera mano sobre la Atlántida.

Crantor (300 a. de JC.) afirma que había en Egipto, en lugares secretos, ciertas columnas sobre las que figuraba grabada en jeroglíficos la historia de la Atlántida y que habían sido mostradas a varios griegos.

En su descripción de las pirámides, Amiano Marcelino, historiador romano (330-400 de nuestra Era), añade su testimonio para hacernos admitir la existencia real de las cuevas en que los egipcios ocultaban sus crónicas:

«Existen también pasajes subterráneos y refugios en espiral que, según se nos dice, hombres conocedores de los antiguos misterios y previendo por ello la venida de un Diluvio construyeron en diferentes lugares a fin de que no se perdiera la memoria de todas sus ceremonias sagradas.»

Los escritos de los antiguos no nos dicen nada acerca del lugar exacto en que se encontraban esos escondrijos. Manetón conoció la historia en uno de ellos. Solón, que, de un modo indirecto, dio a conocer a Platón la leyenda de la Atlántida, probablemente fue admitido también por sus huéspedes egipcios en uno de esos depósitos secretos.

Hace 2.500 años le fueron mostradas a Heródoto 345 estatuas de sumos sacerdotes egipcios que se habían sucedido durante 11.340 años. Heródoto escribe también que Osiris hizo su aparición 15.000 años antes que Amasis, que reinó entre 570 y 526 a. de JC. Y añade: «Afirman tener absoluta certeza respecto a estas fechas, pues siempre han anotado cuidadosamente por escrito el paso del tiempo.»

¿Es la pirámide de Kufu un monumento que señala el emplazamiento de un tesoro secreto de la civilización atlante y que fue construido antes del Diluvio? Puede que, a primera vista, la pregunta parezca ridícula, pero Manetón afirma que esa pirámide no fue construida por los egipcios. Cuando Heródoto visitó Egipto en el año 455 a. de JC, se hallaba en condiciones de establecer de un modo definitivo que esa construcción megalítica no contenía nada que se asemejara en lo más mínimo a unos despojos mortales.

En el terreno de la especulación, no se debería rechazar la teoría de la existencia de cámaras secretas en el interior de las pirámides y de la Esfinge. Aplicando la teoría a la práctica es como se realizan los descubrimientos.

Pero, ¿qué se debe hacer para buscar esos depósitos secretos y para encontrarlos? Si no se hallan en el interior de las pirámides, podría determinarse su posición y su profundidad subterránea cuando se descubriera algún modelo geométrico en la disposición de la Esfinge y de las pirámides. El mensaje secreto podría estar oculto en las proporciones matemáticas de las estructuras. Por otra parte, podría existir una clave astronómica del enigma. Se deberían analizar cuidadosamente todos los datos relativos a las cuevas secretas que existen en los documentos clásicos, a fin de obtener, si ello es posible, una indicación del emplazamiento. Habría que utilizar un equipo de científicos para resolver este misterio de la Antigüedad,

Los sondeos emprendidos por sabios americanos y árabes en las pirámides representan un paso en la buena dirección. Los investigadores han utilizado aparatos electrónicos muy sensibles llamados «cámaras de chispas» para medir el flujo de rayos cósmicos que, procedente del exterior, atraviesa las pirámides. Puesto que los rayos cósmicos golpean uniformemente a las pirámides desde todas direcciones, un vacío en la masa de piedra sobre las «cámaras de chispas» dejaría pasar más rayos que las partes sólidas de la pirámide. Esto produciría sombras en la imagen, y, empleando contadores en posiciones diferentes, se podría determinar el emplazamiento exacto de la cueva.

Si las «cápsulas del tiempo» heredadas de la Atlántida estuvieran profundamente enterradas bajo las pirámides, su detección exigiría una técnica distinta. La antigua tradición nos habla de paredes movedizas, de puertas secretas, de relámpagos de luz en las profundidades de los pasadizos existentes en el interior de las pirámides. Un generador alimentado por una potencia ilimitada podría producir fenómenos semejantes. Podría descubrirse su presencia mediante el uso de contadores Geiger o de otros aparatos sensibles a la perturbación de un campo magnético.

Como le escribí al doctor L. W. Alvarez, de la Universidad de California, padre del proyecto egipcio de exploración de las pirámides, un amplio sondeo de este tipo podría tener la importancia de la primera bomba atómica o del primer Sputnik si se consiguiera descubrir estas cavernas prehistóricas.

El depósito atlante podría contener muestras de la ciencia y la tecnología antediluvianas; máquinas arcaicas serían susceptibles de revelarnos nuevos principios del arte de la ingeniería. Y este regalo que nos llegaría desde un remoto pasado podría cambiar nuestro camino hacia el futuro.

LOS SECRETOS DE LA BIBLIOTECA DE ALEJANDRÍA

Cuando los sacerdotes de Egipto y de Babilonia afirman que sus crónicas tenían una antigüedad de centenares de siglos, ello nos parece una burda exageración. Sin embargo, sabemos que las colecciones del Serapeum y el Brucheum de Alejandría contenían más de medio millón de manuscritos de un valor infinito. El descubrimiento de sólo una parte de esos documentos bastaría, quizá, para hacernos cambiar de golpe nuestras concepciones de la historia antigua. La Biblioteca de Alejandría ha sido designada con justicia como el lugar de nacimiento de la ciencia moderna. Si la civilización europea hubiera tenido la suerte de heredarla en su totalidad, el progreso de la Humanidad se habría visto grandemente acelerado.

La línea de monarcas del antiguo Egipto finaliza con Cleopatra. Última reina del país de los faraones, habría podido muy bien dar la orden de encerrar los archivos y los papiros en cámaras subterráneas.

Según una tradición, ciertos libros sagrados de Egipto fueron escondidos en lugares secretos poco tiempo antes de que los romanos incendiaran Alejandría y sus bibliotecas. Se llega, incluso, a sostener que el lugar en que se encuentran los escondrijos repletos de valiosos manuscritos es conocido de irnos cuantos iniciados de una antigua hermandad (60).

Julio César incendió la flota egipcia frente a Alejandría; como se sabe, el incendio se propagó a la ciudad y destruyó el Brucheum. Diocleciano restauró las bibliotecas, pero, bajo el reinado de Aureliano, el Brucheum fue una vez más destruido por completo. Bajo el reinado de Teodosio, el Serapeum fue saqueado por fanáticos cristianos.

La Historia no nos informa sobre el destino de los libros que fueron robados. Es posible que cierto número de rollos cayera en manos de hombres instruidos que los ocultaran en lugar seguro para beneficio de las generaciones futuras.

La señora H. P. Blavatsky afirma en su libro *Isis sin velo* que un monasterio griego posee un manuscrito muy raro de Theodas, escriba de la célebre Biblioteca de Alejandría. Asegura haber visto en manos de un monje una copia de este documento. Indica que poco tiempo antes de la entrada de Julio César en Egipto se estaban realizando reformas en la Biblioteca y que, previamente, los pergaminos más valiosos habían sido depositados en la casa de uno de los bibliotecarios.

Cuando el incendio provocado por los romanos destruyó los tesoros acumulados en la biblioteca de Cleopatra, se admitió generalmente que los papiros retirados habían arduo también, pero, gracias a los esfuerzos de los bibliotecarios, que contaban con la posibilidad de un desastre en tiempo de guerra, se habrían salvado en gran parte.

El informador de la señora Blavatsky, que poseía una copia del documento extendido por Theodas, le dijo que en el momento oportuno muchas personas podrían tomar conocimiento de este antiguo informe sobre el destino de la Gran Biblioteca.

Les revelaría el lugar en que fueron escondidos los valiosos rollos. Se trataría, siempre según el monje, de millares de libros, especialmente seleccionados y almacenados en Asia. ¿Decía la verdad o inventaba?

CUENTOS ÁRABES

Recogiendo una tradición de los coptos, descendientes de los antiguos egipcios, Masudi (escritor del siglo x) afirma en su manuscrito, conservado en el Museo Británico con el número 9.576, que las pirámides «presentaban inscripciones de una escritura desconocida e ininteligible, hecha por gentes y naciones cuyos nombres y existencia yacen olvidados desde hace tiempo». Debe hacerse notar que los materiales que servían de revestimiento a las pirámides eran empleados en países árabes para sus construcciones, incluso en época relativamente reciente. Heródoto vio las inscripciones de las diversas caras de las pirámides en el siglo v antes de nuestra Era. Ibn Haukal, viajero y escritor árabe del siglo x, afirma que las escrituras sobre los revestimientos de las pirámides eran todavía visibles en su época.

Abd el-Latif (siglo xu) escribe que las inscripciones sobre el exterior de las pirámides podrían llenar diez mil páginas.

Ibn Batuta, otro sabio árabe (siglo xiv), escribe: «Las pirámides fueron construidas por Hermes, a fin de preservar las artes, las ciencias y otras creaciones del espíritu durante el Diluvio.»

El Diccionario de Firazabadi (siglo xiv) declara que las pirámides estaban destinadas a «preservar las artes, las ciencias y los demás conocimientos durante el Diluvio».

El papiro copto del monasterio de Abu Hormeis contiene el pasaje siguiente: «Las pirámides fueron construidas de este modo: sobre los muros estaban inscritos los misterios de la ciencia de la astronomía, de la geometría, de la física y muchos otros conocimientos útiles, legibles para toda persona que conociera nuestra escritura.»

Masudi cuenta otras extrañas historias con respecto a las pirámides. Según él, el rey Surid, que reinó en Egipto tres siglos antes del Diluvio, construyó dos grandes pirámides para sus «cápsulas del tiempo».

Los sacerdotes le habían prevenido de un gran Diluvio seguido de un incendio, que vendría de «la constelación de Leo».

El faraón ordenó inmediatamente construir las pirámides que servirían de depósito para toda clase de tesoros y de objetos milagrosos. Sobre los muros y los techos de las pirámides hizo grabar inscripciones científicas relativas a la astronomía, las matemáticas y la medicina. Masudi llega a describir los autómatas o robots que fueron colocados a la entrada de los tesoros para custodiarlos y para destruir «a todas las personas, excepto aquellas que, por su conducta, fueran dignas de ser admitidas».

Ibn Abd Hokm, historiador árabe del siglo ix, nos ha legado un valioso relato de la construcción de las pirámides. He aquí un fragmento:

«La mayor parte de los cronistas coinciden en atribuir la construcción de las pirámides a Saurid Ibn Sal-huk, rey de Egipto, que vivió tres siglos antes del Diluvio. Sintióse impulsado a ello al ver en un sueño que toda la Tierra, con sus habitantes, se había trastornado, los hombres tumbados de bruces, las estrellas cayendo unas sobre otras con horrible estruendo. En su turbación, no dijo nada de ello a los suyos. Habiéndose despertado con gran miedo, reunió a los principales sacerdotes de todas las provincias de Egipto, 130 en total, cuyo jefe era Aclimón. Cuando les expuso el asunto, midieron la altura de las estrellas y, haciendo su vaticinio, predijeron un Diluvio. El rey preguntó: "¿Alcanzará a nuestro país?" Respondieron: "Sí, y lo destruirá." Pero, como aún faltaba cierto número de años para que acaeciese, ordenó construir,

entretanto, pirámides con cámaras abovedadas. Las llenó de talismanes, de objetos extraños, de riquezas, de tesoros, etcétera. Construyó luego en la pirámide occidental treinta tesoreras repletas de riquezas y utensilios, de adornos hechos de piedras preciosas, de instrumentos de hierro, de modelos de barcos en arcilla, de armas que no se oxidaban y de cristalería que se podía doblar sin romperla.»

El pasaje concerniente a las armas «que no se oxidaban» y «los vasos que se podían doblar» es particularmente significativo. En el siglo ix, nadie podía imaginar materiales tales como el hierro no corrosible o el plástico. No hay duda de que este manuscrito árabe toma su fuente en escritos mucho más antiguos.

En el Museo Británico, los manuscritos Add. 5927 y 7319 redactados por Ebn Abu Hajalah Ahmed Ben Yahya Altelemsa-ni mencionan un pasadizo subterráneo que, partiendo de la Gran Pirámide, llegaba hasta el Nilo. Figura también en ellos un intrigante relato a propósito de un objeto encontrado en la pirámide por unos árabes en el siglo IX.

«En los tiempos de Ahmed Ben Tulun, un grupo de hombres entró en la Gran Pirámide. En una de las cámaras encontraron un vaso de vidrio de color y composición raros; al salir, advirtieron que les faltaba uno de sus compañeros, y, cuando regresaron para buscarle, éste salió en dirección a ellos completamente desnudo y les dijo: "No me sigáis, no me busquéis", y desapareció de nuevo en el interior de la pirámide. Comprendieron que estaba embrujado y se lo contaron todo a Ahmed Ben Tulun, que prohibió entrar en la pirámide, tomó posesión del vaso de vidrio, lo hizo pesar y comprobó que su peso se mantenía idéntico, estuviera lleno o vacío.»

Otro escritor árabe llamado Muterdi cuenta la siguiente historia con motivo de una exploración del pozo de la pirámide de Kufu: «Un grupo llegó a un estrecho pasillo en que había gran número de murciélagos y donde se notaba una violenta corriente de aire. De pronto, los muros se cerraron y separaron a un hombre del resto del grupo, que huyó para salvar la vida. Más tarde, el desaparecido reapareció y habló a sus compañeros en un lenguaje desconocido. Otras versiones afirman que el hombre cayó muerto de repente.»

Sería cómodo arrumbar estos cuentos árabes entre las historias de *Las mil y una noches*. Pero, si fuesen verdaderos, atestiguarían la existencia de «cápsulas del tiempo», legado de una raza muy avanzada tecnológicamente. No debería subestimarse el valor científico de su descubrimiento.

EL ENIGMA DE LA ESFINGE, RESUELTO

Edipo dio una respuesta correcta a la esfinge de Tebas, que le preguntaba: «¿Cuál es el ser que tiene cuatro pies por de mañana, dos a mediodía y tres por la tarde?», respondiendo que se trataba del hombre, que de niño se arrastra en cuatro pies, camina sobre dos cuando es mayor, y en la vejez se apoya en un bastón.

Pero el enigma de la esfinge de Gizeh, colocada junto a las pirámides como un perro guardián, no ha sido resuelto desde la época de los faraones.

Permítaseme evocar aquí un recuerdo personal: hallándome un día ante las pirámides, medité sobre la edad y la finalidad de esta obra maestra de la Antigüedad.

El tipo particular de tocado de la cabeza de la Esfinge guarda relación con las antiguas esculturas de Egipto. La losa de granito existente entre sus patas evoca el recuerdo de una aventura

sucedida al joven príncipe Tutmosis cuando, vencido por el cansancio en el curso de una partida de caza en las proximidades de Gizeh, se acostó al lado de la Esfinge.

Durante el sueño, oyó que la Esfinge le hablaba y que le pedía que retirara la arena de que estaba cubierta su estatua: como recompensa a sus servicios, obtendría el trono de Egipto. Al despertar, Tutmosis se apresuró a hacer retirar la arena y construir un muro en torno a la Esfinge para protegerla contralas dunas. Poco después, se convirtió en el faraón Tutmosis IV (1682-1673 a. de JC).

El interés de esta historia radica en el hecho de que la Esfinge estaba recubierta de arena, de arriba abajo, hace 37 siglos. Ello indica que el Hombre-León podía envanecerse de un origen muy antiguo, incluso en aquella remota época.

Entre los antiguos egipcios se designaba al monumento con el nombre de «Hu», o protector. Desde aquellos lejanos tiempos, la tradición afirmaba ya que existía bajo la Esfinge una cámara secreta. ¿Era «Hu» el guardián de una cueva antediluviana en que se contenían documentos? ¿Qué mensaje legaba la Esfinge a la Humanidad?

Además del nombre de «protector», la Esfinge llevaba también el de «Hor-em-akhet», u «Horus-en-el-Horizonte». Horas era un dios que vivía en el cielo bajo el aspecto de un halcón; su nombre sugiere una solución al problema que nos ocupa: podría relacionarse con la posición ocupada por el Sol en el horizonte o en el zodíaco. Admitiendo que la Esfinge tenga un sentido astronómico, nos acercamos a una solución del problema.

Tomemos primero en consideración la tradición según la cual el Diluvio devastó el mundo cuando el Sol se levantó bajo el signo de Leo, en el equinoccio de primavera.

El Zodíaco de Dendera, que comienza, curiosamente, con el signo de Leo, registra la entrada en un nuevo ciclo entre 10.950 y 8.800 años antes de Jesucristo.

Un papiro copto, «Abu Hormeis» (traducido al árabe en el siglo ix), precisa del modo siguiente la fecha del cataclismo atlante: «El Diluvio debía tener lugar cuando el corazón de Leo entrara en el primer minuto en la cabeza de Cáncer.» Sabemos, por otra parte, por el sabio Makrizi (siglo xv), que «el fuego debía surgir del signo de Leo y consumir el mundo».

Resulta de estas antiguas fuentes que el signo zodiacal de Leo marcaba el tiempo, en la precesión de los equinoccios, cuando la Atlántida encontró su fin y nació un nuevo ciclo.

Por el *Libro de los Muertos*, sabemos que el movimiento del Sol en el cielo estaba custodiado por dos dioses-leones, o «Akeru», situados a las puertas de la mañana y de la tarde.

Con su cuerpo leonino, la Esfinge es un dios guardián, cuya significación debería buscarse en el ciclo solar: el Gran Año de la precesión de los equinoccios.

El cuerpo leonino de la Esfinge simboliza el ciclo de Leo. Su cabeza es la de un hombre. El zodíaco contiene una sola figura masculina: la del signo de Acuario. Se encuentra exactamente en el lado opuesto al signo de Leo. El mensaje de la Esfinge es, pues: «desde el período de Leo hasta la edad futura de Acuario». ¿Y qué ofrece la Esfinge al ciclo de Acuario que vendrá a abrirse? Una «cápsula del tiempo» escondida en alguna parte bajo la Esfinge y las pirámides.

Heródoto nos habla de un laberinto que se encontraba bajo el lago Meris, cerca de la ciudad de los Cocodrilos. Los egipcios hicieron atravesar al historiador construcciones inmensas, pero no le permitieron ver las salas del subsuelo. Esta prohibición es significativa; ya se trate de depósitos de documentos históricos o de tumbas, es evidente que Egipto poseía depósitos

secretos.

La hermandad que se dice salvó los papiros de la Biblioteca de Alejandría en la época de Cleopatra podría guardar todavía hoy tesoros en el valle del Nilo.

La tradición masónica conserva también en sus ritos el recuerdo de cuevas secretas. Los adeptos del rosacruzismo siempre han creído en la existencia de depósitos secretos en Egipto. De hecho, la leyenda relativa a la apertura de la tumba de Christian Rosenkreuz con su lámpara perpetua y sus manuscritos secretos no corresponde sino al redescubrimiento de una antigua «cápsula del tiempo».

Los señores drusos del Líbano han sido guardianes de su tesoro durante centenares de años. En el Líbano se encuentran las ruinas de Baalbek, construcciones megalíticas cuya finalidad podría haber sido idéntica a la de la Gran Pirámide: señalar el emplazamiento de un museo subterráneo de una raza antediluviana.

Josefo (siglo i) escribe que los hijos de Set «llevaron su atención estudiosa al conocimiento de los cuerpos celestes y de sus configuraciones. Y, a menos que un día se pierda su ciencia por los hombres y perezca todo cuanto han adquirido anteriormente (según la predicción de Adán, al producirse una destrucción universal por la fuerza del fuego o del agua), subsistirán de ellos dos columnas, una de ladrillo, otra de piedra, en cada una de las cuales figurará grabada la inscripción de sus descubrimientos».

Según el historiador judío, estas inscripciones «subsisten todavía hoy en el país de Siria». ¿No constituye ello una seria indicación de huellas antediluvianas conservadas tal vez en Baalbek, antigua tierra siria?

Los enormes fundamentos de la terraza de Baalbek, sobre la que reposan los templos del Sol, de Júpiter y varios otros, son completamente desproporcionados con la extensión de estos edificios. No queda ya gran cosa de las columnatas de los templos, pero la plataforma megalítica en que descansan permanece intacta.

Una parte de esta plataforma, compuesta solamente de tres piedras, tiene una longitud aproximada de cien metros. Algunos de los bloques pesan hasta mil toneladas. La cantera se encuentra a cuatrocientos metros de distancia de la colina. Existe todavía en ella una masa de piedras de 21 metros de longitud, con una base cuadrada de 4'25 metros de lado, abandonada por los gigantes constructores de Baalbek.

¿Cómo pudieron ser extraídos de la cantera unos bloques de tales dimensiones y llevados a lo alto de la colina? Es ésta una pregunta a la que no se ha encontrado respuesta. Los ingenieros contemporáneos, que disponen de grúas enormes, tropezarían con grandes dificultades para realizar el esfuerzo de los constructores prehistóricos de la terraza.

¿Cuál es la finalidad de este ciclópeo fundamento?

Agrest, sabio soviético, ha expuesto a este respecto una idea audaz. ¿No podría admitirse que bajo los colosales bloques de Baalbek estuvieran sepultados tesoros destinados al género humano cuando éste haya alcanzado su madurez? ¿No habrá, bajo estos bloques megalíticos, depósitos secretos dejados por los visitantes del espacio? El doctor M. M. Agrest considera que cuando el hombre haya comprendido el destino de este titánico monumento obtendrá una herencia cultural de quienes descendieron sobre la Tierra hace millares de años (61).

La teoría de este sabio viene en apoyo de nuestra opinión fundamental referente a los antiguos depósitos. La única diferencia estriba en que, según nosotros, los documentos habrían sido dejados por una raza terrestre dotada de un alto grado de progreso y capaz de efectuar desplazamientos a través del espacio.

El astrónomo americano Frank Drake afirma que los visitantes llegados del espacio habrían podido dejar objetos fabricados en el interior de grutas de piedra caliza. Estos recuerdos cósmicos deberían estar cargados de isótopos radiactivos, cuyo origen artificial podría ser fácilmente detectado por nuestros instrumentos. Tales escondites estaban destinados a una futura civilización terrestre suficientemente avanzada. Ha llegado el momento de buscarlos.

BUSQUEMOS EN LAS MONTAÑAS Y EN LOS MARES

No solamente en la cuenca mediterránea existen depósitos secretos de una civilización prehistórica, sino también en otras partes del mundo.

Yo he llegado a pasarme semanas enteras contemplando las nevadas cumbres del Kanchenjunga que se alzan sobre el horizonte. ¿Por qué se llama a este pico del Himalaya los «Cinco Tesoros Sagrados de la Gran Nieve»? ¿No habrá tesoros sepultados bajo esas rocas? Los montañeses de Sikkim y de Buthán rinden homenaje a sus tesoros. Si se ha de dar crédito al folklore tibetano, numerosos objetos preciosos yacen ocultos en lugares inaccesibles de esta montaña, sustraídos durante siglos a la mirada de los hombres.

Nicolás Roerich escribe en *El Himalaya, lugar de luz*, que los contrafuertes de esta cordillera poseen entradas a pasadizos subterráneos que conducen mucho más allá del Kanchenjunga. Según él, se sabría que una puerta obstruida por bloques de piedras conduce a los «Cinco Tesoros de la Gran Nieve», pero que aún no están maduros los tiempos para abrirla.

El mismo Nicolás Roerich nos informa de la existencia en el Himalaya de otros depósitos secretos. Atravesando a una altura de 6.500 metros el desfiladero del Karakorum, oyó decir a uno de los portadores que había grandes tesoros sepultados bajo las nevadas cumbres. Este portador le hizo notar que aun los más ignaros de los indígenas conocían la existencia de esas vastas cavernas en las que, desde los principios del mundo, se albergaban inmensos tesoros.

Quería saber si Roerich conocía libros que informasen sobre el emplazamiento y contenido de tales cámaras subterráneas. El hombre de las montañas se preguntaba por qué los extranjeros, que pretendían saberlo todo, eran incapaces de encontrar el acceso a esos subterráneos; pero añadía que sus puertas se hallaban guardadas por un fuego poderoso que impedía la entrada a ellas (62).

Estas leyendas de «tesoros ocultos» están extendidas por toda Asia. El canto épico del tibetano Ghesar Khan llega hasta predecir el hallazgo de los tesoros de la montaña. Según la señora Blavatsky, la India posee cierto número de depósitos secretos, y algunos yoguis iniciados conocen una red de galerías subterráneas que comienzan en el subsuelo de los templos. A juzgar por estas construcciones, aun en las épocas más remotas de la Antigüedad, debió de alcanzarse un alto nivel tecnológico.

En el curso de sus viajes a través del Tibet, H. P. Blavatsky conversó con peregrinos budistas, según los cuales en una región difícilmente accesible de la cordillera Altyn Tagh existe una red de salas y galerías que cobijan una colección de varios millones de Úbros. Según la señora Blavatsky, el Museo Británico entero sería incapaz de contener todos los tesoros culturales de esta biblioteca subterránea (63).

Conforme a su descripción, se trata de una profunda garganta, en la que una pequeña aglomeración de modestas casas señala el acceso a la librería más grande del mundo. No hay peligro de que unos intrusos puedan apoderarse de los viejos manuscritos. Las entradas están

cuidadosamente escondidas, y las cámaras en que fueron depositados los libros se encuentran sumidas en las profundidades de la tierra. Parece, pues, muy poco probable que el mundo pueda volver a ver jamás este fabuloso tesoro de la civilización. Pero cabe mostrarse más optimista en lo que se refiere a los tesoros de la Atlántida enterrados en Egipto.

Los sabios de Oriente se encuentran en situación de presentarnos extraños documentos que causarán un gran impacto en las opiniones de nuestros historiadores. La señora Blavatsky predice que algunos de esos manuscritos serán revelados próximamente (64).

Es cierto que puede discutirse interminablemente sobre la existencia de tales vestigios de una antigua civilización. Sin embargo, ¿no es significativo que esta existencia, sostenida por el autor, se funde en testimonios de Platón, Cicerón, Ma-netón, Josefo, Proclo, Ibn Al Hokm, Masudi y, en una época más reciente, de Blavatsky y Roerich?

Es posible que no nos encontremos lejos de un gran acontecimiento en la historia mundial: el descubrimiento de las antigüedades atlantes. Oímos susurrar en nuestros oídos las proféticas palabras pronunciadas el siglo pasado por Ignacio Donnelly, pionero de la atlantología en América:

«¿Puede estarse seguro de que, dentro de un siglo, los grandes museos del mundo no se enriquecerán con las gemas, las estatuas, las armas y otros objetos provenientes de la Atlántida, mientras que las bibliotecas del mundo entero entrarán en posesión de traducciones de las inscripciones que figuren en ellos y que proyectarán una nueva luz sobre el pasado de la raza humana y sobre todos los grandes problemas, objeto de preocupación de los pensadores contemporáneos? (65)»

Las «cápsulas del tiempo» podrían igualmente haber sido sepultadas en el suelo de la Atlántida, cuando ésta era aún tierra firme. Dichas cápsulas, herméticamente cerradas, deberían contener un resumen de los resultados obtenidos por los atlantes en el campo de la ciencia y la filosofía. El explorador

que emprendiera su búsqueda debería verse recompensado con el descubrimiento de un tesoro inestimable.

Un eminente escritor soviético, Boris Liapunov, a quien el autor de este libro debe muchas y valiosas informaciones, tiene ideas muy claras sobre la Atlántida. En su libro *El Océano está ante nosotros*, escribe:

«¿Quién se halla en situación de dar una solución definitiva al problema de la Atlántida, negando o proclamando su existencia? Si se dirige a los geólogos y a los arqueólogos, éstos buscarán la respuesta en las profundidades del Océano, pero, ¿en qué lugar exactamente? Las opiniones están divididas. El nombre de Atlántida sugiere el océano Atlántico: el Océano es vasto. Sólo una exploración del relieve del fondo del Atlántico nos permitiría hablar con más o menos precisión del lugar sobre el que pudo abatirse el cataclismo. Existen dos posibilidades: las Azores y las Canarias, regiones en que los volcanes no han cesado hasta nuestros días de destruir las tierras y volverlas a crear.

»Las investigaciones no son fáciles. La fecha de la catástrofe se remonta a varios milenios. No será fácil descubrir sus huellas, recubiertas de lava, de cenizas y de sedimentos, en las profundidades del Océano. Sin embargo, podrían venir en nuestra ayuda una avanzada tecnología y la fotografía submarina a fin de hacer aparecer los restos del continente atlante. A través de los ojos de buoy de un batiscafo, la leyenda podría convertirse en realidad.»

Aun antes de llegar a ello, los arqueólogos disponen ya en nuestros museos de un importante campo para sus investigaciones acerca de la Atlántida. Puede que en el pasado se subestimara la

edad de ciertos objetos, dando lugar a una clasificación errónea: artículos considerados como pertenecientes a civilizaciones conocidas podrían tener en realidad un origen antediluviano. Estas sorprendentes posibilidades deberían ser estudiadas sin demora.

Puede citarse como ejemplo el misterioso disco proveniente de Faistos, Creta. Es un plato de cerámica adornado con extraños pictógrafos dispuestos en espiral. Los jeroglíficos no tienen la menor semejanza con la escritura lineal «A» y «B» de la antigua Creta. Como este disco fue hallado en un palacio minoico al mismo tiempo que una tablilla lineal «A», se creyó que se le podía atribuir la misma edad de 3.700 años.

Sin embargo, la arcilla de que estaba fabricado este objeto no era de origen cretense. Los pictógrafos estaban realizados con matrices de madera o de metal. Estos signos escritos podrían, pues, ser considerados como los ejemplares de tipografía más antiguos del mundo.

Es curioso observar que el Zodíaco Dendera de Egipto y los discos chinos de Baian-Kara-Ula presentan escritos jeroglíficos que se hallan también dispuestos en espiral. Puede que no se encuentre ninguna relación entre estos objetos cuando el texto inscrito en el plato que actualmente se conserva en el Museo Heraclión, Creta, sea identificado y registrado; pero, entretanto, podrían formularse las especulaciones más fantásticas con respecto a su antigüedad y sus orígenes.

Es posible que objetos fabricados en la Atlántida estén ocultos en las cuevas de los Andes o del Himalaya. Puede que estén sepultados en el fondo del océano Atlántico esperando la aparición de un batiscafo y de las cámaras de televisión. Puede que vestigios de la civilización atlante estén depositados bajo las pirámides o en el interior de ellas y esperan su descubrimiento (con ayuda de una sonda) en el curso de investigaciones semejantes a las que recientemente han sido iniciadas por los Estados Unidos y la República Árabe Unida. Tal vez se hallen expuestas, bajo rótulos erróneos, en el Museo del Louvre, en el Museo Británico o en otra parte. Pero, cualquiera que sea el lugar en que reposen, la búsqueda de estos objetos debería constituir la finalidad inmediata de la ciencia en un programa internacional de la exploración del Tiempo.

TODO SUCEDIÓ YA EN OTRO TIEMPO *NUESTRA DEUDA CON LA ATLÁNTIDA*

La civilización es esencialmente un producto de la inteligencia humana. El poder del espíritu nos ha hecho dar un salto que conduce desde las cavernas hasta los rascacielos, desde los boomerangs hasta los satélites espaciales. Suprímase al hombre una mitad de su intelecto actual, y todo el edificio social contemporáneo sufrirá una conmoción comparable a un desastre planetario. Cultivando el espíritu, obtendréis una civilización capaz de elevarse a alturas desconocidas. Desarrollad la naturaleza moral de la Humanidad y os veréis transportados a un paraíso terrestre.

El progreso intelectual de la sociedad humana es comparable a una reacción en cadena en la física nuclear. Jean-Sylvain Bailly, astrónomo francés del siglo xviii, resumió esta evolución del modo siguiente:

«Las ideas se han reunido y amontonado sucesivamente; se han engendrado mutuamente, una ha conducido a otra. No nos queda, por tanto, sino redescubrir esta sucesión, comenzando por las ideas más antiguas; el camino está trazado; es un viaje que podemos rehacer porque ya ha sido hecho (30)».

Tras de Copérnico, Galileo y Giordano Bruno, se alzan las sombras de Pitágoras, Aristarco, Anaxágoras, Anaxímenes y otros filósofos griegos. Newton reconoció su deuda con la Antigüedad declarando: «Si he podido ver más lejos, es porque me he mantenido sobre hombros

de

gigantes.»

Pero muchos de esos sabios clásicos habían estudiado también siguiendo las enseñanzas de hierofantes egipcios. Y estos sabios sacerdotes del valle del Nilo, ¿de quién heredaron la tradición secreta de su filosofía y de su ciencia? Les fue transmitida por Thot, llegado desde una isla de los mares occidentales. Así es como puede remontarse el origen del saber hasta la legendaria Atlántida.

Si se rehusa la aceptación de la teoría de la Atlántida, se mantiene el enigma del origen de la civilización del Nuevo Mundo. Ninguna raza ha construido jamás carreteras semejantes a las de los peruanos. Atravesaban los cañones más profundos y abrían en las más altas montañas túneles que son todavía utilizados en nuestros días. Los automóviles modernos avanzan hoy sobre carreteras asfaltadas trazadas en la Antigüedad. Ningún pueblo ha erigido jamás, ni en el pasado ni en el presente, construcciones megalíticas comparables a las preincaicas. Ninguna nación ha tejido jamás con sus manos o con máquinas textiles comparables a los de los antiguos peruanos. Ninguna civilización ha dispuesto jamás un calendario astronómico tan preciso como el de los aztecas y los mayas, en el que se podía distinguir individualmente cada uno de los 18.980 días. En toda la historia mundial, ninguna nación civilizada conoció hasta el siglo xx otro sistema económico fuera del de la propiedad privada; y, sin embargo, en el sistema económico de los incas no existía la moneda. Todo pertenecía al Estado. Los ciudadanos de este Imperio sudamericano estaban quizá rígidamente gobernados, pero tenían la seguridad de su bienestar en un Estado erigido sobre sólidas bases éticas. Cuando los colonizadores blancos recobraron el Perú para los hijos del Sol, instalaron llaves y cerrojos en sus puertas. Al instante, los indios quechuas dedujeron de ello que habían sido conquistados por ladrones. Recordaban todavía el régimen de los incas, en el que, no habiendo rateros, todas las puertas estaban abiertas. Bajo los preincas y los incas, con su economía planificada, el desarrollo agrícola había alcanzado un nivel tal que a ellos debemos la mitad de los productos de que hoy nos alimentamos. En el Viejo Mundo, los antiguos griegos sabían medir la extensión de la zona tropical y conocían los países del Sol de Medianoche. Discutían la posibilidad de habitar otros continentes e, incluso, otros mundos en el espacio. Los helenos estaban suficientemente informados sobre el sistema solar para poder plasmarlo en modelos y construir planetariums. Son numerosos los sabios que se han asombrado del abismo que separaba los amplios conocimientos de la Antigüedad y la pobreza de los instrumentos de que se disponía en la época. En nuestros días, Alexandr Kazantsev, autor soviético, expone a este respecto las reflexiones siguientes:

«En los alrededores de las pirámides egipcias, a la sombra de las columnas del templo de Ra, rodeadas de estatuas de Palas y de Júpiter en mármol blanco, o en la filosófica soledad de los desiertos, sabios desconocidos de una remota antigüedad observaron continuamente las estrellas y establecieron los fundamentos de la astronomía. Esta ciencia de sosiego nocturno, de soledad contemplativa y de visión penetrante, esta ciencia de sacerdotes, de soñadores y de navegantes, esta ciencia del cálculo exacto del tiempo y del espacio, exige hoy instrumentos de precisión muy complicados. Pero en los tiempos antiguos no existían, ni podían existir, tales instrumentos. En esas condiciones, no pueden pormenos de sorprendernos ciertos conocimientos astronómicos de los antiguos. Millares de años antes de Copérnico y Galileo, los egipcios sabían perfectamente que la Tierra era una bola que gira alrededor del Sol. No disponiendo de ningún instrumento de observación, sabían incluso *cómo* giraba esa bola. En la India antigua, los sacerdotes, custodios de la ciencia, habían deducido hacía tiempo que el Universo era infinito y estaba repleto de una multitud de mundos. No se comprende cómo pudieron los antiguos conocer la órbita elíptica de la Tierra en torno al Sol. Estas «chispas de sabiduría» revisten por sí mismas un gran interés. Los antiguos hubieron de poseer, más que métodos e instrumentos, los resultados de ciertos cálculos precisos (57)».

Gran parte del progreso humano puede ser atribuida a la evolución de la sociedad. No obstante, algunos de los primeros resultados obtenidos podrían representar la herencia de una civilización

prehistórica.

Las leyendas han registrado sólo débilmente las voces de la raza desaparecida. A nosotros nos incumbe amplificarlas, hacerlas más claras y comprensibles sirviéndonos de la deducción y la imaginación.

Una teoría que no se apoye en los hechos no puede sino conducirnos a un laberinto de especulación. Mas, por otra parte, una acumulación de hechos corre el riesgo de degenerar en una simple colección. Cada hecho mencionado en este libro no debe necesariamente ser considerado como decisivo por sí mismo. Sólo una correlación de todos los testimonios puede darnos una imagen de conjunto.

Cuando Cristóbal Colón comenzó a trazar sus planes para atravesar el Atlántico en busca de una ruta occidental hacia las Indias, se aplicó en primer lugar a un estudio profundo de los autores clásicos. Había en sus obras numerosas indicaciones según las cuales, en contra de la opinión generalmente aceptada, la Tierra era redonda. Extrajo de ello la conclusión teórica de que se podía llegar al Este navegando hacia el Oeste. En Lisboa, vio extraños tubos de madera arrojados por el Gulf Stream; luego, oyó decir que en Madera se habían extraído del agua los cuerpos de dos hombres de rostro alargado y cabellos negros. Estos cuerpos estaban embadurnados de un líquido aceitoso y muy fuerte que los protegía de la descomposición y de los tiburones. Aquellos hombres no se parecían a ningún pueblo conocido, excepto a los mongoles. Hoy sabemos que se trataba de indios americanos llevados por la corriente desde las Antillas hasta la isla de Madera. Fue probablemente su vista lo que condujo a Colón a la conclusión de que su teoría podía tener una aplicación práctica. La Era de los descubrimientos, del desarrollo de la ciencia moderna, comenzó cuando los esclarecidos intelectuales del Renacimiento volvieron sus ojos hacia los romanos, los griegos y los egipcios. Les oyeron hablar de una ciencia perdida, olvidada, beneficiosa para la Humanidad. Esta ciencia antigua es la base sobre la que se ha edificado toda nuestra civilización contemporánea.

El mecanismo de nuestros cohetes no representa sino el perfeccionamiento de una turbina inventada por Herón de Alejandría. Los aparatos automáticos que hoy nos sirven chocolates y cigarrillos tenían un prototipo instalado en Atenas, en el templo de Zeus: derramaba agua bendita en cantidad que dependía del peso de la moneda depositada. Podrían ofrecerse aún otros mil ejemplos más que demostrarían que no hay nada nuevo bajo el sol fuera de lo que está olvidado. Mis lectores han podido seguir hasta aquí un camino en zigzag que conducía unas veces al lago de la Fantasía, otras hacia las rocas de la Verdad. Han podido avanzar progresivamente hacia la visión de una raza muy evolucionada que, a través de la bruma de los siglos, puede habernos legado tesoros científicos.

He suscitado en estas páginas una controversia que sólo el Tiempo podrá resolver. ¿No dijo Tales: «El tiempo es la más sabia de las cosas, pues lo descubre todo»?

EL HOMBRE NO DATA DE AYER

Una imagen de conjunto reproduciendo la evolución de la conciencia humana a través de los siglos nos demuestra que sólo ahora comienza el hombre a comprender la verdadera extensión del mundo. Hasta época muy reciente, hace unos cuantos siglos, no rechazaron nuestros antepasados las nociones de una cosmología infantil, que veía la Tierra plana y asentada en el centro del Universo. En el curso de los dos últimos siglos, la ciencia nos ha demostrado que el cosmos era infinitamente más vasto y más viejo de lo que imaginaban nuestros predecesores. Abordando el estudio de la antropología con espíritu abierto y dispuesto a admitir que los orígenes de la Humanidad se remontan mucho más allá de las suposiciones de la ciencia, no haremos sino desprendernos de los prejuicios de la Edad Media. La paleontología y la arqueología han sacado a la luz los vestigios de nuestros primeros antepasados y de sus toscos instrumentos, remontándose hasta la infancia de la raza humana. Del hecho de que los esqueletos de los hombres prehistóricos descubiertos en Java, en Pekín y en África del Sur son los más antiguos entre esta clase de hallazgos, se ha llegado a la conclusión de que el *Homo sapiens* hizo su aparición hace un millón y medio de años. Se hace, en efecto, difícil concebir que seres

primitivos que abandonaran sus cavernas y sus árboles hace solamente unos cuantos millares de años hayan podido producir, en unos cientos de generaciones, las refinadas civilizaciones del antiguo Egipto y de la antigua Hélade. La evolución es un proceso extremadamente lento, aunque a veces se vea acompañada de aceleraciones extraordinarias. Se darían pruebas de oscurantismo si se pusieran en duda los resultados obtenidos por la ciencia. Sobre la base de los testimonios de que disponemos en la actualidad, la fecha que atribuimos a la aparición del hombre prehistórico es incontestablemente correcta, pero no es, en manera alguna, imposible que se descubran los vestigios de antepasados aún más lejanos: podrían esperarnos las mayores sorpresas, por ejemplo, cuando se estudie el fondo de los mares. Según los arqueólogos, las civilizaciones de Mohenjo-Daro, de Sumer o de Egipto serían las primeras de la Historia. De hecho, la ciencia no reconoce historia que se remonte más allá de cinco mil años antes de Jesucristo. Si se llegara a descubrir los vestigios de naciones evolucionadas, engullidas por el Océano, nos veríamos obligados a introducir rectificaciones fundamentales en nuestras nociones históricas. El fantástico progreso alcanzado por la Humanidad desde la economía agrícola de los valles del Nilo, del Tigris y del Eufrates hasta nuestra Era tecnológica ha sido efectuado en un período verdaderamente demasiado corto, a menos que se admita que haya heredado sus rasgos biológicos de otro ciclo de civilización precedente. Se trata, en verdad, de un milagro si se considera que en el curso de un breve período de seis mil años hayan podido los hombres progresar desde los carros tirados por bueyes hasta los lujosos automóviles, y desde los boomerangs a los satélites. Pero la ciencia no conoce milagros. En su evolución han podido intervenir factores desconocidos. El tiempo de que se trata es demasiado corto: no representa más que una fracción de un uno por ciento de la edad generalmente aceptada del hombre. Cometemos, pues, un craso error al afirmar que «el paso del hombre de las cavernas al hombre del espacio se ha efectuado en 25.000 años». Es fácil prever que opiniones de este género atraerán la condena de la mayoría de los sabios. Y, sin embargo, la controversia podría quedar resuelta de golpe en nuestro favor si el público llegara a tener acceso a una de esas «cápsulas del tiempo» legadas por la Atlántida. Hasta entonces, el autor está dispuesto a servir de blanco a los ataques de profesores irritados. En resumen, los orígenes del hombre se remontan a más distancia de lo que suponen nuestras academias. La Tierra ha sufrido violentos cataclismos provocados esencialmente por desplazamientos de su eje y por las caídas de enormes meteoritos. En el curso de estas devastaciones geológicas, grandes civilizaciones han desaparecido sin dejar rastro. El *Bhagavata Putaṇa*, libro sagrado de la India, describe cuatro edades que se han sucedido después de haber sido destruidas por el furor de los elementos. Nuestro presente ciclo sería la quinta.

Según el poeta griego Hesíodo (siglo vm antes de nuestra Era), una creencia semejante estaba difundida en la Hélade. Había cuatro edades: primero, la edad de oro, en la que los mortales vivían como dioses; luego la edad de plata, en la que su inteligencia era ya menor; el ciclo siguiente era el del bronce, en que los hombres eran fuertes y guerreros y se destruían mutuamente; la cuarta edad era la de los héroes cuyas aventuras nos han inspirado. Según los antiguos griegos, atravesamos actualmente la quinta edad, la edad de hierro, y seremos destruidos por Zeus al igual que las razas precedentes. Según Censorino (nacido en 238 d. de Jesucristo), los griegos creían que el mundo sería inundado o calcinado al término de cada época. Los antiguos egipcios dividían la historia en tres períodos principales: el reino de los dioses, el de los semidioses y los héroes y, tras su desaparición, el de los hombres que gobernaban a Egipto y al mundo. Cuando los mitos y los historiadores clásicos nos hablan de «dioses» y de «semidioses», no los tomamos en serio. Pero ¿por qué no admitir que seres superiores hayan podido vivir sobre la tierra en la edad de oro? En China, los habitantes de Yun-nan conservan el recuerdo de una Era de prosperidad, en que la vida era muy larga y las rocas más pesadas podían ser levantadas sin la menor dificultad. La

tribu de los pai canta a esta lejana época de la manera siguiente:
En otro tiempo las rocas podían andar,
esto es cierto y en absoluto falso.
En aquella época, la paz reinaba en el mundo enteró,
¿crees lo que digo?
En aquella época, la paz reinaba en el mundo entero,
creo lo que dices.
En aquella época, no había ricos ni pobres,
¿crees lo que digo?
En aquella época, no había ricos ni pobres,
creo lo que dices.
En aquella época las gentes vivían centenares de años.
¿crees lo que digo?
En aquella época las gentes vivían centenares de años.
creo lo que dices (66).

Es fácil relegar todas estas leyendas al terreno de la fantasía y burlarse de las viejas tradiciones populares. Pero es mucho más difícil valorar globalmente la marcha de la Historia. Esta obra persigue una finalidad precisa y apunta a una conclusión práctica. Su fin es llamar la atención del público sobre la posibilidad del sorprendente descubrimiento de un depósito secreto legado por una raza tenida por mítica en la actualidad. ¿No deberíamos concluir de ello que caminamos sobre las huellas de la Atlántida? A la entrada de la Sainte-Chapelle de París, un guía explicaba a los visitantes, en nuestra presencia, el significado de las diversas figuras. Ante el Arca de Noé, soltó un discurso sobre el Diluvio, que finalizó con estas palabras: «Así, señoras y señores, los hombres y los animales comenzaron a multiplicarse de nuevo, y la cosa continúa... hasta el próximo Diluvio.» Según Platón, los atlantes perecieron cuando se empeñaron en guerras imperialistas. Anteriormente, en una época más feliz, amaban la paz, cultivaban la amistad y despreciaban la avaricia.

No nos queda sino expresar la esperanza de que el mundo moderno se asegure un destino mejor. Jacinto Verdaguer, poeta catalán, llora a la Atlántida en los términos siguientes: *¡Mal hayan quienes te tienen por madre, Atlántida! ¿Renacerá para nosotros, ¡ay!, él día que brilla? Punto por punto se cumple lo que dijo nuestro padre, sus atlantes, su patria y sus dioses, todo terminó.*

En su *Isis y Osiris*, Plutarco cita la opinión y la creencia de la mayor parte de los sabios antiguos, según los cuales sobrevendrá «un tiempo fatídico y predestinado en el que la Tierra quedará completamente nivelada, unificada e igual, en el que no habrá más que un solo género de vida y una sola forma de gobierno para toda la Humanidad, en el que todo el mundo hablará el mismo lenguaje y vivirá en la felicidad». El descubrimiento de tesoros provenientes de las edades extinguidas trastornará todas nuestras ideas sobre la Historia antigua; la Humanidad extraerá sus lecciones del pasado y tratará de evitar los errores de la raza desaparecida. Encontrará entonces su verdadero lugar, su verdadera misión sobre este bello planeta, y se encaminará hacia un futuro glorioso.

DE LA LEYENDA AL DESCUBRIMIENTO

CURIOSIDADES

HISTÓRICAS

Esta historia de una gran civilización desaparecida bajo las olas del Atlántico no debería ser considerada como algo que no nos concierne. Si fuera verdadera, cabría suponer que una catástrofe geológica similar podría algún día hacer desaparecer a nuestra raza. El mito se hace

más tangible si se admite que también nuestras ciudades contemporáneas, parecidas a hormigueros, quedaran un día sumergidas por los océanos. La realidad de la Atlántida se halla abundantemente atestiguada por los escritos de los autores clásicos. Así, Proclo (412-489 de nuestra Era) declara categóricamente: «La famosa Atlántida no existe, pero no es posible dudar que existió en otro tiempo.» En el siglo I a. de JC, el historiador Estrabón, refiriéndose a los trabajos de Poseidón, escribía: «Es muy posible que la historia concerniente a la isla de Atlántida no proceda de la imaginación.»

Nada nos prueba que seamos los primeros hombres civilizados sobre la Tierra. Otras civilizaciones pudieron preceder a la nuestra. Ello se desprende del folklore, así como de la Historia. Las leyendas y los mitos, parecidos a cepas terrestres, suministran indicaciones sobre acontecimientos históricos que los hombres han olvidado* «No me corresponde a mí la última palabra. Pero sé que se aproxima el tiempo en que esa palabra será pronunciada y en que un arco iris de conjeturas referentes a la Atlántida desaparecida entrará en un gran cuadro conteniendo las ruinas mayas, las pirámides egipcias, los templos de la India y las leyendas de Oceanía», escribía antaño el poeta ruso Balmont.

El mito griego de Deucalión y Pirro, que descienden del Parnaso después del Diluvio, únicos seres vivos en un mundo muerto, no es sino una de las numerosas leyendas que se refieren a los supervivientes del último cataclismo terrestre. El *Deus ex machina* de que los antiguos griegos se servían para provocar el desenlace de sus tragedias podría reflejar el recuerdo popular de una época en que «seres superiores» aterrizaban en su máquina volante a fin de contribuir al restablecimiento de la Humanidad después del gran cataclismo.

«Así, al principio, los dioses descendían a menudo sobre la Tierra: era su campo de deporte. Pero, cuando la Tierra se llenó de seres mortales, las visitas de los inmortales se espaciaron cada vez más. Sólo algunos hombres habían conservado el privilegio de visitar de vez en cuando a los inmortales en el cielo, para negociar con ellos como representantes de la Humanidad», escribe el profesor H. L. Hariyappa en su obra *Las leyendas del Rigveda a través de los tiempos*. Y la leyenda de Dédalo e Icaro, que, provistos de alas, huyeron de Creta, ¿acaso no es el eco de un pasado lejano en que la aviación era conocida por todos? Tenochtitlán, capital de los aztecas, se hallaba situada sobre una isla en medio de un lago, rodeada de canales concéntricos. La ciudad estaba construida de esta manera para ajustarse a los planos elaborados en el Este por Aztlán, de quien aseguraban descender los aztecas. ¿Puede verse una simple coincidencia en el hecho de que esta ciudad de Tenochtitlán constituía una réplica casi exacta de la capital de la Atlántida, tal como la ha descrito Platón en su *Critias*?

En el viejo libro chino de Chu King puede leerse que, cuando el emperador de la Divina Dinastía no advirtió ya el menor rastro de virtud entre los hombres, «ordenó a Chong y a Li que fuera interrumpida toda comunicación entre el cielo y la Tierra. Y desde entonces no ha habido más descensos ni ascensos». ¿Cómo interpretar este pasaje, sino viendo en él la evocación de viajes prehistóricos a través del aire y el espacio?

El *Paniachandra* hindú contiene el relato de seis jóvenes que construyeron en otro tiempo un dirigible, llamado «Gañida», que podía despegar, aterrizar y volar en cualquier dirección. Este dirigible disponía de un perfeccionado sistema de control que permitía maniobrar con precisión y volar tranquilamente, sin sobresaltos. ¿Cómo no estar de acuerdo con el doctor A. G. Bell, inventor del teléfono, que en 1907 afirmaba: «Los viejos descubrimientos han sido reinventados; las viejas experiencias han sido ensayadas de nuevo»? En el año 160 de nuestra Era, el griego Luciano mencionaba en su *Vera Historia* una nave que llegaba a la Luna. En otro relato, su héroe vuela entre las estrellas, pero la enreída empresa de este astronauta de antaño irrita a los dioses, y éstos ponen fin a sus viajes cósmicos. Cada mito oculta un hecho histórico. ¿Expresa la «ciencia ficción» de la Antigüedad la expectativa de la tecnología del futuro, o el recuerdo de una ciencia olvidada?

Dos mil años antes de la famosa discusión que Cristóbal Colón sostuvo con los sabios y el clero ante el trono de Fernando e Isabel, ya existían sabios que poseían un conocimiento correcto de la configuración de la Tierra. Ya en el siglo m antes de Jesucristo, Eratóstenes sostenía que «se podría pasar fácilmente por mar desde Iberia hasta las Indias, si la extensión del océano Atlántico no representara un obstáculo. En el siglo i, Estrabón evocaba también esta vieja tradición declarando: «Es muy posible que en la zona templada existan todavía dos continentes, o incluso más.»

Chi Meng, sabio chino contemporáneo de Estrabón, enseñaba que el color azul del cielo no era más que una ilusión óptica. En su *Hsuan Yeh*, escribía que las estrellas, el Sol y la Luna flotaban en el espacio vacío. Esta concepción se halla, ciertamente, más próxima a la verdad que la imagen de un «firmamento» y de una Tierra plana, predominante en la Edad Media bajo la presión de los dogmas religiosos. Los antiguos griegos Tales, Anaxágoras y Empédocles afirmaban que la Luna estaba iluminada por el Sol. Demócrito pensaba que las sombras vistas en la Luna debían atribuirse a la altura de sus montañas y a la profundidad de sus valles. Quince siglos más tarde, sabios y clérigos iban a presentar la Luna como una linterna celeste, de carácter y dimensiones indeterminados, creada por la gracia divina para disipar la oscuridad nocturna. Hélène Blavatsky resume esta decadencia científica sobrevenida tras el reinado de Constantino del modo siguiente: «La visión de un pasado muy lejano, más allá del Diluvio y del Jardín del Edén, fue implacablemente sustraída a las miradas indiscretas de la posteridad por todos los medios honrados y no honrados. Toda puerta fue cerrada; todo recuerdo tangible, destruido.» Alfred Dodd escribe aproximadamente lo mismo en su biografía de Francis Bacon: «La teología ha alejado a los hombres de los grandes pensadores griegos y romanos. Bajo la guía de los sacerdotes, la civilización se arrojó ciegamente en el abismo de la Edad Media.» Un milenio antes, un pensador hindú, llamado Kanada, había formulado ya su teoría atómica y llegado a la conclusión, exactamente igual que un sabio del siglo xx, de que la luz y el calor no eran sino formas diferentes de la misma sustancia fundamental. Plutarco afirma en su *Vida de Lisandro* que los meteoros son «cuerpos celestes proyectados a consecuencia de una cierta disminución de la fuerza rotativa». Dos milenios más tarde, a comienzos del siglo xix, el Instituto de Francia consideró, sin embargo, oportuno expresar, con motivo de la caída de un meteorito en Gascuña, su pesar porque «en nuestra época ilustrada existían todavía gentes lo bastante supersticiosas como para creer en la caída de piedras procedentes del cielo». Por extraño que pueda parecer, los filósofos clásicos de la Antigüedad parecen haber alcanzado un nivel intelectual más elevado que el de nuestros bisabuelos. Demócrito era tenido por demente porque se reía a carcajadas de las locuras del siglo. Pero el hombre que dijo: «En realidad, no existe nada fuera de los átomos y del espacio», ¿no tenía derecho a reír pensando en la ignorancia de la Humanidad? Cicerón escribe en su *República* que Marco Marcelo poseía un «globo celeste», procedente de Siracusa, que demostraba el movimiento del Sol, de la Luna y de los planetas. Asegura a sus lectores que la máquina «era una invención muy antigua», y, sin embargo, nosotros no hemos comenzado a construir planetariums de este género sino hasta época muy reciente. Se encuentran entre los aborígenes australianos dibujos en los que los animales, los peces y los reptiles se hallan representados con su esqueleto y sus órganos internos, y ello con una destreza propia de la radiografía. ¿Poseen estos aborígenes el don de ver a través de los cuerpos, semejante a esa visión extraocular, ya reconocida por la ciencia, que nos permite distinguir los colores con la ayuda de los dedos y los ojos cerrados? Si no, ¿no representan esas extrañas pinturas el recuerdo racial de una edad lejana en que se utilizaban ya los rayos X? De hecho, los aborígenes tienen un nombre especial para designar esa edad, lo bastante lejana como para carecer de toda relación con la realidad: la llaman «el tiempo de los sueños».

En uno de los Jatakas * budistas se encuentra la mención de una joya mágica que bastaba introducir en la boca para poder elevarse por los aires. El alquimista chino Liu An, más conocido por el nombre de Huai-Nan-Tsé, descubrió en el siglo na. de JC. un líquido que destruía la

gravedad. Bebió este elixir, y al instante fue elevado en el aire. Cuando echó en su corral la botella conteniendo este ingrediente químico, los perros y las gallinas bebieron el resto y se elevaron igualmente por los aires. ¡Que no nos haga reír esta curiosa historia! Son numerosas las fantasías orientales que la ciencia moderna ha convertido en realidad. Los astrónomos antiguos conocían el paralaje solar, el desplazamiento aparente de la posición del Sol producido por el cambio de la posición del observador. Pero jamás habrían podido llegar a esta noción con los primitivos instrumentos de que disponían. La primera observación del paralaje solar se pudo hacer, hacia 1640, por William Gascoigne, con ayuda de una red de alambre (micrómetro) colocado a través del ocular de un anteojo. Ahora bien, los astrónomos de la Antigüedad no tenían anteojo astronómico. ¿Qué pensar, entonces? En el origen de todas las civilizaciones antiguas se alza siempre un ser divino portador de una cultura. Thot la trajo, completa, de un país del Occidente. A juzgar por sus títulos, «Señor de más allá de los mares» y «guardián de las dos tierras» (que le son atribuidos por el *Libro de los Muertos* y por ciertas inscripciones faraónicas), puede suponerse que era un jefe atlante. Según una significativa leyenda, transportó a Oriente a los otros dioses desde la otra orilla del lago Kha. ¿Se trata del desplazamiento por vía aérea de una élite cultural desde la Atlántida a Egipto? El libro chino *I-Ching* atribuye a los «genios celestes» el mérito de haber introducido la agricultura sobre la Tierra para bien de la raza humana. Obsérvese a este respecto que el origen del maíz representa un enigma. En el curso de exploraciones practicadas, no se lo ha encontrado jamás en estado silvestre. Su cultivo ha estado invariablemente ligado a la raza humana; su antigüedad se halla atestiguada por el hecho de haberse descubierto rastros de maíz en capas geológicas que se remontan a treinta mil años atrás. Casi otro tanto podríadecirse del trigo. ¿Se desarrollaron estos cereales, partiendo de formas primitivas, al principio de la Atlántida, o fueron importados de otro planeta, como pretende la tradición oriental? Las tribus australianas reconocen deber su cultivo a seres celestes tales como Baiame, Daramulun y Bunjil, admitiendo que no saben nada de la historia de estos mensajeros divinos antes de que descendieran entre ellos. En el museo de los indios (Fundación Heye, Nueva York) se exhibe un gran jarrón maya en cerámica roja, adornado con un complicado dibujo. Se ha podido comprobar que un dibujo trazado sobre una superficie plana fue transferido en tres dimensiones sobre esta vasija con una exactitud tal como pocos dibuj antes modernos podrían conseguir. Ello demostraría, pues, la presencia, en aquella época tan lejana, de instrumentos y de nociones matemáticas en América Central.

La tradición irania menciona una galería de las montañas de Khaf (Cáucaso) adornada con estatuas de los Sabios Reyes de Oriente, cuyo linaje se remontaba a varios miles de años. Taimuraz, tercer rey del Irán, fue a visitar ese mausoleo a lomos de un corcel alado llamado *Simorgh-Anké* y nacido antes del Diluvio. El significado de este mito se explica si se admite que Taimuraz disponía de un avión de origen atlante que le permitió llegar a las más antiguas tumbas de las montañas del Cáucaso. Siempre según la leyenda, hay cavernas repletas de tesoros bajo la ciudad de Cuzco, en el Perú. Durante los pasados siglos, numerosos aventureros intentaron encontrar el acceso a esas cavernas, pero no regresaron jamás de sus expediciones. Un día, sin embargo, un hombre volvió con dos lingotes de oro; pero durante el camino había perdido la razón. Fue entonces cuando el Gobierno peruano ordenó tapiar las entradas. Hace unos años, un autor americano escribía a este respecto:

«¿Nos es lícito esperar que cuando, en un siglo futuro, estas vastas cavernas sean reveladas a un mundo más civilizado, más cultivado que el nuestro, no encontraremos en ellas solamente irnos cuantos lingotes de oro, sino también bibliotecas infinitamente más valiosas que nos permitirán descubrir el verdadero sentido de leyendas confusas y contradictorias?» Según una tradición transmitida a Oliva por un indio que sabía descifrar los escritos antiguos, el verdadero Tiahuanaco es una ciudad subterránea. Esta leyenda podría hacer alusión a cavernas en las que se conserven los tesoros culturales de los incas.

Los conquistadores han traído de México una historia parecida. Escriben que los sacerdotes mayas se negaron, a pesar de las torturas, a revelar el lugar en que estaban escondidas 52 tablillas de oro en las que se hallaba inscrita toda la historia antigua del Nuevo Mundo. Según Diógenes Laercio (siglo m), los archivos de los sacerdotes egipcios tenían, en su época, la edad de 49.500 años. Los sabios modernos se sonreirán al oír hablar de la existencia de una elevada civilización en la Era de la barbarie. Pero podríamos preguntarles a nuestra vez: ¿debe la barbarie ser identificada con la infancia de la cultura, o no podría, en ciertos casos, ser sino la consecuencia del hundimiento de una civilización elevada? Los mayas del Yucatán viven hoy en un estado primitivo; pero sabemos que sus antepasados fueron, en otro tiempo, hombres sabios y altivos. Su caída fue provocada por las guerras y el colonialismo. Una calamidad terrible acompañada de inundaciones y erupciones volcánicas muy bien pudo transformar en salvajes a estos hombres civilizados. Se trata de una teoría que debería examinarse seriamente, sin prejuicios,

«Todas las conclusiones relacionadas con el problema de los continentes desaparecidos nos llevan a revisar nuestras opiniones sobre la civilización, el modo de vivir y las tradiciones de los pueblos en otro tiempo denominados «primitivos» o «salvajes». Resulta que no eran los hermanos más jóvenes, sino los más viejos de la «familia humana»; así es como se expresaba I. Kolubovski en 1927 en la *Caceta Roja*, de Leningrado.

LOS MITOS SE TORNAN VERDAD

En la tribu mansi, de la tundra de la Siberia ártica, existe una leyenda. Hace mucho, mucho tiempo, un pájaro de fuego convivía con nuestros antepasados: su calor era tan grande que hacía

crecer árboles gigantes y alimentaba a extraños animales. Pero llegó un ladrón que lo robó, y se produjo entonces un intenso frío y vientos fortísimos. Los árboles y los animales extraños perecieron.

Ahora bien, no se trata en manera alguna de un mito, sino de un hecho científico, puesto que en la tundra siberiana se encuentran fósiles de esos árboles y animales prehistóricos. Los relatos verbales transmitidos de generación en generación son a veces de una precisión sorprendente. En este libro hemos prestado gran atención a los mitos. Se los considera generalmente como producto de la fantasía, pero no siempre lo son. El folklore, memoria colectiva de la raza humana, contiene numerosos recuerdos de acontecimientos pasados, a menudo embellecidos por el narrador e inevitablemente deformados al pasar de una generación a otra. Ocurre con frecuencia que los mitos no son sino fósiles históricos. Sería adoptar una actitud nada científica rechazar la mitología como un conjunto de fábulas; la realidad de ayer es el mito de hoy. El mundo en que vivimos no será más que un mito dentro de una decena de miles de años. En ese lejano futuro, lossabios se enzarzarán en polémicas respecto al carácter mítico de las leyendas que hablarán de nuestra civilización desaparecida.

Hasta un período que se remonta por lo menos a 250 años, las ciudades de Pompeya y Herculano no representaban nada más que un mito. Cuando fueron descubiertas y sacadas a la luz, entraron en la Historia. Visitando Pompeya, yo sentía la impresión de encontrarme en una ciudad cuyos habitantes estuvieran simplemente dormidos.

Entre las afabulaciones de Heródoto figura la historia de un lejano país en que varios grifos montan guardia ante un tesoro de oro. Los arqueólogos soviéticos han descubierto este país: es el Altai, o Kin Shan en chino, que significa «la montaña de oro». Desde la Antigüedad, había allí minas de oro. Los sabios han descubierto en el valle de Pazyrka vestigios de una elevada civilización, en particular soberbios adornos que representan grifos. Así es como un mito confuso que hablaba de grifos, guardianes del oro, ha cesado de ser una simple leyenda
(67).

Aunque la altura fortificada de Petra, perdida en el desierto al sur del mar Muerto, haya sido descrita por Eratóstenes, Plinio, Eusebio y muchos otros, se ha convertido con el tiempo en una ciudad legendaria. Hasta principios del siglo xix no consiguió Burckhardt encontrar la entrada de la garganta, descubriendo allí un edificio tallado en la roca firme, un anfiteatro y numerosas cavernas.

Unavez más, la fábula se había convertido en realidad.

Cuando, en 1870, Heinrich Schliemann emprendió sus excavaciones en los cerros de Hissarlik, en Asia Menor, para encontrar la legendaria ciudad de Troya, los eruditos le creyeron loco. Sin embargo, la *Iliada* de Homero decía la verdad; Troya no era un mito. Schliemann iba a descubrir las ruinas de una ciudad más antigua todavía que Troya; a continuación de su gran triunfo, fueron identificados los vestigios de Troya.

La historia de Diego de Landa, escrita en 1566, referente al pozo sagrado del sacrificio en el que los habitantes del Yucatán arrojaban víctimas humanas y joyas, ha sido considerada siempre por los historiadores como una simple leyenda.

Pero, en el siglo xix, E. H. Thomson, diplomático y arqueólogo americano, dio validez al viejo Relato indio al descubrir el pozo de Chichén-Itzá. Hace seis siglos, un embajador chino llamado Chow-Ta-kwan sometía a su emperador la

descripción de una ciudad fantástica, rodeada de murallas y perdida en la jungla, que habría sido el centro de un floreciente reino en el sur de China. Cuando el documento fue publicado en 1858, los sabios occidentales lo rechazaron como un producto de la imaginación. Pero antes de que pasara mucho tiempo, un naturalista francés, A. H. Mouhot, descubría en Indochina las ruinas de Ang-kor Thom, cuyo aspecto correspondía de modo sorprendente a la descripción hecha por el mandarín de la ciudad legendaria perdida en la jungla (68). Cuando Marco Polo regresó a Europa y describió las piedras negras que ardían en China, calentando los baños cotidianos, no consiguió sino provocar las risas de sus compatriotas de Venecia. En primer lugar, las piedras no podían arder, y, además, ¿quién podía permitirse el lujo de bañarse a diario? Mis lectores habrán comprendido: la piedra negra es, simplemente, el carbón. También se ridiculizó su mención de aceite negro extraído en grandes cantidades de la tierra en la región del mar Caspio. Los ciudadanos de Venecia se regocijaban con estos cuentos, considerados en la actualidad como hechos científicos incluso por los niños.

Resulta a veces difícil determinar dónde cesa el mito y dónde comienza la Historia, dónde finaliza la Historia y dónde comienza el mito. En nuestros días, y aun en los medios científicos, se extiende cada vez más la tendencia a considerar la mitología y el folklore como fuentes históricas. El doctor Carl Sagan, eminente astrofísico de los Estados Unidos, ha reforzado este punto de vista al referirse a un viaje efectuado por Lapérouse en 1786 al noroeste de América. Las leyendas transmitidas por los indios, que habían visto los barcos de los navegantes, cuentan detalles sorprendentemente precisos sobre el aspecto de la flota francesa que acudió a visitarles. Ello indica cómo el recuerdo de un acontecimiento puede conservarse, por transmisión verbal en las masas, a través de generaciones.

Los indios de Guatemala relatan leyendas muy curiosas cuyo origen se remonta al siglo xvi. Pero cuando esos relatos, referentes a una milagrosa aparición de seres divinos y a su manera de vivir, fueron atentamente analizados por la Universidad de Oklahoma, se vio al instante que aquellos seres mitológicos eran, simplemente, los invasores españoles. Es necesario, ciertamente, tener en cuenta las inexactitudes, las exageraciones y las distorsiones que no pueden por menos que deslizarse en toda historia transmitida a través de los siglos. Pero ello no impide que los relatos contengan un núcleo de verdad, un reflejo de la vida de antaño. Contemplando las cosas desde este ángulo, no deberíamos rechazar las leyendas que nos hablan de una civilización altamente evolucionada y destruida por una catástrofe planetaria. La ciencia actual retorna gradualmente a la sabiduría de la Antigüedad. Se enseñaba a los niños de la antigua Grecia que la Tierra era una esfera que flotaba en el espacio infinito. Sus maestros estaban informados sobre las dimensiones relativas del Sol y de la Luna y sobre la distancia aproximada que los separa de la Tierra. En las plazas públicas, los filósofos pronunciaban conferencias en que describían la Vía Láctea como un conglomerado de estrellas, cada una de las cuales era un sol. Bajo las columnas de su templo, hombres revestidos de togas y túnicas discutían sobre la posibilidad de vida en otros planetas.

Dos mil años más tarde, se enseñaba a los escolares europeos que la Tierra, centro de la creación, era plana, y que las estrellas eran agujeros en el firmamento. ¿Qué derecho tenemos pues, nosotros, a mirar por encima del hombro a estos sabios del mundo clásico, cuya sabiduría era más grande que la de los teólogos medievales?

Todas esas tradiciones que nos hablan de tesoros sepultados hace millares de años no provienen necesariamente del mito. Si consintiéramos en utilizarlas como hipótesis de trabajo, podríamos llegar a grandes descubrimientos en el transcurso de nuestro siglo. Su influencia sobre nuestra vida sería más intensa de lo que cabe imaginar.

La prueba de un cataclismo geológico que, de modo súbito, destruyera la Atlántida exigirá la introducción de ajustes en nuestras ideas científicas y nos hará admitir la posibilidad de bruscas catástrofes a una escala planetaria. La Historia, en que tantos capítulos faltan, podrá trazar al fin un cuadro exacto de la evolución humana. Nuestros sociólogos descubrirán los sistemas sociales y económicos del mundo anterior al cataclismo y podrán estudiar su desarrollo, cosa de inapreciable valor para los que quieren formarse un juicio sobre los conflictos de las ideologías modernas. Instrumentos de maquinaria arcaica contruidos conforme a principios que ignoramos podrían encauzar a nuestra ciencia por nuevos caminos. Las creencias de una raza desaparecida nos harán comprender el desarrollo de la consciencia humana. El descubrimiento de un mundo desconocido en el tiempo podría ser equivalente al descubrimiento de un mundo habitado en el espacio. Uno y otro trastornarían violentamente todas nuestras nociones. Poniendo en duda ciertas opiniones generalmente aceptadas del pasado, se ha llegado a veces a grandes revelaciones.

Roger Bacon diagnosticó perfectamente las causas de los errores humanos al escribir en su *Opus Majus*.,

«Pues toda persona, en todas las condiciones de la Vida, llega a las mismas conclusiones, aplicadas a los estudios y a toda forma de investigación, por medio de tres argumentos, cada uno peor que el otro: Éste es un modelo establecido por nuestros mayores; esta es la costumbre, esta es la creencia popular; debemos, en consecuencia, atenernos a ello.»

A semejanza de nuestros predecesores, nosotros continuamos viviendo en una sociedad mentalmente condicionada en la que todo abandono de un modo de pensamiento reconocido es considerado como una rebelión contra los ídolos de nuestro tiempo. Pero millares y millares de personas comienzan hoy a pensar por sí mismas. Para ellas, este libro representará algo más que una ficción.

Esperemos, pues, el advenimiento de esa época de progreso científico, el más revolucionario de todos los descubrimientos arqueológicos; el de los tesoros de la Atlántida.

AUTORIDADES, ANÉCDOTAS, ATLÁNTIDA

Algunos espíritus críticos nos dicen a menudo: «Necesitamos más hechos.» Pero no debe olvidarse que la simple acumulación de hechos no basta: no somos coleccionistas de sellos. Lo que importa es la valoración de los hechos y la aplicación práctica de nuestro saber. Esta obra presenta un cierto número de teorías. Sugerimos que la Atlántida fue destruida por un

cataclismo mundial. Hemos emitido la hipótesis de que filósofos y sabios disconformes con la política guerrera de los dirigentes de la Atlántida pudieron retirarse a regiones inaccesibles de Nuestra Tierra, para vivir en ellas aislados y protegidos.

Cuando, después del desastre planetario, los elementos se calmaron, cuando las plantas y los animales reaparecieron sobre la Tierra, surgieron «semidioses» para contribuir a la rehabilitación de la raza humana. Ésta fue la edad de oro, la edad de los héroes y de los portadores de cultura, la edad en que los dioses transitaban sobre la Tierra.

Deseosos de demostrar la existencia de una civilización arcaica, ignorada por los historiadores, hemos enumerado una serie de hechos que atestiguan la existencia de una ciencia prehistórica. Luego, fundándonos en la mitología y en los datos de la historia antigua, hemos formulado una hipótesis, según la cual los atlantes habían instalado en secretos museos y bibliotecas subterráneas antes del gran Diluvio.

A pesar de nuestro cuidado, probablemente no hemos podido evitar errores de escasa entidad. Nos serán perdonados el día en que se encuentren esos museos antediluvianos, lo cual podría acaecer en el transcurso de nuestro siglo. Entonces será definitivamente admitida nuestra tesis principal, la existencia de una elevada civilización hace miles de años.

Mientras una teoría no se ve confirmada por pruebas absolutas, son sólo los especialistas quienes deciden acerca de su valor. Pero, ¿tienen siempre razón los eruditos? La ruta del pasado está llena de fragmentos de ídolos derribados.

Son numerosos los casos históricos en que la verdad se vio temporalmente eclipsada por errores, reconocidos como tales siglos más tarde. Según Diógenes Laercio, Bión de Abdera, siglo ni a. de JC, aseguraba conocer «países en que el día duraba seis meses, y la noche otros seis meses». Esta antigua noción de la inclinación del eje terrestre, responsable de las estaciones y los climas, fue olvidada desde el comienzo de la Edad Media. Una obra de Firmiano Lactancio (260-340 d. de Jesucristo) titulada *La doctrina herética de una forma esférica de la Tierra* sería publicada cinco siglos después de Bión de Abdera. Constituye una muestra típica de la decadencia del saber en esa época:.

«¿Es posible que haya hombres tan estúpidos como para creer en la existencia de cosechas y de árboles en el otro lado de la Tierra, suspendidos hacia abajo, y para admitir que los seres vivos caminen por él llevando los pies a mayor altura que la cabeza?» El autor de este capítulo, escrito en Australia, tenía allí, efectivamente, «los pies a mayor altura que la cabeza», pero, contrariamente a la opinión de Lactancio, no experimentó por ello la menor incomodidad.

Las más altas autoridades son a veces culpables de compartir opiniones erróneas. La historia del descubrimiento de América nos depara un ejemplo típico de ello. Cuando Colón emprendió la búsqueda de los fondos necesarios para su viaje, tropezó con la oposición de los sabios contemporáneos.

Según su hijo Fernando:.

«Algunos razonaban del modo siguiente. Durante los millares de años transcurridos desde que Dios creó el mundo, esas tierras han permanecido desconocidas para innumerables hombres sabios o expertos en navegación. Sería, pues, absolutamente improbable que el Almirante supiera de ellas más que todas las demás gentes, en el pasado y en el presente.» (12)

Pero, efectivamente, Cristóbal Colón sabía más que no compartía los prejuicios de sus contemporáneos, tenía el valor de pensar con completa independencia. Para demostrar que no hay seres infalibles y que las autoridades han caído con frecuencia en el error, detengámonos en el caso de Leonardo da Vinci. Cuando este gran hombre propuso construir su «vehículo aéreo», los sabios lo acogieron con escepticismo. El *Discurso sobre la imposibilidad de vuelos mecánicos*, escrito en 1613 por Tito Ticinelli, contiene los argumentos siguientes:.

«He decidido proceder a la refutación de otro error, ampliamente extendido, según el cual sería posible para el hombre, en los siglos futuros, volar por medios mecánicos. Leonardo da Vinci quería hacernos creer que reuniendo un montón de materiales en una especie de carro aéreo, el hombre que se apodera de él (o que en él se instale) no descenderá al suelo, sino que tomará el vuelo para planear. No soy un hombre particularmente obstinado, pero afirmo que ningún lector en posesión de su sano juicio aceptará el razonamiento de Leonardo.» En nuestra época de los aviones a reacción, no nos queda sino sonreír ante este razonamiento del pobre

Ticinelli.

Cuando Galileo construyó su telescopio y se puso a escrutar las profundidades del cielo, Francesco Sizzi, astrónomo florentino, fue invitado a unirse a él para observar los satélites de Júpiter. El sabio se negó a mirar por el telescopio, dando las razones siguientes: «Los satélites de Júpiter son invisibles a simple vista y, por ello, no pueden ejercer una influencia sobre la Tierra; serían, pues, inútiles, por lo que, en consecuencia, no existen (69).» Sizzi afirmaba temer los descubrimientos de Galileo porque destruirían su magnífico sistema de cosmogonía. Quería decir que «un hecho muy feo puede destruir una bella teoría».

La Iglesia abundaba en las ideas de Francesco Sizzi, y en 1615 Galileo Galilei fue denunciado a la Inquisición como secuaz de la «herejía» de Copérnico, La condena pronunciada contra él (*Índice*, 1633) expresa:

«Afirmar que el Sol, inmóvil y sin movimiento local, ocupa el centro del mundo, es una proposición absurda, falsa en filosofía y, además, herética, puesto que es contraria al testimonio de las Escrituras. Es igualmente absurdo y falso decir en filosofía que la Tierra no se halla inmóvil en el centro del mundo, y una tal proposición, considerada desde el punto de vista teológico, constituye, por lo menos, un error de fe.»

Como la Iglesia de antaño, nuestra jerarquía científica contemporánea habría querido ser infalible; pero los sabios olvidan que también ellos pueden equivocarse. Cuando, en 1878, Bouilland presentó el fonógrafo Edison en la Academia de Ciencias de París, fue acusado por su distinguido colega Du Moncel de ser ventrílocuo. Los académicos franceses se negaron incluso a oír las explicaciones del mecanismo del nuevo instrumento, pero declararon que Bouilland y Edison eran unos impostores.

Lavoisier, pilar de la ciencia en el siglo de las luces, creía haber demostrado la inexistencia de los meteoritos sirviéndose de la sencilla fórmula siguiente: «Es imposible que caigan piedras del cielo porque en el cielo no hay piedras.»

En un discurso pronunciado en 1838 ante la «British Association», el doctor Lardner declaraba: «¡Los hombres podrían hacer cualquier proyecto: imaginar un viaje a la Luna e incluso la navegación a vapor a través del Atlántico Norte!» ¿Qué debemos pensar de ello hoy, cuando paquebotas soberbios atraviesan diariamente el Océano y el hombre se ha posado ya en la Luna? Cuvier (1769-1832), uno de los más grandes naturalistas franceses, dijo un día: «Jamás han existido sobre la Tierra hombres prehistóricos físicamente distintos de los de hoy.»

En 1875, el director de la Oficina de Patentes de los Estados Unidos presentó su dimisión, explicando que no le quedaba ya nada que hacer porque todo se había inventado ya. ¡He ahí un cómico ejemplo de las limitaciones de la inteligencia humana!

Cuando don Marcelino de Santuola presentó al congreso internacional de arqueólogos de Lisboa de 1880 su descubrimiento de las pinturas rupestres de Altamira, los hombres de ciencia le acusaron de falsedad. Él hizo notar que ningún artista español contemporáneo sería capaz de representar de una manera tan realista razas animales ya extinguidas; este argumento no produjo la menor impresión. Hoy sabemos nosotros hasta qué punto se equivocaba aquel congreso de sabios.

Al oír hablar de la invención del teléfono por un americano, el físico británico P. G. Tait (1831-1901) exclamó: «Es una patraña, pues semejante invento es imposible.»

El profesor Simón Newcomb, eminente astrónomo americano, declaraba con tono terminante, en 1903, que era imposible volar sobre máquinas más pesadas que el aire:.

«La demostración del hecho de que ninguna combinación posible de sustancias, instrumentos y formas de fuerza conocidas podrían ser reunidas en una máquina práctica que permitiera a los hombres recorrer largas distancias a través de los aires, me parece tan convincente, tan completa, como toda otra demostración de un hecho físico real.»

Afortunadamente para la posteridad, los hermanos Wright no se tomaron en serio las alegaciones de este sabio y acabaron por construir un avión. Resulta verdaderamente increíble que a principios de nuestro siglo xx hayan existido gentes que tomaron por modelo a un Ticinelli. Pero nuestro americano no era el único...

En 1926, el profesor A. W. Bickerton declaraba que la idea de lanzar un cohete hacia la Luna no era más que una estupidez, imposible de realizar. Después, los diversos «Apolos» nos han demostrado lo contrario.

En 1935, el americano F. R. Moulton, conocido astrónomo, escribía aún que el hombre no tenía la menor posibilidad de viajar por el espacio.

El doctor Richard van der Riet Wooley, antiguo astrónomo real, compartía sin duda el obtuso escepticismo de Moulton cuando, en enero de 1957, hacía notar que el viaje cósmico era «una completa paparrucha». Ocho meses después, el «Spútnik I» se situaba en órbita alrededor de la Tiemü

Hasta 1938, no había sabios que pudieran envanecerse de haber observado en el océano Indico un celacanto vivo. La razón era sencilla: este pez prehistórico estaba considerado como desaparecido desde hacía 75 millones de años. Pero en 1938 y, luego, entre 1952 y 1955, este ser fantástico fue capturado y estudiado por los sabios.

Teniendo en cuenta estas anécdotas históricas, ¿podemos tomar en serio el escepticismo de que han dado pruebas ciertos sabios? ¿No deberíamos, más bien, aceptar la regla siguiente, propuesta por Arthur C. Clarke, experto británico en exploraciones del espacio?:.

«Cuando un sabio ilustre, pero de cierta edad, declara que tal o tal cosa es posible, debe, ciertamente, de tener razón. Pero cuando afirma que tal otra cosa es imposible, probablemente está equivocado.» (70)

Con sus errores cometidos en el transcurso de los siglos, las autoridades científicas parecen haber demostrado su semejanza con un ciego guiando a otro ciego.

El progreso científico se ha visto grandemente obstaculizado por la postura negativa y exageradamente conservadora en un terreno del que se halla particularmente fuera de lugar: el de

las nuevas investigaciones. Una actitud conservadora que nos arrastra al pasado es incompatible con un movimiento dirigido hacia el futuro. Todo se hace posible a su tiempo: lo imposible de hoy será la realidad de mañana. Una dialéctica valerosa nos conducirá inevitablemente a grandes descubrimientos en el futuro.

Entretanto, la teoría de las «cápsulas del tiempo» atlantes obtendrá, muy probablemente, por parte de nuestros sabios la misma acogida que la idea de la evolución, el fonógrafo, el teléfono, el avión y el cohete espacial recibieron de sus predecesores. En nuestra época de reacciones en cadena en el campo de la ciencia, los conocimientos humanos se enriquecerán en el curso de los quince próximos años tanto como durante toda la historia precedente. Es la estimación hecha por A. I. Berg, miembro de la Academia de Ciencias de la URSS *. Tal vez no tengamos que esperar al final del siglo para que acabe confirmándose la hipótesis de la Atlántida.

• *Sovietskaia Rossia*, 19 de octubre de 1967.

EPÍLOGO

Hace años, un joven se detenía ante la estatua de Quetzal-coatí, en México, y reflexionaba sobre los lazos que unían a este héroe con la civilización de la legendaria Atlántida. Más tarde, frecuentó las bibliotecas de Los Angeles y de Hollywood, estudiando en ellas las crónicas de los conquistadores y las leyendas de los indios de América.

En el Japón, este hombre tuvo noticia de la existencia de un mito según el cual la Tierra estuvo en otro tiempo unida al cielo por un puente, y esto le hizo pensar en viajes prehistóricos a través del espacio.

Los taoístas chinos le hablaron del lugar en que moran «los inmortales del Oeste» y de «Shambhala, la ciudad de los hombres de las estrellas».

En Australia, se le informó sobre «el tiempo de los sueños», época lejana en que la Humanidad mantenía relaciones con seres celestes.

Posteriormente, vislumbró en la frontera del Tibet el poderoso monte Kanchenjunga, conocido por el nombre de los «Cinco Tesoros sagrados de la Gran Nieve», en el que riquezas secretas yacerían depositadas desde tiempos inmemoriales.

En la India, tuvo ocasión de admirar la cordillera del Hi-malaya y de escuchar las leyendas que hablaban de palacios subterráneos y de los preciosos escondites de los nagas, que evocaban serpientes voladoras y sus brillantes lámparas, que utilizaban para iluminar sus cámaras subterráneas.

16 — 2.926

Nuestro hombre ha vivido en el Himalaya, en el pueblo de Manali, fundado, según las escrituras brahmánicas, por aquel Manú que salvó a sus sabios en una embarcación en el momento del gran Diluvio. Ha explorado luego la pirámide de Kufu y ha interrogado a la Esfinge, esperando obtener una respuesta a su antiguo enigma.

En Austria, ha intentado resolver el misterio del cubo de acero pulido hallado en una capa de carbón de varios millones de años de antigüedad.

En París, cerca de la plaza de la Bastilla, en la Biblioteca del Arsenal, ha hojeado los volúmenes de *VAstronome du Roi*, escrito en el siglo xviii por Jean-Sylvain Bailly. En el Louvre, ha encontrado el antiguo zodíaco egipcio de Dendera.

En Londres, en la sala de lectura del Museo Británico, se ha sumido en el estudio de innumerables libros y manuscritos consagrados al mundo antiguo.

Y, para terminar, ha efectuado investigaciones en la gran Biblioteca Lenin de Moscú; ha visitado en Leningrado el Museo del Ermitage y ha sostenido apasionantes entrevistas con sabios y escritores rusos.

El hombre de que se trata es el autor de este libro.